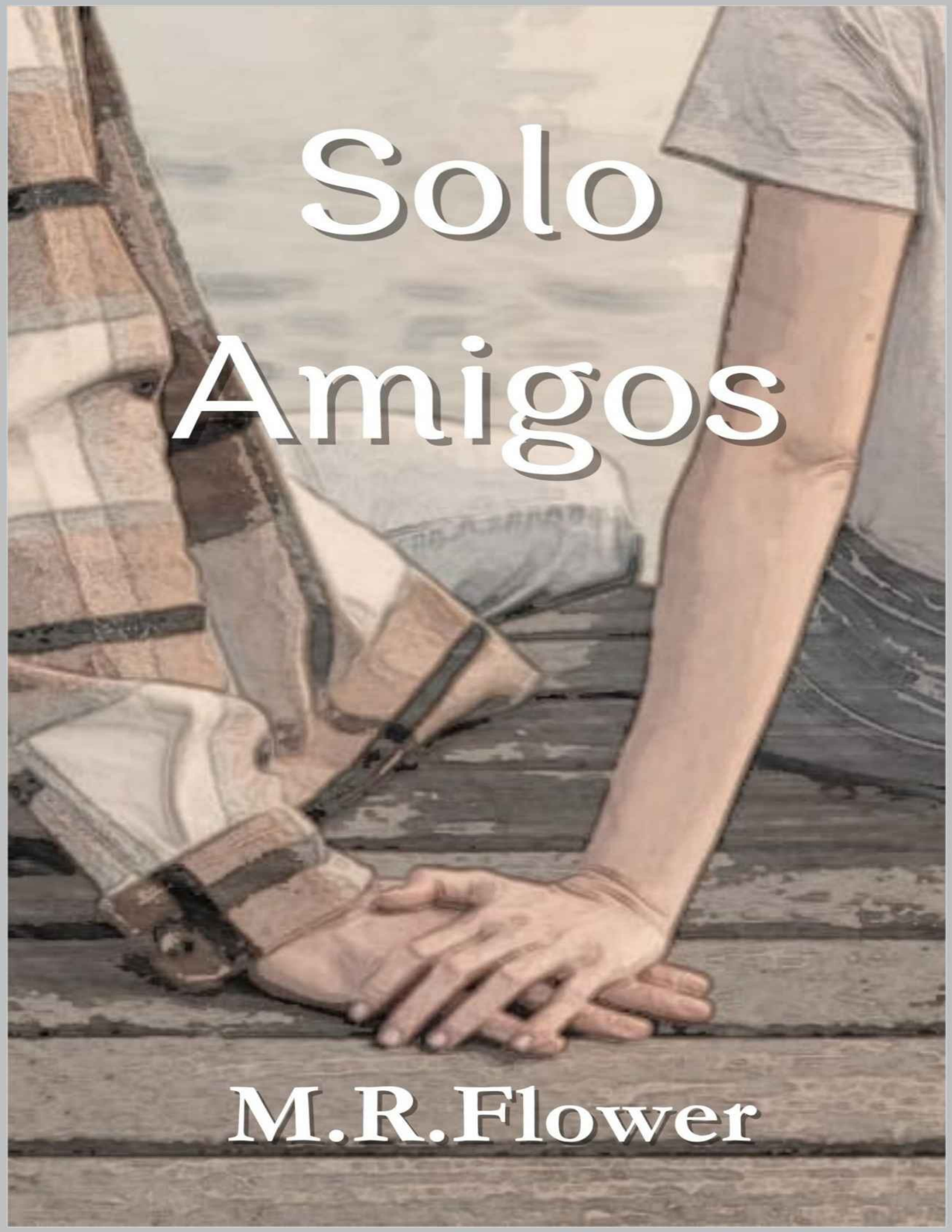


An artistic illustration of two hands clasped together on a wooden plank surface. The hand on the left is wearing a plaid shirt cuff and a dark wristband. The hand on the right is wearing a grey t-shirt cuff. The background is a soft, hazy landscape with a body of water and a distant shoreline.

Solo Amigos

M.R.Flower

“Solo Amigos”

Titulo Original: "Solo Amigos"

Editor original: Autopublicada.

1ª edición: Enero 2024

Copyright ©

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Publicado por : Kindle Direct Publishing

Imagen: Canva, Freepik

Instagram: @rosmary_flower

www.amazon.es

ISBN: 979-88-59613-10-6

A las gallinitas



Prólogo

Había llegado San Valentín. Este catorce de febrero sería muy especial para Óscar, ya que Sonia había aceptado casarse con él hacía solo dos semanas. Caminaba con decisión a su encuentro con ella, tenía algunas ideas para la boda de las que le quería hablar; como contratar el catering de su restaurante favorito, o que la boda se celebrase en mayo.

Sabía que era demasiado precipitado ya que solo tendrían tres meses para organizarlo todo. Pero no veía el momento de que se diesen el *sí quiero* y estuviesen juntos para siempre. Era genial como la vida quiso darles una segunda oportunidad y, esta vez, parecía la definitiva.

Tras un par de calles más, la vio a través de una cristallera, estaba sentada en el mismo lugar del restaurante donde le pidió matrimonio. Ella todavía no lo había visto, se tomó unos minutos para contemplarla. Estaba preciosa con un vestido sencillo de punto, unas botas altas, el pelo recogido hacia atrás y una chaqueta de cuero descansando justo detrás en la silla.

Se estaba tomando un refresco mientras lo esperaba, miró el reloj un par de veces con impaciencia. La verdad es que Óscar no llegaba tarde, de hecho, faltaban cinco minutos para la hora acordada.

Entró en el establecimiento y fue directo a la mesa, ella, al verle, se levantó y le dio un beso en la mejilla. Ese gesto hizo que Óscar se extrañase, lo que él hubiese preferido era besar esos preciosos labios. Le quitó importancia y se sentó justo en frente de ella.

Sonia no parecía contenta, más bien su rostro era impasible. Como si en vez de una comida romántica frente al mar, fuesen dos completos desconocidos que iban a tener una charla de trabajo.

Él decidió entregarle el ramo de margaritas blancas y amarillas que llevaba en las manos. Sabía perfectamente que no le gustaban los ramos de rosas. Sonia prefería las margaritas o los tulipanes.

—Feliz San Valentín —sonrió Óscar al entregarle las flores.

—Gracias, son muy bonitas, Óscar —Sonia lo dijo sin emoción alguna, como si viera esas flores como un gesto trivial, algo que debía aceptar, sin ningún tipo de ilusión.

—¿Todo bien? —se decidió él a preguntar —¿Alma está bien?

Hizo referencia a la hija de Sonia, de cuatro años de edad, que decidió tener por inseminación artificial.

—Sí, Alma está muy bien. Está con mi madre ahora mismo.

—Sonia, pareces preocupada —se atrevió a decir—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien... es el trabajo que me tiene algo estresada estos días.

—Pues no hablemos de trabajo ¿De acuerdo? Hoy toca desconectar —le tomó las manos con cariño y ella pareció tensarse, aunque al momento se relajó y le aceptó el gesto.

—Bueno, ¿Qué te apetece comer? —Óscar le soltó las manos y cogió la carta que tenía a un lado. Un camarero llegó y le preguntó por la bebida que iba a tomar. Él pidió una botella de vino blanco tras la aceptación de Sonia de compartirla entre los dos.

Empezó a mirar los distintos platos que ofrecía el restaurante y se decantó por uno de ellos, a parte de un entrante.

Cerró la carta, satisfecho consigo mismo. A la espera de que el camarero volviera para tomarles nota.

Sonia miró hacia abajo mientras jugueteaba distraída con el tenedor, como si no quisiera mirarlo.

—He pensado que podríamos contratar el catering de la boda en este restaurante —comenzó a decir él, lo que provocó que ella alzase la mirada—. Nos gusta bastante a ambos, es nuestro restaurante favorito. Podríamos hablar con el encargado.

—Sí, como quieras —dijo Sonia sin un atisbo de emoción. Volvió a agachar la mirada.

Óscar no entendía nada, algo debía de pasarle para que estuviera así. Vale que llevaban unos días sin verse debido al trabajo, pero no entendía por qué ella estaba tan... tan... la palabra correcta sería apagada.

—También había pensado que podríamos celebrar la boda en mayo de este año —Óscar volvió a hacer el intento de iniciar una conversación.

—¿En mayo? —esta vez el rostro de Sonia era de pura sorpresa—. ¿No es un poco precipitado? Es muy poco tiempo para organizarlo todo.

—¿Qué fecha tenías pensada? —preguntó él con curiosidad.

—Pues no sé... tal vez el año que viene —respondió ella dudosa—. Quizás en verano o no sé.

Óscar se sintió algo decepcionado, le hubiera encantado terminar el año casados viviendo en una casita a las afueras lo tres juntos. Ya le había tomado mucho cariño a la pequeña Alma y ese cariño parecía ser recíproco por parte de ella. Tenía muchas ganas de que lo viese como una figura paterna.

Pero iba a aceptar los deseos de Sonia, un año pasaba volando. Era lo mejor para hacer las cosas con tranquilidad.

—Está bien, entonces será el verano que viene. Julio puede ser una bonita fecha, quizás podríamos celebrarlo aquí, en la playa, o...

—Óscar, no puedo —lo interrumpió Sonia de golpe.

—Bueno pues si no te gusta la playa podemos escoger otro sitio.

—Me refiero a que no puedo casarme contigo —aclaró sin más.

Lo que provocó que Óscar tragase saliva de manera involuntaria. No entendía que había pasado en esas dos últimas semanas desde que ella había aceptado casarse con él. Algo se atenazaba en su pecho, sintió un nudo provocado por una sensación de pánico.

—¿Puedo preguntar por qué? —consiguió decir tras unos instantes de sorpresa.

—No estoy enamorada de ti —dijo ella sin más, como si aquellas palabras lo explicasen todo. Óscar respiró profundamente, intentando entenderla.

—Rompemos hace cinco años, después de cuatro años juntos, y me partes el corazón. Nos reencontramos hace unos meses, me pides que volvamos a intentarlo, aceptas hace tan solo dos semanas casarte conmigo y ahora me dices que no estás enamorada de mí —dijo Óscar enfadado. Cerró los ojos, estaba lleno de mucha ira, pero no quería montar un escándalo en el restaurante delante de todos los presentes.

—Óscar, lo siento, pero...

—¿Pero? —la instó él con la voz cargada de rabia.

Sonia respiró profundamente, lo que le tenía que decir lo iba a destrozar más todavía.

—Estoy enamorada de otra persona.

Óscar abrió mucho los ojos, pensando en qué momento su vida había dado un giro de ciento ochenta grados hacia la destrucción.

—¿Se puede saber en qué momento te has enamorado de otro? Porque si ha sido antes de reencontrarnos, no entiendo por qué narices me pediste volver a intentarlo.

Sonia se sintió muy culpable por lo que le estaba haciendo, pero no podía evitar hacer aquello, ya no podía engañarse más a sí misma.

—No lo amaba antes de que nosotros volviésemos, aunque sí que lo conocía de antes.

—¿Y quién es el afortunado? —la voz de Óscar era puro sarcasmo.

—¿Acaso importa? —respondió ella —. Óscar, desde que nos prometimos tomé la decisión de no estar con otro hombre que no fueses tú y la he cumplido. Pero no puedo evitar lo que siento por él, simplemente no puedo.

—Desde que nos prometimos... —repitió Óscar las palabras que ella acababa de pronunciar —. Nos prometimos hace dos semanas, ¿me estás diciendo que antes, mientras estabas conmigo, también estabas acostándote con otro tío? —él esperaba con ansia que la respuesta fuera negativa, pero al verla agachar la mirada avergonzada, supo que su pregunta había sido respondida.

Ya no quería seguir en aquel lugar, sintió como la ansiedad recorría cada centímetro de su cuerpo, si no fuera porque era médico podría pensar que le estaba dando un infarto.

Intentó respirar para calmarse, necesitaba saberlo, necesitaba saber quién era el otro tipo para, por lo menos, intentar entenderla, aunque sabía perfectamente que le dijera el nombre que le dijera se iba a sentir igual de dolido.

El nudo que tenía en el estómago hizo que su cuerpo y su mente se rompiesen como una ramita. El dolor que sentía entonces lo había roto por completo.

Sonia aprovechó esos instantes de silencio para quitarse el anillo que él le regaló. Se lo sacó del dedo y lo depositó en la mesa frente a él.

Él lo tomó y lo apretó con fuerza en su mano como si quisiera romperlo para que sus trozos se le clavasen en la piel. El dolor físico que le provocaría sería mucho mejor que lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Su nombre, Sonia —consiguió decir —. Necesito saberlo.

Sonia cerró los ojos y tragó saliva antes de hablar.

—Es Nacho, Óscar. Nacho es el hombre que amo.

La risa de Óscar era pura ironía.

—Así que Nacho. Sabía que ese tío no era gay. Me mentiste, y ni siquiera entiendo por qué.

—No te mentí —aclaró Sonia —, yo pensaba que lo era, pero una noche en la que tú estabas de guardia en el hospital... simplemente pasó. Él me dijo lo que sentía por mí y yo no pude evitarlo. Durante un tiempo no sabía a quién querer de los dos. Cuando acepté tu proposición fue

porque era lo mejor para Alma. Él no quería nada serio y tú eras la elección correcta. Pensé que con el tiempo me olvidaría de él, pero cada día que pasa estoy más enamorada y no puedo engañarte ni engañarme a mí misma.

—Así que eso fui para ti; la elección segura. Yo pensaba que me querías y solo fui para ti una decisión acertada.

Se levantó de la mesa sin querer escuchar ni una más de sus palabras. Sacó unos billetes de la cartera para pagar lo que ella estaba tomando y el vino que habían pedido. Se metió el maldito anillo en el bolsillo.

Sonia se levantó a la vez que él.

—Óscar, lo siento de verdad. Se que no debí...

—Basta, Sonia, por favor —lo dijo más fuerte de lo que pretendía—. Que seáis muy felices.

Dicho eso salió del restaurante a toda prisa, iba directo hacia el coche, pero se dio la vuelta hacia la playa para ver si el frío aire del mar lo calmaba al menos un poco. Caminó durante bastante tiempo, no sabía exactamente cuánto, pero para cuando ya estaba acercándose al coche, el sol comenzaba a acercarse al horizonte para dejar paso lentamente a la noche. Justo antes de salir de la playa tomó el anillo entre sus manos, y echándole un último vistazo, lo tiró al mar para que la corriente del agua se lo llevase lo más lejos posible de su presencia.

Llegando al coche, miró un escaparate de una tienda de regalos casi por inercia.

Vio una taza azul con su nombre y una frase en letras blancas y amarillas:

Óscar, te van a pasar cosas buenas y muy interesantes.

Se rio por la ironía de aquellas palabras, como si esa taza se estuviese burlando de él.

Decidió seguir caminando, roto por el dolor. Lo que no sabía es que aquella taza era una premonición de todo lo que estaba por llegar.



Capítulo 1

Unos meses más tarde

Una vez más estaba en la consulta de la terapeuta que le recomendó su hermana. Era la tercera ocasión en la que iba y le seguía pareciendo una pérdida de tiempo. La psicóloga intentaba calmarla diciéndole palabras tranquilizadoras y frases tipo: «La vida debe continuar». «Ahora te duele, la herida está aún muy abierta, pero es solo cuestión de tiempo que veas las cosas de otro modo».

Eli solo veía la vida de una forma: Sergio se había ido. Diez años de relación, una vida en común, un piso comprado a medias y una boda cancelada. Eso era lo que veía. Todo se desmoronó cuando lo pilló en su cama con otra. ¿Y qué es lo que le dice? Que está embarazada, que lo siente mucho y que tarde o temprano iba a decírselo. Llevaba más de un año engañándola, Eli no entendía cuándo es que pensaba contárselo.

Cada vez que se acordaba su rabia se descontrolaba y las lágrimas rodaban a borbotones por sus mejillas. Después de aquel suceso estuvo un mes como un zombi. Llorando por las esquinas y sin ganas de hacer absolutamente nada. Incluso descuidó su pequeña tienda de ropa que con tanto amor y esfuerzo consiguió levantar.

Así que, su hermana, al verla tan rota, se armó de valor por ella y le dijo que espabilase. Le pidió cita con la terapeuta que tenía delante y prácticamente la empujó hasta el ala de psicología del hospital donde trabajaba.

Elsa, la psicóloga; una mujer de estatura media que rondaba los cincuenta años, con el pelo rubio teñido y la voz calmada, era muy agradable. Pero Eli no se sentía mejor que la primera vez que vino y no creía que fuera a conseguir nada yendo allí. Estaba a un par de citas de decirle que no iba a seguir con la terapia. Un par de citas porque eran las que le había pagado su hermana, Claudia, por adelantado. Y no quería que perdiese el dinero.

—Eli, ¿qué has hecho esta última semana? —preguntó Elsa con ese timbre tranquilo que tenía. Su voz la relajaba, así que, en ese aspecto, sentía que era algo positivo.

—He ido al supermercado, he abierto la tienda —omitió decir que más por obligación que por la ilusión de ir a trabajar a lo que antes era su refugio—, he limpiado la casa...

—Bueno, eso son cosas de rutina —interrumpió—. Me refiero al tema social, al ocio. ¿Has salido con tus amigos? ¿Te has apuntado a alguna clase de algo? Pintura, pilates, yoga...

—Fui con mi hermana y mi sobrina al centro comercial. La niña necesitaba ropa. —Lo que no añadió fue que su hermana no le dio opción a negarse. Que se plantó en la puerta de su casa y

le pidió, de forma no muy amable, que se subiera al coche. Por un momento se sintió secuestrada.

—Bueno, el centro comercial es un avance ¿Te compraste algo de ropa para ti? ¿O viste algo que te gustara al menos?

—No, solo fuimos a la tienda de ropa infantil. Luego, cuando Claudia sugirió que nos tomáramos un café, nos fuimos. A mí no me apetecía seguir allí y los pedí para llevar.

Su labio inferior comenzó a temblar al recordar que casi lloró en la cafetería porque Sergio y ella habían ido allí en varias ocasiones. Rememorar esos bonitos momentos, en los que ella creía que la quería, mientras él solo fingía quererla, era demasiado doloroso.

La doctora le pasó una caja de pañuelos para que enjugase las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Eli, tienes que salir de esa burbuja que has construido para protegerte. Mira, te voy a pedir algo muy sencillo para empezar ¿Por qué no haces algo de ejercicio por las mañanas? Salir a correr te vendría genial para activar los niveles de serotonina y respirar aire puro te reconfortará. No digo que te apuntes a ninguna clase, solo que salgas a la calle. Deberías intentarlo por las personas que te quieren y se preocupan por ti, como tus padres y tu hermana, pero, sobre todo, hazlo por ti misma. La semana que viene volveremos a vernos y espero que me cuentes que has hecho algo nuevo.

«Salir a correr sola. Bueno, siempre hay una primera vez para todo, aunque no creo que mejore mucho mi vida», pensó.

Se despidió de Elsa y salió de la consulta. Volvió a derrumbarse al ver a una chica acompañada por su novio en la sala de espera. Sus ojos comenzaron a empaparse.

«Pero, ¿qué me pasa? ¿Por qué no puedo dejar de llorar?», se dijo a sí misma.

Sergio le había destrozado el corazón y la vida. Sacó su móvil del bolso para llamar a su hermana, pero en ese instante no podía ni hablar. Salió corriendo hacia el pasillo para marcharse de allí lo antes posible, hasta que, de pronto, chocó con lo que en un principio le pareció un muro de ladrillos. Cayó al suelo de culo, y su móvil, acompañado de su dignidad, salió disparado.

—Lo siento. Discúlpame, no miraba por dónde iba. —El muro de ladrillos le habló. Levantó la mirada y se topó con una mano fuerte y masculina—. Deja que te ayude a levantarte. ¿Estás bien?

Tomó su mano para ponerse en pie. Eli tenía que admitir que era un hombre bastante alto y guapo. Por lo duro que estaba, creyó que pasaba tiempo en el gimnasio, aunque tampoco estaba demasiado musculado. Solo definido por lo que se podía intuir a través del uniforme que llevaba.

—Sí, estoy bien, solo tengo el culo un poco dolorido. —respondió.

Eli se agachó para recoger su móvil y él hizo lo mismo para coger el suyo, que también se había caído. Por su ropa, intuyó que era médico o enfermero. Llevaba un uniforme azul celeste compuesto por un pantalón y una camiseta de manga corta que le sentaba bien. Cómo podía, lo que parecía un pijama horrible, sentarle bien a una persona era algo que escapaba a su entendimiento.

—¿Seguro que estás bien? —Se preocupó al ver su rostro enrojecido y empapado.

—Sí, no te preocupes. Esto no ha sido por la caída, así que tranquilo. —Intentó esbozar una sonrisa, aunque no le salió bien.

—Espero que no sea nada grave —dijo él finalmente antes de despedirse de ella.

Eli le dio las gracias en un susurro apenas audible, caminó por los pasillos hacia el ascensor, y de allí a la puerta de salida. Fue hacia el patinete eléctrico que se había comprado un par de

semanas después de lo ocurrido con Sergio, debido a que su coche, para complicar más lo que ahora era su vida, decidió no seguir funcionando.

Eran las tres y media de la tarde, y ni siquiera había desayunado. Lo mejor sería que fuese a casa a comer algo, se diese una ducha y abriese la tienda. Se dispuso a ponerse el casco y arrancó el patinete. Cuando llevaba unos diez minutos, su móvil comenzó a vibrar. Se paró en medio de un parque que siempre atravesaba para acortar camino. Con el encontronazo se le olvidó llamar a su hermana, probablemente era ella. Al mirar el móvil vio que no era Claudia, sino su madre, que también estaría preocupada e intrigada por saber qué es lo que le había dicho la psicóloga.

—Mamá, te llamo cuando llegue a casa, estoy con el patinete. De verdad que no se me va a olvidar llamarte. —lo dijo de sopetón sin que a su madre le diese tiempo ni tan siquiera a saludarla.

—¿Quién eres? —respondió una voz que no le sonaba de nada. Esa no era su madre.

Volvió a mirar la pantalla extrañada, se percató de que en dicha pantalla ponía mamá, pero que el número de teléfono no era el de su madre. Pero era su móvil, o al menos, uno idéntico al suyo.

«¡Mierda!», ese no era su móvil.

—¿Hola? ¿Hola? —se escuchaba la voz de la mujer a través del teléfono.

—Sí, discúlpeme, señora, es que creo que he intercambiado el teléfono de su hijo con el mío por error. Nos hemos chocado sin querer en el hospital y... bueno, en fin, enseguida se lo devuelvo.

—Vale... de acuerdo. —la mujer no entendía nada. Eli se volvió a disculpar, colgó el teléfono y salió disparada de vuelta al hospital.

Cuando llegó, fue directa a recepción, donde había tres chicas charlando entre sí. Una de ellas, que parecía bastante simpática, la atendió con mucha amabilidad.

—Estoy buscando un médico —dijo sin más con la respiración entrecortada por la carrera que se había metido desde el aparcamiento hasta la recepción.

Sí, definitivamente necesitaba hacer ejercicio.

—¿Alguna especialidad en concreto o viene por urgencias?

Por un momento Eli se sintió confusa, aunque la chica parecía estar igual que ella.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir, que estoy buscando a una persona en concreto. Verás, he chocado con un médico y nos hemos intercambiado los teléfonos sin darnos cuenta. —Intentó explicarle sosteniendo el móvil para que lo viese—. Necesito devolvérselo y que él me devuelva el mío.

—¿Sabe su nombre? —preguntó la chica.

—La verdad es que no, ni siquiera sé si era médico. Tal vez era enfermero, llevaba un uniforme azul.

—¿Algún dato más que me puedas dar de él? Eso me deja muy poco margen de búsqueda.

—Era un hombre —se sintió idiota al decir eso—... Tenía el pelo castaño, los ojos marrones...

—Eso lo reduce a la mitad de la plantilla —dijo la chica escéptica.

No quería hacerlo, pero todo apuntaba a que tenía que ser superficial.

—Era alto, joven, increíblemente guapo, fuerte y, cuando se ha despedido de mí, me ha soltado una sonrisa que podría derretir un glacial entero.

—El doctor Óscar Sánchez —dijeron las tres chicas al unísono.

La chica que estaba más alejada y que, hasta ahora, estaba ignorándola por completo, se acercó a ella para mirar el móvil. Le dio a un botón y la pantalla se encendió dando paso a una

imagen de un paisaje del cual Eli no se había percatado.

—Sí, es suyo —confirmó muy convencida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la chica que la estaba atendiendo.

—Simplemente, lo sé —dijo sin poder evitar una sonrisa de satisfacción.

—¿Te lo has tirado? —esta vez fue la tercera chica la que habló.

—Hay cosas que no se pueden decir —dijo la chica muy orgullosa de sí misma, aunque quedó claro que estaba deseando contarle—. Dame su móvil, yo se lo daré.

—No, él me tiene que devolver el mío —Eli no pensaba soltar ese teléfono hasta que no tuviese el suyo en las manos.

—Pues hoy no va a ser posible —respondió la chica que la estaba atendiendo—. Se fue hace unos minutos y hasta mañana no vuelve. Su turno empieza mañana a las tres de la tarde, es todo lo que puedo decirle.

—Pues supongo que tendré que volver mañana.

Salió por segunda vez de aquel hospital, hizo la misma operación de ponerse el casco y se puso rumbo de camino a su casa. Tardó una media hora en llegar, con el coche hubiese tardado mucho menos. Miró su reloj, eran casi las cuatro y media. La ducha iba a tener que esperar hasta la noche.

Le dio al botón del ascensor y se dispuso a plegar el patinete. Cuando las puertas se abrieron entró e hizo un amago de darle al botón de la tercera planta.

—¡Espera! —oyó justo antes de que las puertas empezaran a cerrarse. Le dio al botón para evitar que se cerraran y alguien entró dándole las gracias.

¡No se lo podía creer!



Capítulo 2

Unos minutos antes del intercambio de móviles.

—Bueno, vamos a ver cómo va ese pequeñín —Óscar se disponía a hacerle la primera ecografía al primer hijo de su amiga Ana.

Ella había decidido que él fuese su médico en toda esta aventura que era el embarazo.

Estaba de muy pocas semanas, acababa de hacerse el test de embarazo y las pocas pruebas que podía hacerle por ahora habían salido bien. Le echó el gel en el vientre descubierto y pasó el transductor del ecógrafo sobre este.

Empezó a verse el útero y seguidamente, en la pared izquierda, se vio el embrión perfectamente sujeto. Efectivamente, estaba de muy poco tiempo, eran muchas las ecografías que había hecho y se dio cuenta al instante. Llevaba casi diez años dedicándose a esto. La creación de vida, sin lugar a dudas, era sorprendente. Cómo una vida nace de otras dos, era algo que, a día de hoy, le seguía fascinando.

Tanto Ana como su marido, Xavier, estaban expectantes por ver qué es lo que les decía. Óscar no vio ninguna malformación ni nada reseñable en la pantalla y eso le dejó muy tranquilo. Aunque todavía era demasiado pronto para descartar cualquier posibilidad.

—¿Veis ese puntito de ahí? —Señaló la pantalla en blanco y negro—. Ese es vuestro hijo, todo parece estar perfectamente.

Ana y Xavier se cogieron de la mano, se miraron sonrientes y se dieron un beso de dicha antes de volver a mirarlo.

Óscar no pudo evitar, al verlos, pensar que si Sonia le hubiese escogido, ahora podrían estar...

No, no podía seguir así, tenía que olvidarse de ella de una vez por todas. Ella escogió a otro, tomó su decisión.

Se volvió hacia su mesa después de darle unos pañuelos de papel a Ana para que se limpiase el vientre. Ahora no era el mejor momento para centrarse en su vida sentimental. Sus amigos necesitaban un médico, no un hombre hundido.

Óscar se sentó en su silla y la pareja se tomó asiento frente a él, al otro lado de la mesa.

—Pues todo va genial, las pruebas están bien y la ecografía también. En la semana doce haremos otra ecografía. Ana —dirigió su mirada hacia ella—, voy a mandarte unas pruebas que vas a tener que ir haciéndote a lo largo de estas semanas, también te recomiendo que te tomes estas vitaminas prenatales y supongo que, si yo voy a atenderte en el parto, escogerás este hospital. Tendremos que organizar todo el plan de parto y...

—No exactamente —lo interrumpió Ana.

Xavier miró para otro lado con desaprobación.

—¿Qué hospital has escogido entonces? Tengo que ver si puedo trabajar allí. Si no, siempre puedo recomendarte a algún colega mío que trabaje donde quieras dar a luz.

—Óscar, no quiero dar a luz en un hospital. No me gustan los hospitales. Quiero tener a mi hijo en casa.

¿En casa? Esa afirmación lo dejó mudo, se puso las manos en la cabeza sin saber qué responderle en ese mismo instante.

—Ya le he dicho yo que si quiere le preparo una cuadra como a las yeguas y que ponemos de comadrona a su yegua Rosita —Xavier lo dijo a modo de broma, pero quedaba claro que no estaba de acuerdo con la decisión de su mujer.

—Ana —consiguió decir Óscar después de salir de su asombro—, si decides tener a tu hijo en casa, yo no puedo ayudarte. Lo mío son los quirófanos, el instrumental médico, no sé... el desinfectante...

—Tendrás todo el instrumental que necesites —dijo Ana muy convencida.

—No estoy de acuerdo con que se deba dar a luz en casa. Son muchos los riesgos a tener en cuenta; infecciones, que el niño no esté bien colocado, hemorragias...

—Confío en ti, Óscar. Eres mi amigo, además de mi ginecólogo, y sé que lo vas a hacer muy bien. Mi hijo va a nacer en mi casa contigo o sin ti. Y si tenemos un profesional a nuestro lado, mejor.

Lo dejó atónito, con mil pensamientos en la cabeza. Miraba el ordenador pensativo sin saber qué decir. Lo último que quería era que a ese niño le pasase algo.

—Está bien —recluyó. Ella lo miró feliz y con un atisbo de alivio—, pero con una condición. A la más mínima complicación corremos para el hospital sin que me rechistes. ¿De acuerdo?

—Vale —Ana le cogió la mano encantada para estrechársela.

Se despidió de ellos, eran más de las tres de la tarde, ellos habían sido sus últimos pacientes del día. Tenía muchas ganas de llegar a casa. Un bol de masa casera y su cuenta de *Netflix* le esperaban. Hoy iba a ser el día de *pelí y pizza*.

Hasta por lo menos las ocho de la tarde no pensaba salir a la calle para hacer ejercicio. Cerró su consulta, avanzó hasta los vestuarios para coger sus cosas mientras miraba en su móvil si tenía alguna notificación.

—Óscar —oyó tras de sí. No hacía falta que se diese la vuelta para saber de quién era esa voz femenina.

La acosadora atacaba de nuevo. Fingió que no la oía, siguió avanzando por los pasillos metiéndose por sitios a los que no solía ir para poder evitarla. Siguió escuchando cómo lo llamaba, aceleró la zancada y se metió por otros pasillos hasta que dejó de oírla. Para asegurarse de que no lo seguía, se atrevió a mirar hacia atrás sin detenerse. Estaba tan entretenido que se dio cuenta tarde y chocó con una chica que parecía correr en dirección contraria. La chica cayó al suelo y su móvil también.

Era bastante bonita, con el pelo de un rojo brillante ondulado y unos ojos verdes aguamarina, aunque un halo de tristeza empañaba su belleza.

—Lo siento. Discúlpame, no miraba por dónde iba —Óscar le ofreció su mano para ayudarla—. Deja que te ayude a levantarte ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, solo tengo el culo un poco dolorido —respondió.

La examinó sin que ella apenas se diese cuenta. No parecía que tuviera nada roto, se movió

con bastante soltura mientras se agachaba para coger su móvil. Él hizo lo mismo y recogió el suyo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó al ver que ella se enjugaba una lágrima.

—Sí, no te preocupes. Esto no ha sido por la caída, así que tranquilo. —hizo un intento de sonrisa, aunque lo que le salió fue una mueca entre sonrisa y llanto.

En un hospital eran diferentes los motivos por los que se lloraba, y pocos eran de alegría; una enfermedad, resultados negativos, la pérdida de un ser querido...

—Espero que no sea nada grave —dijo Óscar antes de lanzarle una sonrisa a modo de consuelo.

Ella asintió, le dio las gracias con un susurro y siguió su camino hacia los ascensores.

Él miró los carteles para ver donde estaba, recordaba haber bajado un par de tramos de escaleras corriendo. Cuando estaba ubicado se dirigió a los vestuarios a cambiarse de ropa.

Justo cuando salió, la acosadora lo estaba esperando en la puerta. «Maldita sea».

La acosadora era el apodo cariñoso que le había puesto a una de las chicas de recepción. En uno de esos días en los que estaba muy hundido por lo que le había hecho Sonia, tuvo la genial idea de invitarla a una copa y acabaron en casa de ella echando un polvo. Óscar le dejó claro que no estaba preparado para tener ninguna relación, pero ella no parecía entenderlo.

—Mónica, ¿qué quieres? —Estaba muy cansado y lo último que quería era hablar con ella.

—Me has bloqueado en el teléfono —dijo furiosa.

—Sí, te he bloqueado porque no paras de llamarme ni de enviarme mensajes. Te he dicho mil veces que no quiero nada con nadie. Lo que hicimos estuvo muy bien, pero lo mejor es dejarlo ahí.

—Pero ¿Por qué? —No se daba por vencida—. Si lo pasamos genial y nos gustamos, puede ser solo sexo.

Ella, en realidad, no le gustaba, y ahora menos todavía. Solo cometió un error en un momento en el que tenía la moral por los suelos.

—Es que tampoco quiero eso, Mónica. Ni tampoco quiero darte esperanzas de nada. Por favor, olvídale de una vez y sigue con tu vida. Seguro que hay un buen hombre que querrá darte lo que yo no puedo.

Sonaba a tópico, pero es que ya no sabía qué más decirle. Además, todo lo que le estaba diciendo era verdad. No se sentía nada preparado para empezar otra relación.

Se dirigió a la salida del hospital para coger su coche.

Se paró a comprar algunos ingredientes para la pizza de camino a casa y, de paso, echó un poco de combustible en la gasolinera. Subió por las escaleras del parking de su edificio una vez aparcó el coche. Vio que el ascensor del portal estaba abierto y no le apetecía subir por las escaleras como normalmente hacía, así que decidió cogerlo.

—¡Espera! —gritó al ver que las puertas estaban a punto de cerrarse.

Quien estaba en el ascensor lo oyó y le dio al botón que evitaba que las puertas se cerrasen.

Entró a toda prisa dando las gracias sin apenas mirar a la persona que tenía a su lado, pero entonces se percató de ese pelo ondulado rojizo y la volvió a mirar. Ella lo miró sorprendida.

Era, nada más y nada menos, que la chica del hospital.



Capítulo 3

—¡Tú! —dijeron los dos al unísono.

Eli lo miró sin entender qué hacía allí. Estaba vestido normal, con una camiseta de manga corta, unos vaqueros y unas zapatillas deportivas. Para una visita médica seguro que no había venido. Además, sus compañeras le dijeron que su turno había acabado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eli.

—Vivo aquí —respondió él sin más—. ¿Y tú?

—Yo también vivo aquí, en el tercero.

—Yo en el ático. Y... ¿Hace mucho qué te mudaste? —preguntó tras unos segundos de silencio. Era la típica conversación que se tenía en los ascensores para evitar el silencio incómodo.

—Dos años ¿Y tú? ¿Acabas de mudarte?

—Llevo aquí casi seis años —se dieron cuenta de lo extraño que resultaba no verse en tanto tiempo viviendo en el mismo edificio. No coincidir en dos años no parecía normal.

—¡Ah, toma! —Con la sorpresa casi se le olvidó a Eli darle su teléfono. Lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón y se lo ofreció.

Óscar la miró confuso al ver lo que le estaba dando.

—Tienes mi móvil y yo tengo el tuyo. Nos lo cambiamos sin querer en la caída. Por lo visto, tenemos el mismo modelo —aclaró.

Él lo cogió de sus manos y lo desbloqueó para asegurarse de que era su móvil.

—¡Ah, vaya! Pues muchas gracias.

—Por cierto, te ha llamado tu madre. Lo he cogido sin querer al pensar que la que llamaba era la mía. Si te habla de una loca que le ha robado el móvil a su hijo, soy yo —él soltó una risotada que le provocó una sonrisa.

Hacía tiempo que Eli no sonreía de verdad.

Las puertas del ascensor se abrieron, y se dieron cuenta de que seguían en el portal. Al parecer, no le habían dado a ningún botón para subir. Eli pulsó el tercero y él el del ático.

—Por cierto, soy Eli. —Ya que eran vecinos, se presentó.

—Encantado, yo soy Óscar —Alzó la mano para estrechar la de ella.

—Lo sé —Él la miró escéptico —, las chicas de recepción me lo dijeron. Te conocen muy bien.

Las puertas se abrieron y Eli hizo el intento de salir, pero se quedó a medias en la puerta.

—Pues encantado de conocerte —dijo Óscar sin entender por qué se había parado—. Mira, si estás intentando li...

—¿Me das mi móvil? —pidió ella interrumpiendo lo que fuese a decir.

—¡Ah, sí, claro! —movió la cabeza hacia los lados, sintiéndose un poco tonto, y se sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero—. Todo tuyo.

—Muchas gracias. —Eli comprobó que fuera el suyo y, efectivamente, lo era—. Encantada de conocerte Óscar.

Se despidieron, sacó las llaves de su bolso y entró en su casa. Miró la hora. Sí, un sándwich rápido es todo lo que iba a poder comer hoy antes de salir camino a su pequeña tienda de ropa.



La alarma del móvil sonó a las siete y media de la mañana. Eli no recordaba la última vez que se levantó a esa hora, pero desde luego hacía mucho tiempo. Desde el instituto quizás.

No quería levantarse, prefería seguir durmiendo, se estaba demasiado bien en la cama. Hizo un pequeño esfuerzo y se levantó bostezando. La cama era completamente nueva. Tiró hasta el somier cuando Sergio se fue, ya que no iba a dormir en una cama en la que él había estado con otra. Su hermana y su cuñado la ayudaron a bajarla al contenedor para que el camión se la llevase. Tiró también las sábanas y el nórdico. Necesitaba deshacerse de todo.

Se preparó un café, se puso unas mallas negras, una camiseta gris claro con el gato Silvestre de los *Looney Tunes* y unas zapatillas de deporte blancas con detalles azules. Para finalizar, se recogió el pelo en una coleta.

Iba a hacerle caso a Elsa e iba a hacer algo de ejercicio. Comenzaría corriendo, pero si veía que se cansaba mucho caminaría un poco y se daría un paseo. Seguro que eso también le sentaba bien.

Se acabó el café y salió de casa con una pequeña mochila con el móvil y las llaves.

Llamó al ascensor, el café le había dado energía y estaba dispuesta a todo hoy. Fuera penas y fuera miedos. Tenía que salir de su burbuja.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, vio que no estaba desocupado.

—Vaya, nos hemos visto más en estos dos últimos días que en los dos años que llevas viviendo aquí. Buenos días —la saludó Óscar con su espléndida sonrisa.

Llevaba ropa deportiva, aunque parecía ir mucho más preparado que ella.

—Buenos días. —Devolvió el saludo—. Bajas también, supongo.

Él asintió con la cabeza.

Las puertas del ascensor se cerraron. Silencio incómodo.

—¿Y hace mucho que sales a correr? —preguntó Óscar.

—La verdad es que es la primera vez ¿Qué ruta me recomiendas?

—Si quieres puedo mostrarte la mía, es bastante buena.

—Te retrasaría y está claro que tú tienes mucha más experiencia que yo en correrte, digo en correr. —Eli no tenía ni idea de por qué le había salido esa palabra.

Óscar apretó los labios para evitar que se le escapase la risa.

—No me importa seguirte el ritmo, así puedo ayudarte en lo que necesites y no me corro solo

—sonrió para que viese que lo había hecho a posta.

Se le veía muy bromista y a Eli le caía bien, pero antes necesitaba saber algo.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —soltó de sopetón—. Porque te advierto que no estoy para relaciones, ni siquiera esporádicas.

—No lo pretendía. —El rostro de él se convirtió en un muro de impasibilidad—. Créeme cuando te digo que yo tampoco estoy para relaciones ahora mismo. Entre la acosadora y mi ex...

—Mejor no me hables de los ex, con el mío tengo de sobra.

—Solo busco alguien con quien hacer deporte, nada más. —Se encogió de hombros— Creo que será más divertido si vamos juntos.

Pasaron del portal a la calle. Al final, Óscar decidió llevarla a unas pistas que había en un campo de fútbol a unos diez minutos caminando de donde vivían.

Por el camino, iban charlando. Era curioso, pero hablaban como si se conociesen de toda la vida.

—Las pistas son mejores para empezar —explicó Óscar mientras caminaban—. Son planas e ideales para principiantes. El nivel extremo va a ser que consigas subir una cuesta corriendo. Después de eso, serás toda una profesional.

—Bueno, siempre es bonito en la vida ponerse retos, pero por ahora solo hago esto para salir de mi zona de confort y despejarme.

Llegaron a su destino y comenzaron a trotar de manera suave, él intentaba llevar el mismo ritmo que ella. Eli suponía que lo hacía para que no se sintiera frustrada, pero quedaba claro que, si quisiera, la adelantaría unos cuantos kilómetros. Llevaba unos tres minutos corriendo y los pulmones de ella comenzaban a arder.

—Vamos a charlar para que te sea más llevadero —Óscar la miró sabiendo que no podía más.

—No sé si podré hablar —su respiración estaba totalmente entrecortada.

Eli se acabó parando en medio de la pista, agachando la cabeza con las manos en las rodillas. En ese instante tenía la sensación de que se iba a morir y las mejillas le ardían por el esfuerzo, probablemente tenía la cara más roja que un tomate.

—Respira despacio —Óscar intentaba animarla—, ya has hecho cuatro minutos corriendo, es todo un logro para empezar. Si quieres podemos caminar ahora.

—Pues casi mejor que sí. Creo que no puedo más.

Él le entregó una botella de agua que ella cogió con mucho gusto.

—Quédatela, tengo otra justo aquí —Le enseñó una especie de gancho que llevaba en la cintura con una botella atada a él. Definitivamente, estaba más preparado que ella—. La hidratación es muy importante, sobre todo en días de calor. Órdenes del médico.

Lanzó otra broma justo cuando Eli ya se había puesto en pie para seguir caminando junto a él.

—Perdona, te estoy sacando por completo de tu rutina —Se sintió un poco culpable.

—Tranquila, tengo una cinta para correr en casa. Todo lo que no haga aquí lo puedo hacer luego. —Le quitó importancia—. Además, me he ofrecido yo a ayudarte.

—¿Por qué haces esto? Ser tan amable conmigo y demás —preguntó Eli sin entender.

—No sé, me caes bien. —Óscar se encogió de hombros—. Se ve que eres divertida, no pretendes nada conmigo y eso me gusta. Y, sinceramente, también me intriga.

—Ya te lo he dicho, no estoy ahora para tener ningún tipo de relación sentimental. Es complicado de explicar.

A Eli no le apetecía para nada contarle sus problemas a un chico que acaba de conocer.

Le dio unos tragos más a la botella de agua antes de comenzar a caminar junto a él.

Anduvieron un par de minutos en silencio, sin saber qué decirse el uno al otro.

—Tengo que preguntarte una cosa por la que siento mucha curiosidad —dijo Óscar al fin rompiendo el silencio que los envolvía. Ella lo miraba intrigada por saber que iba a decirle—. ¿Vas siempre en patinete eléctrico? A ver, que me parece muy ecológico, pero, ¿lo usas para las distancias cortas o también para largas distancias?

De todas las preguntas que podría hacerle, esa era la última que Eli se imaginaba que le haría. Supuso que la hizo para hablar de algo trivial.

—Lo utilizo para todo. Lo compré porque, hará cosa de un par de meses, mi coche se estropeó. He ido con él incluso a la urbanización que hay a las afueras, que es donde vive mi hermana. —Ella provocó que él se sorprendiese al oír eso—. Tardo mucho más que con un coche, aun así, es mejor que ir andando. Necesito comprarme un coche, lo sé, no obstante, soy muy indecisa para escoger uno y tampoco entiendo mucho de coches.

—¿Qué buscas exactamente?

—Pues algo práctico y cómodo. Que no sea muy grande, un coche de ciudad.

Óscar se quedó pensativo un momento.

—La marca *Toyota* es bastante buena. Te recomiendo que mires el *Yaris*. Es, más o menos, lo que estás buscando; pequeño, práctico, puedes ir por la ciudad con él, y también es muy cómodo para largas distancias. *Seat* también hace buenos coches; quizás un *Ibiza* o un *León*. Te sugiero que, te compres el que te compres, lo cojas siempre de cadenas y no de correa de distribución. De entrada, son más caros, aunque a la larga sale más rentable y, además, te olvidarás de tener que cambiar las correas.

—¿Tú qué coche tienes?

—Un *Toyota Rav4* blanco con el techo negro. Lo compré hace unos meses, cuando... —Su mirada se volvió sombría de repente al recordar los momentos vividos en su antiguo coche con Sonia—. Bueno, supongo que no importa por qué lo cambié.

—De cadenas, supongo —bromeó ella intentando que él se olvidase de lo que le estaba provocando ese dolor.

—Por supuesto. —Consiguió con esa afirmación que la alegría volviera a sus ojos.

—Te resultará raro que te pregunte esto y puedes negarte sin problemas, pero: ¿Puedes acompañarme a comprar el coche? Así también me aseguro de que no me engañen.

—¡Claro que sí! Te acompaño encantado —dijo con una sonrisa—, además, me encanta hablar de coches. Prepárate para toda una conversación de los distintos tipos de coche que hay en el mercado.

—Bueno, está bien saber cosas nuevas —A Eli le parecía un buen chico y le estaba cayendo muy bien.

—¿Te viene bien mañana por la tarde? —preguntó—. Tengo turno de mañana, así que estoy disponible por la tarde, y pasado mañana tengo guardia. Voy a estar un par de días inoperante.

—Mañana por la tarde estará genial, puedo abrir la tienda más tarde o me puedo tomar la tarde libre. Ventajas de ser mi propia jefa. —Se le notó lo orgullosa que estaba de su trabajo.

De camino a casa, Óscar incitó a Eli a que corriese unos minutos más. La animó diciéndole que poco a poco se iría acostumbrando y cada vez correría más.

Llegaron al ascensor, por fin. Había sido duro el ejercicio, pero conocer a Óscar era un soplo de aire fresco en la vida de Eli. Se despidieron hasta el día siguiente para ir a ver coches y después saldrían para hacer más ejercicio. La verdad es que era la primera vez en mucho tiempo que Eli tenía ganas de hacer algo. Estaba sonriendo más en estos días que en los últimos dos

meses. Y lo que era mejor, con Óscar no había pensado en Sergio ni una sola vez.



Al día siguiente, Eli se levantó con unas agujetas terribles en los gemelos. Esperaba tener algún calmante en casa, tenía que ir a la farmacia antes de ir a trabajar. Se preparó el desayuno y se puso un café para llevar. Cuando abrió la puerta de su piso para salir, se encontró en el pomo una bolsita colgada. Dentro, había una caja de ibuprofeno y una nota:

“Es un relajante muscular, te va a venir muy bien. Tómate uno cada ocho horas, órdenes del médico”.

La nota no estaba firmada, pero no le hacía falta saber de quién era. Y con este simple gesto, su rostro volvió a iluminarse con una espléndida sonrisa.



Capítulo 4

Óscar llegó a casa después de una mañana de locos. Aparte de sus pacientes, había tenido que revisar muchas pruebas, había ayudado a varios de sus compañeros con algunos diagnósticos y había tenido que supervisar a un grupo de chicos que acababan de salir de la universidad.

Salió del ascensor y se sorprendió al ver en el pomo central de la puerta una bolsa. En ella, había una botella de agua nueva de color azul y una nota:

“Gracias por el ibuprofeno, me ha venido muy bien. Tu botella me gusta y me la pienso quedar. A cambio, te he comprado esta, que también es muy bonita. Que la disfrutes. Nos vemos luego”.

No pudo evitar sonreír, Eli había llegado a su vida de sopetón y era lo mejor que había podido pasarle en estos días. Quizás era el comienzo de una amistad y eso le hacía sentirse bien. Sin contar a Ana, nunca había tenido una amiga propiamente dicha. Todas las mujeres que había conocido habían querido estar con él de un modo sentimental. Eli era la primera chica en mucho tiempo que veía en él a un potencial amigo y nada más. Sin coqueteos ni pretensiones de ningún tipo.

Ella era divertida, parecía bastante alegre, aunque algo empañaba de vez en cuando su bonito rostro. Una tristeza de la que a Óscar le gustaría sacarla, pero no sabía muy bien cómo.

Estaba deseoso que llegase la hora en la que habían quedado. Lavó en el fregadero la botella nueva que ella le había regalado y la puso a escurrir. Se preparó algo para comer y se dio una ducha antes de ponerse ropa cómoda y sentarse en el sofá.

Sin darse cuenta, se acabó quedando dormido viendo la tele. Se levantó justo a tiempo de vestirse y bajar a buscarla. Cuando ella le abrió la puerta ya estaba lista para salir, con unos vaqueros y una blusa blanca.

—El coche está en el parking —dijo después de saludarla.

Bajaron hasta el aparcamiento, Óscar le dio al botón de las llaves y las luces de su coche se iluminaron, los espejos se accionaron y salieron hacia fuera.

—Es muy bonito tu coche, Óscar, pero demasiado grande para mí —Eli estaba totalmente convencida.

—Este coche es muy cómodo de conducir, que no te asuste que sea grande, y para hacer grandes distancias es muy buena elección.

—No suelo viajar mucho, la verdad. Lo más lejos que he ido ha sido a un par de horas en

coche.

Óscar se sorprendió bastante de que ella no hubiese viajado. Tuvo el impulso de decirle que planeasen un viaje, pero se contuvo. Acababan de conocerse y no quería que lo tomase por un lunático.

Se montaron en el coche y salieron del estacionamiento camino al concesionario.

Cuando llevaban un par de minutos en carretera, Eli decidió empezar una conversación:

—Sé que eres médico, pero ¿De qué especialidad? —preguntó curiosa.

—Soy ginecólogo —dijo él sin más con la vista puesta en la carretera.

—¡Ah! O sea que te pasas el día viendo vaginas. —a Eli le entró la risa.

Era muy directa a veces y eso a Óscar le hacía reír.

—Unas cuantas, pero ser ginecólogo no es solo eso —aclaró—. Me especialicé en ginecología porque la creación de la vida es fascinante. Es todo un misterio en realidad. Piénsalo; dos células se unen para dividirse y formar un nuevo ser humano. El cuerpo humano nunca deja de sorprendernos. Ni siquiera a los médicos, que cada día aprendemos algo nuevo de él.

Óscar vio por el rabillo del ojo que ella no paraba de mirarlo, atenta a su explicación.

—Y se unen de una forma muy divertida —bromeó Eli.

—Sí, la verdad es que sí —riendo, Óscar le siguió el juego.

Se pararon en un semáforo en rojo.

—¿Por qué estabas en el hospital, en el ala de psicología? —Óscar la miró, la risa de Eli se apagó y la tristeza volvió a su mirada—. Perdona, si no me lo quieres decir no pasa nada.

Se sintió un idiota por hacerle recordar algo que le provocaba dolor.

—Da...da igual, no importa —Eli dudó si decírselo o no, hablar de ello le provocaba demasiado dolor, la herida todavía estaba muy abierta—. La culpa es de mi ex, o quizás mía por ser tan ingenua. Estaba muy enamorada de él, lo teníamos todo preparado para casarnos. Y un día que llegué un poco antes a casa para darle una sorpresa, lo pilló en nuestra cama con otra chica.

Óscar apretó el volante con fuerza, si hubiese tenido ahora mismo a ese gilipollas delante, le habría dado un puñetazo por hacerla tan infeliz.

—Me dolió mucho —continuó ella hablando—. Aún me duele. Estaba en el hospital porque voy a terapia con una psicóloga para superarlo. Mi hermana me obligó a ir al verme tan decaída. Parece tonto que un tío me haya dejado tan hecha polvo...

—No es tonto —la interrumpió y continuó conduciendo cuando el semáforo se puso verde—. Te entiendo más de lo que imaginas, digamos que yo también tengo una herida sangrante en el corazón. Mi exnovia, a las pocas semanas de pedirle matrimonio, me dice que está enamorada de otro y que no puede seguir adelante. Lo último que supe de ellos es que se fueron a vivir juntos.

Óscar nunca entendería por qué volvió con él y aceptó su propuesta de matrimonio estando enamorada de otro. No comprendió por qué jugó a dos bandas, ni por qué volvió con él para hacerle trizas el corazón por segunda vez. Apretó los dientes tanto como agarró el volante con las manos. Se percató de ello cuando la mano de Eli rozó la suya haciendo que la relajase. Ella entrelazó sus dedos con los de él de una forma tierna y este le correspondió el gesto.

—Lo superaremos, Óscar —dijo Eli con mucho cariño, mientras que con la otra mano arrastró una lágrima de rabia que rodaba por su mejilla—, juntos lo vamos a superar, ya verás.

Llegaron al concesionario hablando de otra cosa y volvieron a reír. Sí, ahora sabían que lo iban a superar. Definitivamente, haberse encontrado el uno al otro era una de las mejores cosas que a ambos les habían pasado.



Capítulo 5

Un mes más tarde.

—¿Te has sentido alguna vez atraído por alguna de tus pacientes? —curioseó Eli, dejando totalmente atónito a Óscar con su pregunta. Casi se tropezó al oírla.

Estaban a finales de julio y hacía un calor horrible. Se encontraban en las pistas corriendo que, tras un mes, Eli ya dominaba con mucha soltura. No se ahogaba con el ejercicio, estaba mucho más animada y era capaz de correr más de una hora seguida sin problema.

Óscar y ella se habían hecho muy buenos amigos. Los unió mucho el contarse sus pérdidas sentimentales. Desde aquel entonces adquirieron mucha confianza y casi todo el tiempo lo pasaban juntos.

Los días de *pelí y pizza* de Óscar los compartía con Eli por la noche. A veces ella iba al hospital cuando él tenía guardia para comer con él en la cafetería y que se le hiciesen más llevadera esas veinticuatro horas en las que tenía que estar trabajando. Hacían ejercicio todos los días juntos, a veces por las mañanas y otras por las tardes, dependiendo del horario de Óscar, a excepción de los días de guardia. Y algunos fines de semana quedaban para hacer planes.

—Cuando me has dicho que me querías hacer una pregunta personal, pensé que te referías a otra cosa. Yo iba a preguntarte que por qué te llamas Elisabeth.

—Mi madre es una lectora compulsiva y su autora favorita es Jane Austen. —Eli se encogió de hombros.

—Pero tu hermana se llama Claudia. Se podría haber llamado Jane —bromeó él haciendo referencia a las hermanas Bennet de *Orgullo y Prejuicio*.

—Estás cambiando sutilmente de tema ¿Verdad?

—Un poco sí —Óscar miró para otro lado.

—¡Anda venga, dímelo! —suplicó ella.

Óscar se dio por vencido.

—Soy un hombre heterosexual, por supuesto que alguna que otra paciente me ha atraído sexualmente. Pero ante todo soy médico y muy profesional. Y en respuesta a la otra pregunta que seguro me vas a hacer: no, no me he liado con ninguna paciente.

—Pues qué rollo. —Eli se decepcionó— Creí que me ibas a contar alguna anécdota en plan: me la tiré en el sillón ese que tenéis para examinar. Tiene que ser divertido hacerlo ahí.

—Eli, tienes mucha imaginación. Y una mente un poco sucia también —Sonrió Óscar.

—Gracias. —Ella hizo una reverencia— ¿Tienes planes para este finde?

Óscar lo meditó unos segundos antes de contestar.

—La verdad es que no. ¿Tienes algo en mente?

—Quería ir al centro comercial a comprarme ropa nueva. Hace mucho que no voy y necesito renovar mi fondo de armario. Te lo digo por si me querrías acompañar.

—Por supuesto que te acompaño encantado. Además, así miro un par de camisetas y unas deportivas que me gustaría comprarme.

—¡Genial! —exclamó Eli risueña—. Pues vamos en mi nuevo coche. Saldremos a las dos de la tarde, cuando cierre la tienda, y comemos allí. Yo invito esta vez.



Cuando Óscar vio la primera tienda que Eli quería visitar, se quedó mudo. Estaban los dos parados frente al escaparate, como si él no quisiese entrar. De hecho, no quería hacerlo, se sentía un poco avergonzado.

—Pensé que íbamos a comprar blusas, vestidos, zapatos, pantalones... Ya me veía sentado en una silla como en las películas, tú saliendo del probador y yo diciéndote: esto sí, esto no, esto tal vez. Lo que menos me imaginaba era que me traerías a...

—¿A una tienda de lencería? —acabó la frase por él a modo de pregunta—. Es una tienda como otra cualquiera, Óscar. Necesito ropa interior. Además, también tienen ropa masculina.

—Pero ¿te lo tienes que probar? Nunca te he visto en ropa interior... —Estaba tan avergonzado que no sabía ni como decirlo.

—Tranquilo, no me tengo que probar nada —dijo para calmarlo—. Sé perfectamente cuál es mi talla. Tal vez te pregunte si te gusta el color o la forma. Tener un punto de vista masculino siempre viene bien para cuando me sienta preparada para volver al mercado de las citas.

—¿Y si te espero en aquella tienda de allí? —señaló una tienda de ropa de hombre que había a unos diez metros—. No me siento demasiado cómodo escogiendo lencería contigo.

—¿Por qué? Eres mi amigo, no seas idiota. Verás que no es para tanto.

Lo empujó hacia la puerta de la tienda. Óscar se sintió como si estuviese entrando en un terreno inexplorado. Con mujeres por todas partes, mirando bragas y sujetadores entre otras cosas.

Eli iba mirando y cogiendo todo lo que le gustaba. Un conjunto en particular, en un maniquí, llamó la atención de Óscar; un sujetador de encaje verde con tirantes en gris y un tanga a juego. Se imaginó a Eli con él y eso le hizo sentirse un poco incómodo. Nunca se la había imaginado de esa manera, como una mujer sexy y preciosa. Eli era guapa y tenía un cuerpo muy bonito que se le estaba poniendo aún más bonito debido al ejercicio. Pero imaginarla solo con esa preciosidad de conjunto...

Deshizo los pensamientos, Eli era una buena amiga y nada más. Era normal que reaccionase así al verse allí metido.

Se sintió más relajado al entender eso. Fue a la sección de ropa masculina y pilló un par de calzoncillos para él.

Se decantó por unos de rayas finas, azules, blancas y verdes. Y otros lisos de color negro.

—¿Cuál te gusta más? —oyó la voz de Eli, lo que hizo que se diese la vuelta para verla

enseñándole dos conjuntos del mismo modelo, pero de distinto color—. Es que no sé si llevarme el de color verde con el borde gris o el negro con el borde rojo ¿Cuál es el que preferirías que llevase la chica que te gusta?

Óscar se percató de que era el mismo modelo que vio hacía unos instantes en el maniquí. Eso le volvió a provocar ese cosquilleo molesto en el estómago.

—El verde —carraspeó—. Mientras acabas, voy a ir a la cafetería de en frente a comprar unos rollos de canela que hace tiempo que no como, y me encantan. ¿Quieres algo?

Eli lo meditó unos instantes, a decir verdad, acababa de comer y no le apetecía nada dulce.

—Tráeme un café con leche, azúcar y vainilla. —En aquella cafetería elaboraban distintos tipos de café.

—De acuerdo, ahora mismo vuelvo. Espero que para entonces hayas acabado de decidirte. Llevas como mil tipos distintos de ropa interior ¿Te los va a comprar todos? —bromeó.

—Solo algunos —miraba las prendas con indecisión—. Quiero salir de la zona de: *bragas de abuela* en la que estaba sumida. Necesito volver a sentirme guapa y sexy de nuevo.

—¿Tienes pensado tener citas? —Óscar se sentía intrigado por saberlo.

—La verdad es que no. No me siento preparada todavía para eso, esto solo lo hago por mí. Para sentirme yo misma de nuevo.

Óscar la miró con ternura.

—Me parece muy bien, es un avance para superarlo y eso me alegra mucho. Yo todavía me siento algo apático cuando me acuerdo de Sonia —Eli lo abrazó para que sintiese su cariño y su apoyo.

—Lo conseguiremos los dos, tenlo por seguro. —Óscar le correspondió el abrazo. Se sentía muy bien abrazado a Eli. Ella era más bien bajita y delgada, pero cuando lo abrazaba rodeando su cintura y apoyando la cabeza en su pecho, la sentía muy comfortable. Como dos piezas de puzle que encajan a la perfección.

Se separaron tras unos instantes, ella siguió mirando ropa y descartando algunas prendas. Él pagó con el móvil los calzoncillos que la chica del mostrador metió doblados en una bolsa con el logo de la marca, aparte de algunas muestras de un perfume que estaba promocionando, y salió de la tienda hacia la cafetería.

Eli acabó de comprar y salió de allí con una bolsa más grande que la de Óscar, creyendo que, quizás, se había pasado comprando. Se entretuvo con el escaparate de al lado, en el cual había un precioso vestido azul de media pierna y manga corta con escote en forma de corazón y ajustado en la cintura.

Cuando volvió la mirada al frente le dio un vuelco el corazón. Sergio salía de una tienda de ropa de bebé del brazo de, la que ahora, era su novia. Una chica rubia, más alta que ella y con un vientre abultado de unos cinco o seis meses de gestación. Quiso esconderse, pero él la vio antes de que pudiera hacer nada.

—Hola, Eli —dijo Sergio con toda naturalidad. La chica, de cuyo nombre ni se acordaba, la miró con cara de asco. Tenía tantas ganas de encontrarse con ella, como ella de encontrárselos a ellos—. Hacía tiempo que no te veía. ¿Qué...qué tal estás?

—Yo, perfectamente —su voz sonó nerviosa, mientras pensaba en lo que le había dicho Sergio y en que a ella, lo que le hubiese gustado, era no volver a verlo más—. He venido a hacer unas compras.

—Toma tu café —dijo Óscar a su lado sin percatarse de las dos personas que tenía justo enfrente.

—Muchas gracias, cariño —soltó Eli antes de darle un pequeño beso en los labios que lo dejó totalmente atónito y si saber qué hacer—. Óscar, te presento a Sergio, mi ex, y ella es su novia. Y este es Óscar, mi novio —puntualizó, sonriente.

Óscar los miró, al principio algo despistado, pero luego entendió perfectamente la reacción de Eli. Se planteó que probablemente él habría hecho lo mismo.

—Encantado —Óscar alzó una mano para estrecharla con la de Sergio mientras, con la otra, en la que llevaba las bolsas, rodeaba la cintura de Eli. Tanto Sergio como la chica se quedaron sin palabras al verlo. Sergio se sintió pequeño porque Óscar le sacaba una cabeza. Y la chica se quedó embelesada con él. Óscar, entre lo guapo que era y lo bien definido que tenía su cuerpo, provocaba que cualquier mujer se derritiese solo con mirarlo.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo de repente Eli—. Tenemos reserva en el restaurante japonés, y aún tenemos que ir a casa y arreglarnos. Hasta luego.

Tomó a Óscar de la mano y se alejó por los pasillos del centro comercial lo más rápido que pudo sin que pareciese que huía. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, paró y soltó su mano de la de él.

Respiró profundamente y puso la espalda contra la pared de unas de las tiendas, quedándose pensativa, con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar tras unos minutos, agachándose un poco para mirarla a los ojos.

—Sí —susurró sorprendida, parecía no creérselo—. Óscar, estoy bien. Lo he visto y estoy bien. Al principio me sorprendí, pero luego no sentí nada. Me dio igual, como si estuviera *curada*.

Abrazó a Óscar, esta vez con alegría, dando saltitos de emoción. Óscar sonrió contagiándose de su euforia.

—Me alegra oírlo —correspondió el gesto rodeándola con los brazos.

Se separaron de aquel abrazo y fueron caminando hacia otras tiendas. Eli no quería irse todavía, no sufría temor por volver a encontrárselo. Porque sentía que había pasado una prueba demasiado grande y que jamás se imaginó que llegaría a superar, y todo gracias al cariño y la amistad de Óscar.

—¿Y tú? —se atrevió a preguntar Eli— ¿Qué sientes al acordarte de Sonia ahora, después de estos meses?

—Aún escuece —confesó Óscar mirando sin ver uno de los escaparates de una tienda cercana—. No sé, quizás para mí no sea tan fácil.

Eli rozó el rostro de Óscar con la mano que tenía libre para que la mirase. El tacto de ella lo hacía sentir bien. Ella le ofreció la más dulce de las sonrisas.

—Tú también lo conseguirás —dijo con mucha seguridad.

Óscar esperaba que Eli tuviese razón y que, algún día, dejase de pensar tanto en Sonia. Aunque, mirándolo fríamente, se sentía más dolido por la traición que por el amor que una vez se tuvieron.

Caminaron por las distintas zonas del centro comercial. Él se dio cuenta de que, lo que había sentido en la tienda de ropa interior, no había sido más que la sorpresa de darse cuenta de que Eli era una mujer. Sonaba absurdo, pero hasta ahora solo la había visto como su amiga. Una persona sin sexo realmente. En la tienda de lencería la vio como lo que era; una mujer, y eso lo hizo ponerse nervioso. Pero solo había sido eso. Mientras caminaban por los pasillos y entraban en las tiendas, la volvió a ver como lo que era, una buena amiga y nada más.

Cuando llegaron al edificio donde vivían, Eli aparcó su nuevo coche en el parking.

—Bueno, ¿peli y pizza esta noche? —preguntó ella sonriente, una vez apagó el motor—. Esta vez, en mi casa, que anoche seguí la receta de tu masa y me ha salido con una pinta increíble.

—Trato hecho —estuvo Óscar de acuerdo—. Yo llevaré el vino. En *streaming* está la película *Noche de Juegos* y me apetece verla.

—Perfecto —asintió Eli con convicción.

Cuando llegó la noche, Óscar se presentó en la puerta del piso de Eli, recién duchado, con el pelo aún húmedo, un pantalón de deporte de color azul y una camiseta blanca. En la mano llevaba una botella de vino blanco.

Eli llevaba un pijama compuesto por un pantalón corto y una camiseta de mangas cortas con un gatito naranja en el centro. Ambas prendas de un celeste muy claro.

Era mucha la naturalidad con la que se trataban. Como si fuesen una pareja que llevara muchos años de relación y ya no se ocultaran absolutamente nada.

Se comieron la pizza sentados en el suelo, en la pequeña mesa de centro que Eli tenía en el salón, mientras charlaban animadamente. Luego lo recogieron todo y se acurrucaron en el sofá. Eli puso la cabeza en el hombro de Óscar y este la rodeó con su brazo como tantas otras veces lo había hecho. Una vez hubo acabado la película, se despidieron con un abrazo en la puerta del piso de ella, prometiendo quedar al día siguiente por la mañana para salir a correr.



Capítulo 6

El viernes por la tarde Eli quedó con su hermana para ir a verla a su casa en las afueras. Claudia vivía con su hija y su marido en una preciosa casa adosada en una urbanización muy tranquila, apartada de todo el estrés de la ciudad. A pesar de tener que coger el coche hasta para ir a comprar el pan, la pareja estaba encantada con la decisión que habían tomado, ya que vivían muy tranquilos y relajados en aquel lugar.

Su hermana la recibió con un fuerte abrazo cuando le abrió la puerta que daba al jardín. Claudia se parecía a Eli en lo que a rasgos se refiere, con la diferencia de que ella tenía el pelo castaño y los ojos marrones como su padre.

La siguió su hija, Blanca, que abrazó ilusionada a su tía después de varios días sin verla.

Cuando entraron las tres en la cocina, allí estaba Manu, su cuñado, que le dio dos besos y le ofreció un vaso de té helado con limón. Eli lo aceptó gustosa, porque hacía mucho calor y la bebida le daba una sensación de frescor que agradecía.

Ahora estaban Claudia y ella sentadas en la terraza trasera, picoteando unos trozos de tortilla de patatas, mientras Manu y su hija jugaban en el jardín con unas pistolas de agua.

—... pues está genial la película *Noche de Juegos*. —continuó diciendo Eli—. Óscar y yo nos reímos un montón la noche del sábado, te recomiendo que la veas con tu marido.

—¿Te has percatado de que hablas de Óscar como si fuese tu pareja? —se atrevió a preguntar Claudia.

—Psss, para nada —respondió Eli como si su hermana de repente se hubiese vuelto loca—. Él y yo solo somos amigos. Nos llevamos muy bien y nos divertimos juntos. No hay nada más entre nosotros.

—Si vieses cómo se te ilumina la cara cuando hablas de él, estoy segura de que pensarías otra cosa.

—Claudia, de verdad que no hay nada entre nosotros, solo somos dos personas que se han encontrado en un momento complicado de sus vidas. Él ha sido mi salvavidas con todo el tema de Sergio. Si se me ilumina la cara es porque es muy buen amigo y me alegra haberlo conocido, pero nada más. Solo somos amigos.

Para Eli, que su hermana creyese que Óscar y ella podían ser algo más que amigos era una ridiculez. El que se llevasen tan bien y de manera tan natural, no implicaba que tuviesen que ser algo más. Eso era simplemente absurdo.

—Vale, lo que tú digas —dijo su hermana, sin confiar del todo en lo que le decía—. Pues ya

que es tan amigo tuyo, me gustaría conocerlo ¿Por qué no lo invitas a la barbacoa de la semana que viene?

Todos los años, a mediados de agosto, Manu y Claudia organizaban una barbacoa para sus familiares más allegados. Por supuesto, Eli nunca faltaba a ninguna de ellas. Incluso se levantaba temprano y no abría la tienda ese día para poder ayudar a su hermana y su cuñado a organizarlo todo, ya que era mucho lo que había que hacer.

—Vale, sí, puedo preguntárselo.



Mientras tanto, en una finca a una media hora de la ciudad, Óscar disfrutaba de una cerveza junto a sus amigos Xavier y Ana. Se encontraban en el porche, Óscar estaba sentado en uno de los escalones, con la espalda apoyada en una de las vigas que lo sujetaban, y Xavier y Ana en un sofá balancín que sus amigos tenían allí. La finca Belladonna era sumamente bonita. Con sus prados verdes y unos atardeceres que enamorarían a cualquiera. De hecho, en ese instante estaban disfrutando de uno de ellos. El sol se estaba ocultando entre las montañas, produciendo en el cielo colores violáceos y naranjas, aportando a ese paisaje aún más hermosura.

Tanto Ana como Xavier estaban encantados de vivir en medio del campo. Xavier adoraba su trabajo que consistía en dedicarse a la cría de caballos, entre otras muchas cosas. Y Ana adoraba su hogar, que no cambiaría ni por la casa más grande y bonita del mundo en la ciudad.

—Cuando te acabes la cerveza me encantaría que probases el vino de nuestra propia cosecha —dijo Xavier con orgullo a su amigo—, está exquisito este año.

Óscar asintió gustoso.

—Me muero de ganas por probarlo —Ana se relamió los labios de gusto—, pero este año no va a poder ser.

Tocó con amor su vientre, cuyo embarazo ya comenzaba a notarse.

Xavier, que estaba sentado a su lado, le rozó con cariño la mano que ella tenía apoyada en su barriga y acto seguido besó la frente de su mujer con dulzura.

—Guardaré un par de botellas que compartiremos cuando el pequeño Andrés nazca. —la mirada de él era de pura adoración hacia ella.

Ana sonrió encantada.

—Puedes probarlo si quieres —comentó Óscar—, pero solo un sorbito.

—Es que un sorbo no me va a saber a nada —se quejó Ana—. Prefiero esperar a que el niño nazca y tomarme una buena copa.

—¿Cómo sabéis que es niño? —preguntó Óscar extrañado—. Todavía es pronto para saberlo y yo no os he dicho nada aún.

—Llámalo intuición —respondió Ana convencida—. Gracias por animarte a venir a cenar con nosotros. Nos encanta que estés aquí.

Óscar agachó la cabeza mirando sin ver el botellín de cerveza que tenía en las manos, no iba a verlos tan a menudo como le gustaría. Declinaba muchas de las invitaciones que ellos les hacían escudándose en el trabajo o en algún que otro tema para no ir. Temía encontrarse con cierta chica que le dejó el corazón hecho trizas.

—Nunca te haríamos eso —Ana pareció leerle la mente—. Sabemos que no quieres encontrarte con ella.

Óscar dio un sorbo a la cerveza antes de contestarle.

—Sonia es más amiga tuya que yo. Tú me conociste a través de ella.

—Ella es mi mejor amiga y tengo mucho que agradecerle —aclaró Ana—, pero eso no significa que tú no te hayas convertido también en un buen amigo y que, por supuesto, queremos que seas parte de nuestra familia.

—Además, tú me caes mejor que el otro —confesó Xavier, su mujer lo miró muy seria—. ¿Qué pasa? Es la verdad. Puede que Sonia sea tu mejor amiga. Pero yo prefiero a Óscar como amigo antes que a...

—No es por eso —lo interrumpió Ana—. Te miro así porque acordamos no nombrarlo en presencia de Óscar.

El aludido sonrió por primera vez al hablar de Sonia y el innombrable, estaba empezando a darse cuenta de que ya no le afectaba tanto como hacía unos meses. De hecho, casi ni le importaba. Agradecía que Ana y Xavier lo quisiesen como a uno más de la familia. Esperaba, algún día, poder ir a cenar con ellos y también con Sonia y su novio. Todos juntos sin más complicaciones. Una chica pasó por su mente, podía traer un día a Eli a comer con ellos. Sabía que se iba a llevar muy bien con Ana y que iba a disfrutar de este maravilloso lugar.

El móvil lo avisó de que tenía una notificación, se lo sacó del bolsillo y sonrió al ver de quién era el mensaje, la chica de sus pensamientos por lo visto también estaba pensando en él:

Eli: Hola, puedes negarte si quieres, pero mi hermana quiere invitarte a una barbacoa que celebra la semana que viene ❖❖.

Óscar: ¿Por qué iba a negarme? Me encantará conocer a tu hermana y una barbacoa suena muy divertido ❖❖.

Eli: Prepárate para todo un caos familiar ❖❖.

Óscar: Me lo estás poniendo mejor todavía. Se nota que no conoces a mi familia, me encantan los caos familiares ❖❖.

Eli: Perfecto, pues ya concretaremos la hora y demás cuando nos veamos estos días. Que disfrutes con tus amigos ❖❖.

Óscar: Y tú con tu hermana ❖❖.

Se volvió a meter el móvil en el bolsillo. Cuando miró a sus amigos, se dio cuenta de que habían dejado de hablar y lo estaban mirando ensimismados con una sonrisa cómplice en los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó sin entender.

—¿Quién es ella? —quiso saber Ana.

—¿Cómo sabes que es una mujer?

—Porque se te ha iluminado la cara de una manera muy especial. Algo me dice que hay una nueva chica en tu vida.

—Solo somos amigos —aclaró Óscar quitándole importancia.

—Sí, ya, solo amigos —la voz de Ana denotaba que no se lo creía para nada.

—Un día la traeré para que la conozcáis.

—Nos encantará conocer a la chica que te ha provocado esa sonrisa.

Los tres se pusieron de pie para ir a la cocina a preparar la rica cena. Ana era una de las personas que lo habían visto abatido cuando Sonia lo dejó. Para ella volver a ver feliz a su amigo después de aquello era toda una alegría.

Óscar se ofreció a ayudarles con la cena, pero ellos no lo dejaron hacer nada. Xavier le puso la copa de vino que le había prometido junto con unas deliciosas cuñas de queso para acompañarlo. El vino, como Xavier había afirmado, era exquisito.

Se sentaron los tres en la isla de la amplia cocina y disfrutaron de una maravillosa velada.



Capítulo 7

El sábado no se hizo esperar, la semana pasó prácticamente volando. En la tienda tocó inventario, lo que tuvo a Eli bastante entretenida todos esos días. Aun así, quedó con Óscar en varias ocasiones para hacer ejercicio y cenar juntos.

El viernes anterior quedaron en que irían a la barbacoa por separado, ya que Óscar tuvo guardia el día anterior y quería levantarse un poco más tarde para no estar cansado en la fiesta.

Eli se levantó temprano para ayudar a su hermana como hacía cada año. Claudia le envió unos mensajes con algunas cosas que faltaban por comprar antes de que llegara a su casa. Eli se recogió su pelo rojizo ondulado en una coleta; se puso unos vaqueros cortos deshilachados en los bordes, una camiseta blanca de lino y unas *Converse* blancas con el filo rojo. Pasó por el supermercado para comprar todo lo que faltaba y, de paso, le llevó a su sobrina los huevos sorpresa de chocolate que tanto le gustaban.

Aparcó en la puerta de la casa de su hermana, que ya estaba abierta, y vio su sobrina corriendo por el jardín. Feliz, la niña fue a darle un abrazo a su tía.

Cuando Eli se agachó para darle un beso y el regalo que le llevaba, se puso aún más contenta. Corrió hacia la cocina a pedirle permiso a su madre para poder, así, degustar uno de aquellos dulces.

—Pero solo uno —le advirtió Claudia antes de saludar a su hermana con un abrazo—. Hola, cielo, ¿Óscar no viene al final?

Se decepcionó al ver que ella venía sola.

—Va a llegar más tarde —la tranquilizó Eli—. Tuvo guardia ayer y necesita descansar un poco más ¿Y Manu?

—Está en el jardín de atrás poniendo unas luces solares que ha comprado para cuando llegue la noche. Sabes que esta fiesta suele alargarse bastante.

La última que hicieron duró desde la hora de almorzar hasta bien entrada la madrugada.

Los padres de Eli y Claudia, Juan y Lidia, llegaron una hora más tarde. Lidia besó a sus hijas con cariño antes de depositar en la encimera unos platos que contenían sus famosas tortillas de patatas.

—Casi deja el supermercado sin huevos —bromeó Juan—. No he visto mujer más exagerada que vuestra madre para hacer comida.

—No quería que nadie se quedara sin probarlas —se justificó y miró a su hija pequeña—. ¿Cómo estás, cariño? Se te ve radiante últimamente. La sonrisa ha vuelto a esos preciosos ojos.

—Será por... —Eli le dio un codazo a su hermana antes de que dijese lo que sabía que iba a decir. Su hermana rio y se quedó callada.

—Sí mamá, me siento genial. No hablemos de cosas de las que ya no hace falta hablar, disfrutemos de la rica barbacoa.

Lidia asintió y fue con su marido al jardín para saludar a su nieta y a su yerno quien, después de poner las luces, se dedicó a encender la barbacoa.

Un rato más tarde, ya estaban todos en el jardín, incluyendo los hermanos, hermanas y padres de Manu junto con sus respectivas parejas e hijos.

Eli recibió un mensaje de Óscar que le decía que acaba de llegar, pero que no sabía a qué puerta debía llamar. Ella atravesó la casa para asomarse a la salida y que la viese.

Claudia casi se atraganta con el tinto de verano al ver a Óscar atravesar la puerta del jardín. No hubo una sola mujer que no lo mirase conforme iba entrando junto a Eli.

—Joder —no pudo evitar soltar Claudia, que estaba en la barbacoa junto a su marido. Manu levantó la cabeza al escuchar el impropio de su mujer, que estaba totalmente impresionada con lo que veían sus ojos.

—Pero ¿Ese quién es? —hasta Manu se quedó atónito al verle.

Eli hizo fue presentándolo a todo el que se acercaba. La mayoría, mujeres.

Justo cuando se lo presentó a su hermana y a Manu, esta habló unas pocas palabras con él y luego se excusó, cogiendo a Eli del brazo para que la acompañase a coger unas cosas de la cocina. Óscar se ofreció a ayudarlas, pero Claudia le dijo que no hacía falta, que cogiese una cerveza y disfrutase de la fiesta.

Cuando estuvieron en la cocina las dos hermanas, Claudia cerró el ventanal para que no la escuchasen.

—Dime que por lo menos te lo tiras —soltó Claudia sin rodeos.

—Claudia, que solo somos amigos —Eli se sentía algo cansada de decirlo.

—¿Tú lo has visto? —Claudia no entendía nada.

—Sí, sé que es bastante guapo, pero...

—¿Bastante guapo? —la interrumpió—. Mi marido es bastante guapo, ese hombre que está en mi jardín ahora mismo es un dios griego.

Claudia cogió unas bolsas de patatas y otras con bollos de pan para disimular cuando salieran de nuevo.

—Claudia, no me siento preparada para estar con nadie, y menos con Óscar. Tenemos algo demasiado bonito para estropearlo con unos cuantos polvos.

—Vale —se dio por vencida—, pero una cosa te digo; esos polvos serían mágicos. —Concluyó Claudia antes de poner una de las bolsas en las manos de Eli y abrir la puerta para salir al jardín de nuevo.

La velada continuó de forma muy amena. Óscar parecía llevarse bastante bien con Manu y Juan, el padre de Eli, con quien mantenía una animada conversación mientras disfrutaban de unos botellines de cerveza.

La comida era bastante abundante. Lidia miró a su marido, mostrándole los platos de tortillas vacíos para demostrarle que no había sobrado ningún trozo, lo que hizo que este pusiera los ojos en blanco.

Pusieron algo de música para animar aún más la fiesta, y los niños se empezaron a bailar. Eli se unió a su sobrina, que la tomó de la mano, y ambas comenzaron a dar vueltas riendo sin parar. Para Claudia no pasó desapercibido como Óscar miraba a su hermana. Sacudió la cabeza sin

entender como esos dos no se daban cuenta de lo que sentían.

Casi al anochecer, la gente se fue yendo, y Eli se tiró en una de las tumbonas de la piscina bastante agotada. Óscar tocó su hombro antes de sentarse en la tumbona contigua a la suya.

—¿Te has divertido? —preguntó Eli.

—Mucho, la verdad —sonrió Óscar—. Me gusta tu familia, me han caído todos muy bien.

—Entonces, el año que viene, ¿te animas a venir?

—Dalo por hecho —bromeó.

Se quedaron charlando un buen rato en la piscina hasta que Eli casi se quedó dormida, fue entonces cuando se levantaron y se despidieron de su hermana y su cuñado, declinando una invitación a que se quedasen a cenar.

Cuando llegaron a su edificio se dieron un abrazo en el ascensor para despedirse.

Al cerrar la puerta de su apartamento, Eli pensó que tenía una cosa clara; ni por los polvos más mágicos del mundo estropearía lo que tenía con Óscar.



Capítulo 8

Agosto le dio paso a septiembre y este a octubre. El tiempo ya refrescaba y Eli decidió que ya era hora de hacer un cambio de ropa en los armarios; guardar toda la ropa de verano e ir sustituyéndola por la de invierno. Empezó por los cajones, metiendo la ropa que no se iba a poner en cajas de plástico para luego subirlas al altillo del vestidor. El apartamento disponía de tres dormitorios, y el más pequeño de ellos lo llenó de armarios y cajoneras solo para guardar la ropa. Al lado de la ventana había puesto un espejo de cuerpo entero, que usaba bastante a menudo.

Abriendo una de las puertas del altillo, encontró una caja que no se esperaba encontrar. En la caja descansaba un cartel que decía: *Ropa de Sergio*.

Al abrirlo, descubrió varias prendas de ropa que ella le había regalado; una bufanda, un jersey, algunos calcetines... Aunque lo que le provocó que una lágrima traicionera rodara por su mejilla, fue una pulsera de cuero con una esclava grabada con su nombre. Se la regaló por su cumpleaños de hacía unos tres años.

Detrás de la esclava, Eli hizo grabar:

Te querré siempre. Eli.

Quedaba más que claro que aquellas cosas no se las había dejado por accidente. Se sentó en el suelo del vestidor, frente a la caja, sin saber qué hacer.



Óscar estaba en su casa, haciendo ejercicio en la cinta de correr con los cascos inalámbricos puestos. Desde que corría con Eli tenía que hacer ejercicio por su cuenta, ya que, para ella, todavía era muy pronto para poder seguirle el ritmo. Paró de correr y se secó el sudor con una toalla que tenía colgada en uno de los extremos. Se quitó los cascos, dejándolos colgados en la cinta de correr, y fue al baño a darse una buena ducha. Una vez duchado, se puso ropa limpia y se secó el pelo con una toalla. Eran casi las cinco de la tarde. Tal vez iría a comprar algo para la cena. Pensó en invitar a Eli a cenar a su casa y así podrían disfrutar de su mutua compañía.

Ella volvió a su mente una vez más, últimamente no paraba de evocarla a todas horas. La verdad es que lo veía algo normal, ella se había convertido en un pilar importante en su vida, era

prácticamente como de su familia. En realidad, pasaba más tiempo con ella que con ninguna otra persona y eso le hacía sentir una sensación muy agradable.

La pantalla de su móvil se iluminó junto con un sonido. No pudo evitar una sonrisa al mirar la pantalla. El objeto de sus visiones lo estaba llamando.

—Hola, parece que te he invocado. Precisamente estaba... —comenzó a decir.

—Óscar, ¿estás en tu casa? —lo interrumpió ella con una voz tan triste que provocó que él se preocupase.

—Sí, claro. ¿Ha pasado algo?

—¿Puedes bajar?

—Por supuesto que puedo, ahora mismo estoy ahí.

Decir que Óscar bajó las escaleras a la velocidad de un rayo sería quedarse corto. Se dio toda la prisa que pudo, cogiendo de su casa solo las llaves, que casi se las había dejado olvidadas.

Llamó al timbre y, a los pocos segundos, una Eli abatida le abrió la puerta. Se echó a sus brazos, dejando que las lágrimas mancharan su camiseta.

—Eli, ¿Qué ocurre? —preguntó abrazándola con fuerza. El dolor que ella parecía sentir, se le estaba clavando a él en lo más profundo de su alma. Deseaba poder deshacer toda esa pena, hacerla sonreír con esa sonrisa tan bonita que sabía que tenía.

—En realidad, nada —respondió ella amortiguando la voz en el pecho de Óscar—. Es que me he encontrado una cosa y no he podido evitar que se me agolpasen los recuerdos.

Fueron al vestidor y ella le explicó lo que pasaba con la caja y la pulsera.

Tras escucharla unos minutos, él decidió hablar:

—Pensé que te habías *curado* —Hizo el gesto de las comillas—. Lo dijiste tú misma al verle. Está claro que sigues sintiendo algo por él. —Óscar se sintió algo enfadado al verla así y no entendía por qué.

—Es que creo que no lloro por él. —Eli estaba convencida de ello—. Creo que lloro por todo lo que vivimos. De repente, me he sentido muy sola. Él está feliz con su novia y su futuro hijo, si es que no lo ha tenido ya. Mientras, yo estoy aquí, un sábado por la tarde, arreglando los armarios, sola y teniendo que subirme en unas escaleras que me dan miedo, porque no llego al dichoso altillo.

—Anda trae. —Óscar cogió con calma la caja que Eli acababa de asir con un gesto de rabia—. Hasta yo necesito un par de escalones de esa escalera, el altillo está muy alto. Además, no estás sola, me tienes a mí. Es decir... siempre que me necesites voy a estar ahí. Soy tu amigo, si quieres subir unas cajas o matar una araña, que sé que te dan pánico, no tienes más que llamarme. Si te sientes sola, dímelo y yo vendré para estar contigo.

—Es cuestión de tiempo que encuentres a alguien. Mírate, estás muy bueno ¿Tú has visto cómo te miran las chicas? Entonces, te aseguro que no será lo mismo.

—Bueno, tú también eres preciosa. Puedes ser tú quien encuentre a alguien. Además, por mucho que me miren las mujeres, según tú, no tengo ningún interés en encontrar pareja ahora mismo.

—¿Y si, por ejemplo, volviera Sonia? —quiso puntualizar.

—¿Y si volviera Sergio? —contraatacó él.

—Créeme, no pienso volver con él. —De eso estaba muy segura.

—Ni yo con Sonia —dijo con convicción—, me ha roto el corazón dos veces y no va a haber una tercera.

Eli empezó a sentirse algo mejor tras su conversación con Óscar. No sabía que le deparaba la

vida, pero era cierto que en ese instante lo tenía a él. Era un muy buen amigo, tal vez el mejor que había tenido.

—Bueno, veo que tienes un gran lío montado aquí, deberíamos ponernos manos a la obra y acabarlo lo antes posible. Después, te vas a poner más guapa de lo que ya eres y nos vamos a ir a cenar fuera. ¿Qué te parece si comemos hoy sushi? Podemos ir al que fuimos hace un mes, estaba bastante rico.

Eli asintió más animada, Óscar tenía ese efecto en ella. Empezaron a guardar toda la ropa, él insistía en subirse en la escalera para colocar las cajas llenas de ropa. Como había dicho, era tan alto que solo necesitaba un par de escalones para meterlas sin problemas. Ella puso algo de música para hacerlo todo más llevadero. Gracias a él, Eli acabó de limpiar y colocar los armarios mucho antes de lo que pensaba. Fue a por unas cervezas a la nevera, brindaron por un trabajo bien hecho y dieron un par de sorbos.

La canción *Perfect* de *Ed Sheeran* comenzó a sonar en el móvil. Óscar cogió las cervezas y las puso en una de las cajoneras.

—¿Me concede este baile, señorita? —preguntó haciendo una reverencia a modo de broma, estirando la mano. Eli no sabía qué hacer, sentía un poco de vergüenza—. Venga no seas tímida. Es una canción lenta, es muy fácil de bailar.

Eli aceptó su mano y, entre risas, fueron dando vueltas por aquella habitación. No podían parar de mirarse ella sujeta al cuello de él, mientras este la sujetaba por la cintura. De repente, parecían estar en un baile de otra época. Como si, en vez de llevar unas mallas y una camiseta vieja, ella llevase el más bonito y elegante de los vestidos, y él, en lugar de un pantalón de deporte y camiseta, vistiera un esmoquin hecho a medida.

Óscar la tumbó y, de repente, el tiempo pareció congelarse. Se quedaron así, mirándose el uno al otro. Las risas se apagaron, él tragó saliva mirando fijamente los ojos cristalinos de ella. Tenía unos ojos muy bonitos, nunca se había fijado realmente ¿Cómo no se había fijado antes en lo hermosa que era? ¿Es que estaba ciego? Con esos ojos verde aguamarina y ese pelo rojizo suelto que le enmarcaba la cara.

—Voy a adoptar un perro —dijo ella de repente rompiendo el momento.

La canción acabó, dando paso a una bachata. Óscar la volvió a poner de pie y se separó lentamente de ella.

—Me parece bien. —Carraspeó, lo que acababa de pasar era algo que prefería no analizar—. Conozco una protectora de animales que por cada perro que adoptan, sacan a otro de la perrera. Hacen una excelente labor.

Ella se volvió para otro lado, jugueteando con la botella de cerveza que llevaba en las manos.

—Estaría bien ir a esa ¿Me acompañarías el sábado que viene por la tarde?

Óscar tardó unos instantes en hablar. Parecía tener que asimilar lo que ella iba diciendo.

—Claro, sí, esto... voy a cambiarme y salimos para el restaurante en... —Miró el reloj que llevaba en la muñeca—. ¿Te parece bien un par de horas?

—Sí, me parece genial... Así termino de recoger unas cosas y me meto en la ducha —esta vez lo miró. Después de lo que acababa de pasar se sentía algo incómoda.

Se despidieron de forma torpe y, al cerrar la puerta, Eli apoyó la cabeza contra ella totalmente confusa. Óscar se quedó en el descansillo unos instantes, también confundido. Ninguno de los dos tenía ni idea de lo que acababa de pasar.



Capítulo 9

Llegó el sábado, Eli estaba muy ilusionada. Llevaba un tiempo meditando la idea de tener un perro, pero el sábado anterior lo vio claro. Con un amigo peludo no se iba a sentir tan sola en casa y, el tener una responsabilidad más, la tendría más ocupada y no pensaría tanto.

Óscar la recogió puntual, justo después de que ella cerrase la tienda a las dos de la tarde. Decidieron ir en el coche de él, así que luego regresarían a recoger el suyo.

Llegaron a un lugar algo apartado de la ciudad, donde había lo que parecía una especie de refugio para animales. El recinto estaba lleno de jaulas bastante amplias y bien cuidadas.

El chico que les abrió la puerta, llamado Pedro, les explicó que sacaban a los perros a menudo para que pudiesen pasear y sociabilizar entre ellos. Siempre procuraban que estuviesen lo mejor posible. Llevaba en brazos un cachorro pequeño que parecía no querer soltarse de sus brazos.

Eli se enamoró de él al instante. Tenía el pelo corto de color marrón claro y blanco, las orejitas agachadas y cuando Pedro la invitó a que lo tomase en brazos, el perrito comenzó a lamerle la mano.

—Se llama Trueno. El nombre se lo han puesto los niños del colegio de aquí al lado. Siempre que viene un perro nuevo, dejamos que sean ellos quienes elijan los nombres —explicó Pedro—. Tiene dos meses. Por lo que nos ha dicho el veterinario, es de raza pequeña, cruzado con la raza Jack Russell. Los encontraron a él y a sus dos hermanos en una bolsa de basura recién nacidos. Sus otros hermanos ya han sido adoptados, pero él parece no encontrar una familia. Es extraño, porque los cachorros suelen adoptarse muy deprisa.

Eli reflexionaba sobre la crueldad de aquellas personas que los habían tirado como si fuese basura. Ojalá no les permitiesen tener animales a ciertos individuos. Hacerle un mal a una cosita tan buena y pequeña escapaba a su entendimiento.

—Yo me lo quedo —Eli estaba muy convencida. Sintió una conexión muy bonita con el animal—. Trueno y yo estábamos esperando conocernos para ser una familia.

No quiso soltarlo en todo el camino que recorrieron y el perro tampoco parecía querer que lo soltase.

Caminando por el recinto, a los pies de Óscar llegó una pelota amarilla bastante mordisqueada. Un Border Collie negro y blanco se acercó a cogerla. Al ver a Óscar, le dio a la pelota con el hocico para que este se la tirase. Óscar hizo lo propio lanzando la pelota. Siguió caminando, pero en unos instantes, volvió a tener al perro a su lado soltando la pelota de nuevo a

sus pies para que volviese a hacerlo.

Así estuvieron unos minutos hasta que el chico que los estaba atendiendo se acercó a ellos.

—Se ve que le has caído bien —afirmó Pedro—. Él es Capitán. Tenía una placa con su nombre puesta cuando lo encontraron. Lo abandonaron en una autovía. La chica que estuvo a punto de atropellarlo nos lo trajo. Tiene unos dos años, es muy sociable y activo.

Óscar se agachó para acariciarle el lomo y la cabeza. Capitán aceptó sus caricias gustosamente.

—Me encantaría llevarlo conmigo, me encantan los perros, siempre he querido tener uno —Se levantó y volvió a tirarle la pelota—, pero mi trabajo me lo impide. Tengo guardias de más de veinticuatro horas a veces y un animal no puede descuidarse tanto tiempo.

—Qué pena que no tengas una buena amiga dispuesta a echarte una mano —la voz de Eli era pura ironía—, si lo quieres llévatelo. No me importará para nada tenerlo en mi casa cuando tú no estés.

—¿De verdad? —la voz de Óscar sonó ilusionada—. ¿No te importará?

—¡Claro que no! Además, así Trueno tendrá con quién jugar. —Comparó a un perro con otro en tamaño—. Bueno, cuando crezca un poco más.

—Capitán es muy sociable —la tranquilizó Pedro—, no le hará nada. Aunque sea más grande, está acostumbrado a jugar con todos los perros sin importar el tamaño.

—No sé Eli, no quiero cargarte con esa responsabilidad. —Seguía dudando.

—Recuerda que por cada perro que adoptemos rescatan otro de la perrera —intentó convencerlo—. Serían dos perritos los que tendrían la oportunidad de entrar en esta maravillosa protectora.

Óscar contempló a Capitán, que lo miraba con unos preciosos ojos castaños. Se acercó a él y puso sus patas en el abdomen de Óscar para que siguiera acariciándolo. No se lo pensó ni un solo momento más, Capitán se iría a casa con él.

El chico de la protectora les hizo firmar unos papeles, tenían que comprometerse a castrar a ambos perros, aparte, también les hizo un test psicológico para saber si eran aptos para llevarse a los perritos.

Tras todo el papeleo, fueron a la tienda que tenía la protectora para comprar algunas cosas para los perros; camas, mantas, juguetes varios, comida...

Los beneficios estaban destinados a costear todo el mantenimiento que demandaba el recinto para que los animales estuviesen lo mejor atendidos posible.

Incluso en el coche, Eli no soltó a Trueno en ningún momento, Pedro le dijo que podía cambiarle el nombre, ya que era muy pequeño todavía y estaba a tiempo de hacerlo. Pero a Eli le pareció gracioso ese nombre que los niños habían escogido para él, así que decidió dejárselo.

Cuando llegaron a casa, soltó todas las cosas de Trueno y las fue colocando en cada sitio.

La cama, la manta y los juguetes los puso al lado de su cama para que durmiese junto a ella. Trueno iba olisqueando todo lo que había en el suelo mientras la seguía allá donde iba. La comida la guardó en el mueble de la cocina y las correas y collares, los colocó en el perchero de la entrada. Cuando se dio cuenta era casi de noche.

Después de darle un buen paseo a su nuevo perro, junto con Óscar, que también sacó al suyo, comenzó a preparar la cena para ella y para Trueno. Se dio una ducha y se sentó con el pequeño cachorro en el sofá para ver la tele mientras lo bañaba en caricias y juegos.

Tras un rato en el salón decidió que ya era hora de irse a la cama. Metió a Trueno en su nueva cama y se tumbó en la suya junto con un buen libro. Trueno se salió de su cama y comenzó a

llorar en el pasillo. Eli fue a verlo para ver que ocurría, estaba en la entrada llorando y rascando la puerta. Quería salir.

Decidió ponerse unas mallas y una sudadera para volver a sacarlo por si tenía ganas de hacer sus necesidades, era un cachorro y era normal que fuese varias veces.

Cuando regresaron, Trueno volvió a hacer lo mismo, lloró desconsolado en la puerta rascándola con energía.

Eli se sentó con la espalda apoyada en la entrada y acarició suavemente la cabecita del pequeño animal. Este, al ver que la puerta no se abría, puso su pequeño hocico con cara de pena en la pierna de ella.

—Echas de menos a tu antigua familia, es eso, ¿verdad? —habló con dulzura, el perro pareció entenderla—. Tranquilo, te prometo que te voy a cuidar y proteger mucho. Y no te va a faltar ni un solo mimo ni cariño.

Trueno se subió torpemente en su regazo. Eli le regaló unas suaves caricias, hasta que el animal comenzó a quedarse dormido.

Subió la cama de Trueno a la suya y, mientras leía, lo acurrucó a su lado.



Tras el paseo con Eli y los perros, Óscar hizo más o menos lo mismo que ella; ducha, cena, sofá con Capitán...

Estaban viendo una nueva serie que se estrenó en Netflix hacía poco. Capitán estaba tumbado a su lado. Cada vez que Óscar lo miraba, parecía estar atento a lo que en la tele se estaba retransmitiendo.

Pasado un buen rato se fueron a la habitación a dormir. Capitán, sin pensarlo dos veces, se subió a la cama de Óscar. Cada vez que lo bajaba, el perro se volvía a subir, hasta que Óscar se dio por vencido.

—Pero solo esta noche, por ser el primer día —le advirtió.

Destapó la cama, echando a un lado a su nuevo amigo.

El móvil le advirtió de un mensaje con un sonido similar a un timbre. Lo tomó para leerlo:

Eli: ¿Qué tal llevas la primera noche con el nuevo miembro de la familia?

Óscar: Bueno, digamos que una criatura peluda ha invadido mi cama.

Eli: La mía también ha sido invadida 💎💎.

Óscar: Pero tu perro ocupa una esquinita, el mío ocupa media cama, no sé ni cómo voy a dormir 💎💎.

Eli: 😊😊😊💎💎 Espero que duermas bien. Buenas noches, Óscar, nos vemos mañana 💎💎.

Óscar: Buenas Noches, hasta mañana 💎💎.



Capítulo 10

Diciembre llegó a una velocidad aplastante. Tanto Óscar como Eli llevaban bastante bien tener un nuevo amigo. Trueno se adaptó perfectamente a ella, y Capitán adoraba salir a correr con los dos. Tenía mucha energía y esas carreras le venían muy bien a la hora de cansarse. Como prometió, Eli se quedaba con Capitán los días que Óscar estaba de guardia. Él decidió dejarle una llave de su piso por si necesitaba cualquier cosa que el perro pudiese demandar o si no le daba tiempo de dejarlo en casa de Eli, que ella pudiese ir a por él en cuanto pudiese.

Ahora estaban montando el árbol de Navidad en casa de Óscar. El día anterior lo habían hecho en el apartamento de Eli. Ella llevaba un jersey de punto *oversize* beis claro, unos vaqueros azules y unas zapatillas de deporte. Él estaba ataviado con unos vaqueros, unas deportivas y una sudadera gris con capucha y bolsillo en medio.

Óscar llevaba tiempo sin poner un árbol de Navidad en su casa, pero Eli lo había animado a comprarlo, yendo con él a escogerlo junto con las distintas decoraciones que le pondrían.

Tras poner las luces, como colofón final, él colocó una preciosa estrella de madera en lo más alto del árbol.

Trueno y Capitán descansaban en la cama de este mientras ellos recogían todos los plásticos y demás restos para tirarlos a la basura.

Cuando completaron la tarea, Óscar depositó una humeante taza de chocolate caliente en las manos de Eli, antes de que ambos se sentaran en el sofá y él le diera un sorbo a su propia taza.

Eli se deleitó con el calor y el olor de la taza, para después darle un generoso sorbo. Disfrutó del dulzor del chocolate junto con la leche.

—¿Qué vas a hacer en Navidad? —preguntó Óscar.

Eli respondió por inercia.

—Pues supongo que comeré con mi familia, mis padres hacen una rica cena. Las botellas de vino y los chupitos de licor de hierbas corren como la pólvora. Mi madre nos da un regalo a cada uno esa noche y luego nos volvemos a casa ¿Y tú? ¿Qué tienes planeado?

—Pues más o menos lo mismo, cenaré con mis padres y mis hermanos. Me tomaré una copa con ellos y luego vendré a casa.

A Eli se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no celebramos nuestra propia Navidad? —estaba entusiasmada.

Óscar, sonriente, se contagió de su euforia.

—¿Qué día tienes pensado hacerlo? —La miró fijamente con curiosidad.

Eli lo pensó unos instantes. Un millón de ideas pugnaban en su cabeza.

—Podríamos hacer algo el veinte de diciembre que es sábado, en mi casa. Prepararé una buena cena. Se me está ocurriendo una cosa.

Sin decir más, se acercó a Óscar, miró la etiqueta de detrás de su sudadera, a continuación, cogió su móvil de detrás del bolsillo de su pantalón vaquero y empezó a buscar algo. Óscar intentó ver qué estaba tramando, pero ella se lo impidió.

—Tú solo trae vino —continuó diciendo tras volver a guardar su móvil—, que sabes escogerlo muy bien y también una botella de limoncello.



El gran día llegó, Óscar se dio una buena ducha, se puso una camisa de color verde pálido y de rayas finas, unos vaqueros y unos náuticos marrones. A Capitán le puso una pajarita para perros que compró en una tienda de animales. Llevaba otra más pequeña para Trueno.

Llegó a la puerta de Eli unos diez minutos antes de la hora acordada, se sentía muy ilusionado con esa Navidad improvisada. En las manos llevaba las dos botellas y una bonita bolsa.

Ella lo recibió vestida con unos vaqueros, el pelo suelto y un jersey de lo más navideño. Trueno estaba detrás de ella, feliz de verlos a los dos. Primero saludó a Óscar y después a Capitán con mucha efusividad. Capitán saludó a Eli poniéndole las patas encima, esperando las caricias que sabía que recibiría.

—Bienvenidos a esta Navidad improvisada. —Los invitó a pasar al salón, tomando las botellas para meterlas en la nevera.

La mesa ya estaba puesta; Eli había colocado unos elegantes platos con queso, jamón, paté, panecillos, gambas y unas velas rojas y blancas.

En el árbol había una bolsa elegante con un lazo azul y una caja más grande con el logo de *Amazon*. Eli le entregó la caja después de que él le diese la pajarita para Trueno. Óscar miró la caja con curiosidad y alzó una ceja para que ella le explicase que contenía.

Eli lo animó a abrirla. En la caja, había un jersey muy navideño, parecido al que ella llevaba puesto, de color rojo y con un muñeco de nieve con un gorro de Papá Noel. Alrededor, tenía unas bolas de árbol de Navidad de diferentes colores.

Él levantó una ceja, divertido.

—No querrás que... —comenzó a decir mirando a Eli y al jersey alternativamente.

—¡Vamos, pónelo! —lo animó ella—, será divertido. Yo ya llevo el mío puesto. Además, no nos va a ver nadie.

Óscar se dio por vencido, fue al baño y salió de él con el jersey puesto y la camisa en la mano que colocó cuidadosamente en una de las sillas del comedor.

Eli sonrió muy animada al verlo así vestido. Fue a coger su móvil, que estaba en la mesita del salón, y se sujetó a la cintura de Óscar, móvil en mano, para hacerse un *selfie* con él.

Tras hacer la foto, caminó hacia la cocina. Óscar fue a ver si necesitaba ayuda con algo. Eli le pidió que cogiese los cuencos de los perritos. Ella sacó unos muslos de pollo con patatas y verduras del horno.

Una vez llegó a la mesa con la bandeja de cristal y dos trapos de cocina para evitar quemarse,

desmenuzó algunos muslos con un cuchillo y un tenedor para depositarlos en los cuencos de Trueno y Capitán.

Los perros se acercaron en cuanto Eli los puso en el suelo y disfrutaron con sumo placer del succulento manjar.

Tanto Eli cómo Óscar disfrutaron de la velada en mutua compañía, contándose anécdotas navideñas de sus respectivas familias. Como cuando a la madre de Óscar se le quemó el asado y acabaron comiendo pizzas precocinadas. O cuando Blanca, la sobrina de Eli, pilló a su padre en el baño disfrazándose de Papá Noel para darle una sorpresa.

—Bueno, tenía dos años y no se acuerda, pero lloró desconsolada ese día porque decía que su papá estaba raro —concluyó la anécdota entre risas.

Acabada la cena, él la ayudó a recoger todo. Se tomaron unos chupitos de limoncello en el sofá mientras seguían hablando y riendo. Se lo pasaban tan bien juntos, que ninguno quería que se acabase la noche.

—Debería irme. —Óscar miró su reloj y vio que eran las tres de la mañana y que a Eli le estaba venciendo el sueño.

—No, no te vayas todavía —suplicó ella—. Quédate un ratito más.

—Casi te estás quedando dormida. Además, es muy tarde y...

—Solo necesito unos minutos. Ven, tumbate conmigo en el sofá, verás que en unos instantes se me pasa.

Óscar no entendía por qué, pero no podía negarle nada a Eli. Se quitaron los zapatos, él se tumbó primero y lo siguió ella, recostando su cabeza en el pecho de él.

—Cuéntame más cosas de tu familia —pidió ella con los ojos cerrados.

Él empezó a hablar de sus hermanos y de sus padres, contando anécdotas de cuando eran pequeños.

No supo cuándo se quedó dormido, pero lo despertó la luz del sol que entraba a raudales por el gran ventanal de la terraza del salón. Miró su reloj; eran las diez de la mañana. Eli seguía dormida en sus brazos, con la respiración acompasada.

Él no pudo evitar contemplarla unos instantes. Abrazada a él, se la veía muy bonita y delicada. Óscar descubrió en ese instante que no quería estar en ningún otro lugar en el mundo. Comprendió que necesitaba más momentos así con ella; momentos de ternura, de apego, de complicidad, de... ¿pasión?

No, pasión, no, ¿verdad? Eli era su amiga. Su mejor amiga. El sexo estropearía eso tan bonito que tenían, y por nada del mundo quería que eso ocurriese. Conforme consigo mismo, decidió que ya era hora de despertar a la bella durmiente.

—Eli, Eli, despierta. Tenemos que sacar a los perros —Tocó su hombro para zarandearla con suavidad.

—Dame solo unos minutos —dijo ella en un ronroneo sin querer abrir los ojos—, me estabas contando que tu hermano mayor se compró una moto de agua y...

—Mi hermano nunca se ha comprado una moto de agua —dijo divertido, estaba claro que seguía soñando—. Eli son las diez de la mañana, deberíamos...

Eli se levantó de golpe al oír la hora que era. Se desperezó y fue corriendo a por las correas de Trueno y Capitán. Eli le había comprado varias cosas al perro de Óscar para no tener que ir aquí y allá transportando sus cosas. Tenía hasta una cama al lado de la de Trueno, acorde a su medida.

Menos mal que decidieron sacarlos justo antes de sentarse en el sofá la noche anterior o

habrían tenido que recoger alguna que otra deposición.

Cuando volvió al salón con las correas, Óscar se estaba poniendo los zapatos.

—¿Puedes sacarlos tú mientras yo preparo el desayuno? —pidió Eli tendiéndole las correas.

—¿Quieres que salga a la calle con este jersey? —la miró escéptico.

—Es muy bonito y solo será un momento —intentó convencerlo—. O puedes ponerte la camisa de anoche.

—Pero hace mucho frío, tendría que ir a mi casa por una chaqueta.

—Está bien, yo los sacaré. Prepara tú mientras el café. Tienes todo lo necesario en el mueble que hay justo encima de la cafetera. —se puso los zapatos antes de caminar con los perros a la salida.

Cuando Eli volvió, Óscar había preparado un rico desayuno en la mesa de la cocina. El delicioso olor del café recién hecho llegó a las fosas nasales de Eli desde la puerta de entrada. Unas increíbles tostadas de pan con queso de untar y mermelada de fresas la estaban esperando. Óscar depositó en sus manos un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

Tras el rico desayuno fueron al árbol de Navidad y se intercambiaron unos regalos. Los dos habían tenido el pensamiento de obsequiarse algo ese día sin pensar si el otro haría lo mismo.

Eli le entregó la bolsa azul con un lazo a juego y él le dio la bolsa blanca a cambio.

Al abrir los regalos, él descubrió un precioso reloj automático de una marca conocida, con una correa de cuero negra. Era muy bonito y elegante. El exterior era de acero plateado, pero el interior de la esfera iba a juego con la correa. Eli abrió el suyo y, en el interior de una cajita cuadrada blanca, encontró una pulsera de *Pandora*. Era una edición limitada de los *Looney Tunes*, en el centro de la pulsera estaba colgado el gatito Silvestre.

—Muchas gracias, Eli, me encanta mi nuevo reloj —estaba muy ilusionado con el regalo.

—Me encanta la pulsera ¿Cómo sabías que me gusta el gato Silvestre? —preguntó impresionada.

—Llevabas una camiseta de él puesta la primera vez que fuimos a correr juntos. —Óscar se encogió de hombros.

—Pues has acertado, me gusta muchísimo, desde que era muy pequeña. Muchas gracias, Óscar. Gracias por todo —se abrazaron, Eli no quería que ese día acabase nunca. Se podría decir que era uno de los mejores de su vida.



Capítulo 11

Llegó fin de año.

Eli decidió llamar a Óscar para felicitarle el año antes de irse a casa de su hermana, que era donde se celebraba esa vez. Preparó a Trueno y a Capitán para llevarlos con ella. En el jardín de Claudia iban a disfrutar un montón. Se iba a las cinco de la tarde para ayudar a su hermana a prepararlo todo. Óscar tenía guardia ese día, ya que, los festivos de Navidad, los médicos se turnaban alternativamente según el año.

Al segundo tono, Óscar descolgó la llamada.

—Eli ¡Qué alegría oírte! —se le notaba entusiasmado por su llamada—. ¿Qué me cuentas?

—Nada, en realidad. Solo te llamaba para felicitarte el año. Seguramente, después estén todas las líneas colapsadas y no podamos hablar.

—Muchas gracias —sonrió—, te deseo un feliz año, espero que te lo pases muy bien en casa de tu hermana.

—¿Sabes? Ella te había invitado para que lo pasases con nosotros.

—Me habría encantado ir, pero el deber me llama.

—Podríamos celebrar también nuestro propio fin de año —bromeó Eli.

—Pues no suena nada mal. Nuestra propia Navidad fue todo un éxito. Deberíamos patentar la idea —rió, oyó como, lo que parecía un enfermero, le decía algo de una paciente—. Bueno, tengo que colgar, nos vemos el año que viene.

Con esa broma se despidieron. Eli terminó de coger todo lo necesario y fue al ascensor con los perritos para coger su coche del parking.



En casa de Claudia, la familia estaba revolucionada con la fiesta. Eran las diez de la noche, estaban todos cenando en el comedor, charlando animadamente entre lo que parecían varias conversaciones a la vez. Se encontraban allí las mismas personas de la barbacoa. Todos reunidos, comiendo y bebiendo sin parar. Los niños jugaban con los perros, que parecían encantados de recibir atenciones. Eli no paraba de acordarse de Óscar, se lo imaginaba en una fría sala del hospital, aburrido o quizás estuviese atendiendo algún parto. Miró su móvil para ver si tenía

algún mensaje de él. Volvió a mirar de paso la hora. Eran casi las once y veinte de la noche.

Por pura inercia se levantó y le pidió a Claudia si podía quedarse con los perros hasta que ella volviese.

Cogió una de las botellas de cava que su hermana tenía en la nevera. Claudia la siguió a la cocina sin entender por qué su hermana se había levantado de repente para irse. Ella le explicó su impulso y sus intenciones.

Su hermana sonrió al saber la idea que había tenido. Le dijo que no se preocupase por los perros, que ella se ocuparía sin problemas.

Fue hasta su coche y condujo hasta el hospital. Fue muy fácil llegar, ya que las calles estaban vacías, porque, al parecer, todo el mundo estaba en su casa o en alguna fiesta a esa hora.

Cuando llegó a la recepción, llamó al timbre y, en unos instantes, Vanesa, la chica tan agradable que la atendió en su día, apareció.

—Hola, Eli. ¿Cómo estás? —Se alegraba de verla. Gracias a las visitas que ella le hacía a Óscar, Vanesa y ella habían entablado una especie de cordialidad.

—Muy bien, gracias. Me preguntaba, si podría ver a Óscar. Solo quería pasar el fin de año con él y traeros esta botella de cava a los que estabais aquí.

—¡Sí, claro que puedes! Estamos todos en la sala de descanso. Hoy la noche está muy tranquila, pasa por el mostrador. La sala está justo aquí.



Instantes antes, en la sala de descanso, Óscar hablaba con sus compañeros mientras miraban en una pequeña televisión las inminentes campanadas.

—¿Por qué no vemos otra cosa? Esto es prácticamente lo de todos los años —preguntó Killian, el cardiólogo.

—Te invito a que encuentres algo distinto hoy —rio Mathew, de oncología.

—Es que echo de menos a mi mujer. Me encantaría estar con ella ahora mismo.

—Y yo con la mía, pero nos toca trabajar ¿Qué se le va a hacer?

Óscar no supo por qué, pero al escuchar a sus colegas hablar de sus mujeres, se le vino a la mente cierta chica que, a juzgar por la hora, se estaría preparando para comerse las uvas en casa de su hermana. Le hubiese encantado estar a su lado y compartir el inicio del año con ella. Abrazarla y reír de felicidad juntos.

Vanesa salió de la sala al oír el timbre y los médicos comenzaron a hacer apuestas para ver a quién le tocaría trabajar en ese momento.

Vanesa volvió a entrar justo antes de que la mujer de sus pensamientos se materializara detrás de ella.

—Eli —Óscar se levantó de golpe, sorprendido al verla. Se acercó a la puerta donde ella se había quedado—. ¿Qué haces aquí?

Eli se quedó callada unos instantes, sin saber qué decir. Ni siquiera ella entendía por qué se había presentado en el hospital realmente.

—Es solo que quería darle la bienvenida al nuevo año contigo y traeros esta botella de cava para que brindemos todos por el nuevo comienzo. —Sujetó en alto la botella—. Espero no

importunarlos.

Óscar sonrió ante la humildad de ella.

—Ha sido una sorpresa muy agradable. —La miró con dulzura—. Ven, entra, quiero que conozcas a mis compañeros.

Óscar hizo las presentaciones de los distintos médicos y enfermeros que estaban de guardia ese día y la invitó a sentarse en un sofá al lado de él.

Las campanas llegaron y todos se felicitaron el Año Nuevo. Eli y Óscar se besaron en la mejilla y se abrazaron rebosantes de felicidad. En unos vasos de plástico vertieron un poco de cava, lo justo para brindar, pues ellos, en teoría, no podían beber estando de guardia.

Tras el brindis, y unas pocas palabras más, Eli se acercó a la puerta, seguida de Óscar.

—Debería irme —fue ella la primera en hablar—. Espero que te sea leve la guardia.

El timbre sonó y Vanesa se levantó para ir a la recepción.

—Me ha gustado mucho que vinieses, la verdad es que tenía ganas de pasar el fin de año contigo —su voz sonó algo ronca.

Eli tragó saliva, él la tomó por la cintura con suavidad, acercándola a su cuerpo. Ella entreabrió los labios, sorprendida por el gesto de él. Óscar agachaba la cabeza lentamente, mirando los ojos y la boca de Eli alternativamente, preguntándose a qué sabrían esos labios.

Eli sintió una sensación recorrer su cuerpo, una sensación agradable y que, a la vez, le daba pánico sentir. Se sujetó a los brazos de Óscar esperando lo que él fuera a hacer.

—Doctor Sánchez... —Vanesa entró en la sala, rompiendo el momento, se avergonzó al ver lo que acababa de interrumpir—. Disculpa, Óscar, pero te toca trabajar. Una mujer está de parto y, según su marido, lleva así varias horas. Las contracciones son cada cinco minutos.

El semblante de Óscar cambió por completo. Con profesionalidad, comenzó a hablar con sus compañeros separándose de Eli.

—Clara y Humberto, conmigo —dijo a la enfermera y al matrón de guardia respectivamente, que ya se estaban levantando—. Vanesa, lleva a la paciente a una habitación y que se vaya cambiando para ponerse la bata. —Acto seguido se dirigió a Eli, depositó un beso en su mejilla que duró más de lo debido—. Ha sido maravilloso verte hoy. Nos vemos mañana por la noche.

Eli asintió antes de verlo desaparecer por la puerta, quedándose unos segundos pensativa.

—Tu novio es increíble. Es un placer trabajar con él —dijo uno de los médicos que estaban en la sala.

—Él y yo... Sí, lo es —Eli no quiso rebatirlo. Iba a decirle lo de: «solo somos amigos», pero se sentía abrumada por lo que acababa de pasar, o más bien por lo que no había pasado.

Tenía mucho sobre lo que meditar.



Capítulo 12

Pasado el tiempo, ninguno de los dos quiso ahondar en lo que pasó en fin de año. Óscar creyó que fue un momento de debilidad, abrumado por la sorpresa y la alegría de que se hubiese presentado en su trabajo para celebrar el comienzo de año con él. Eli, simplemente, se dijo a sí misma que fue imaginación de su loca cabeza. Que lo más probable es que él quisiese, simplemente, darle un beso de despedida y ella imaginó cosas donde no las había. Sus sospechas se confirmaron cuando Óscar actuó con naturalidad cuando volvieron a verse dos días después. Le contó que la mujer que estuvo de parto tuvo una niña y que todo había salido bien. Aunque no fue el primer bebé del año, sí que había sido de los primeros, naciendo a la una y media de la madrugada y que, por ello, había salido en la televisión.

Los días pasaban, todo parecía ir tan normal como siempre. Eli se sintió en parte aliviada, pues le daba pánico pensar que Óscar pudiese sentir algo por ella. No quería que se estropease la amistad que tenían. Por otra parte, sentía un pequeño escozor porque, muy en el fondo, habría deseado que la besara. Aunque esa idea la deshizo de inmediato. Óscar era su mejor amigo, solo su amigo y nada más.



El invierno pasó y dio paso a la preciosa primavera. Tras el frío invierno, el sol de primeros de abril era muy bien recibido. Ya se empezaba a notar el cambio de temperatura, así que Óscar dejó de ponerse la camiseta de manga larga que solía llevar debajo del uniforme.

Sentado en su consulta, acabando de trabajar, Óscar reflexionaba sobre lo que iba a hacer esa tarde. Terminaba de apuntar unas recetas y una serie de resultados en los expedientes de algunas de sus pacientes. Justo cuando se levantó, su móvil empezó a sonar. Al ver la pantalla se percató de que era Xavier quien lo llamaba.

—Xavier, cuéntame —ya se estaba imaginando por qué lo llamaba.

—Óscar, es Ana. Ha roto aguas —se le notaba en la voz que estaba asustado y nervioso—. Le he suplicado que fuéramos al hospital, pero insiste en que no quiere ir. Por favor, ven lo antes posible.

—Salgo para allá. Voy a llamar a la matrona con la que hablé ¿Cada cuánto son las

contracciones?

—Cada veinte minutos más o menos.

Óscar se despidió de él y llamó a Olivia, la matrona que aceptó ayudarle en el parto, debido a que los demás se negaron a hacerlo. Para Óscar, esto era una locura, pero no podía dejar a ese bebé nacer sin atención médica.

—Hola, Óscar, ¿pasa algo? —La chica cogió el teléfono, extrañada de que la llamase.

—Olivia, te necesito. Mi amiga va a tener el bebé hoy.

—Óscar, estoy en Londres. Mi madre está muy enferma y he venido a verla. Lo siento, pero no voy a poder ayudarte.

«¡Joder!», maldijo mentalmente. No sabía lo que iba a hacer. Tendría que atender solo el parto. Podría coger una ambulancia y obligarla a venir a la fuerza.

No, eso no podía hacerlo de ninguna manera. Tendría que idear otra cosa lo más rápido posible.



Eli llegaba de pasear a los perritos, acaba de almorzar y el largo paseo les vino muy bien a los tres. Hacía algo de calor, así que la sudadera la llevaba atada a la cintura. Se la quitó y la colgó en el perchero junto con las correas de Trueno y Capitán.

No acababa de sentarse en el salón cuando llamaron a la puerta con insistencia.

Al abrir, vio a Óscar acalorado, como si le hubiese pasado algo.

—Necesito tu ayuda —dijo antes de que ella pudiese abrir la boca—. Tienes que venir conmigo a un sitio.

—Vale —Eli no entendía nada, pero accedió sin pensarlo—, deja que coja las llaves.

—Coge también a los perros —añadió él—. Vamos a tardar y van a tener campo para correr.

—Pero ¿Vamos a llegar a tiempo para que pueda abrir la tienda? —preguntó cuando ya estaban metidos en el ascensor.

—Lo dudo mucho —respondió él mientras las puertas se cerraban.

Salieron de la ciudad. Óscar apenas hablaba en el coche, parecía metido de lleno en su mundo. Eli miró hacia atrás para ver cómo iban los perros. Parecían tranquilos, acostados en los asientos traseros.

—¿Vas a matarme y a enterrarme en medio del bosque? —bromeó Eli para ver si el semblante de Óscar cambiaba.

—¿Por qué supones eso? —se sorprendió al escucharla.

—Bueno, estás muy misterioso, cada vez estamos más lejos de la ciudad, me has dicho que los perros van a tener campo para correr y que no voy a llegar hoy a la tienda. Solo intento atar cabos.

—No voy a matarte. —Por fin Eli vio un atisbo de sonrisa—. Vamos a casa de unos amigos que viven en una finca a las afueras, a una media hora más o menos.

—¿Para...? —lo animó a que siguiese hablando.

—Ne... necesitan mi ayuda —titubeó—, y yo necesito la tuya. Ya te enterarás cuando lleguemos.

Unos quince minutos más tarde, llegaron a una valla blanca bastante bonita que estaba abierta. Cruzaron unos carriles de tierra, que daban paso a los paisajes más bonitos que Eli había visto en su vida. Su rostro era pura estupefacción al ver esos prados verdes salpicados con flores y algunos árboles. El sol irradiaba en todo lo alto y dejaba ver toda la plenitud de esa maravillosa imagen que parecía una pintura imaginada por los dioses.

—Es... es... —Eli ni siquiera podía hablar.

—... Precioso, sí. —Óscar acabó la frase por ella—. De hecho, tenía ganas de traerte algún día. Ana tiene ganas de conocerte.

—¿A mí? ¿Le has hablado de mí? —Lo miró directamente.

—Sí, bueno. —Carraspeó rascándose la nuca con la palma de la mano—. Somos amigos y ellos son mis amigos. Tu nombre ha salido en alguna ocasión.

Por no decir casi siempre que iba a verlos.

Tras unos cinco minutos de carriles de tierra, llegaron a una explanada que estaba coronada por una preciosa casa de dos plantas, de paredes blancas y porche en la entrada. Era una casa más larga que alta. Se denotaba que tenía varias habitaciones en la parte de arriba.

Justo cuando Óscar aparcaba, un chico que tendría su misma edad, muy guapo, alto y con el pelo castaño, salió de la casa con rapidez. Cuando se acercó a ellos, Eli se fijó en que tenía unos ojos increíblemente bonitos; eran marrones, pero con un matiz característico que llamaba la atención.

Óscar hizo las presentaciones mientras sacaba un maletín del maletero.

Aquel hombre, que ahora sabía que se llamaba Xavier, parecía muy nervioso.

—Menos mal que habéis llegado. Ya son cada diez minutos, he estado a punto de llamarte —se dirigió a Óscar.

—Tranquilo, ya estoy aquí ¿Puedes decirle a alguno de tus empleados que se encargue de los perros?

—Sí, claro. ¡Julio! —llamó a un chico de no más de veinte años que estaba limpiando lo que parecían unas monturas de caballos. Se acercó corriendo en cuanto Xavier lo llamó—. Encárgate de los perros que están en el coche. Dales agua, comida y asegúrate de que estén bien.

—Sí, Xavi, los cuidaré como si fueran míos. —El chico se veía muy diligente y parecía que le tenía bastante aprecio a su jefe.

Xavier se lo agradeció e invitó a Óscar y a Eli a que lo siguiesen dentro de la casa.

—Tú debes ser la matrona —afirmó Xavier más que preguntó—. Muchas gracias por ofrecerte a ayudar a Óscar. Mi mujer también estará muy agradecida.

—¿Qué soy qué? —Eli no entendía muy bien por qué la había llamado así. Se quedó parada justo en la entrada de la puerta. Fue entonces cuando empezó a darse cuenta de lo que ocurría—. ¿Me has pedido ayuda para atender un parto?

Óscar asintió sin saber que más decirle. Ella abrió los ojos como platos, de repente comenzó a faltarle el aire, su nerviosismo era más que evidente.

—Me voy —dijo sin más, dándose la vuelta para caminar hacia el coche, dejando atónito a Xavier y haciendo que Óscar la siguiese.

—Por favor, Eli, no tengo a nadie más —intentó explicarle—. Precisamente, no te he dicho nada para que no te pusieras nerviosa y tuvieses la mente fría.

—Óscar, no soy enfermera, y mucho menos, matrona. —Se dio la vuelta para hablarle algo enfadada—. No sé ni lo que tengo que hacer. Para colmo, me has traído engañada ¿No había nadie más en todo el hospital que quisiese ayudarte?

—Ya te he explicado que no te he dicho nada para que no te pusieras nerviosa. Solo tienes que darme instrumental y seguir algunas indicaciones, nada más. La matrona que iba a ayudarme se ha tenido que ir de viaje, hablé con mis compañeros de confianza antes de ir a por ti y ninguno quiso hacerlo. Ni siquiera sé si esto lo puedo hacer yo, quizás me arriesgue a perder mi licencia, pero es que Ana no quiere hospitales y no podía dejar a ese niño nacer solo. Eli, por favor, ayúdame.

Eli lo pensó unos instantes antes de asentir y volver a entrar en la casa. Él suspiró aliviado, sacó de la maleta un uniforme limpio, le pidió que se cambiase y que se lavase muy bien las manos. Mientras se lo ponía, Eli no paraba de repetirse que aquello era una locura. Se miró en el espejo con aquel uniforme azul, que curiosamente le quedaba bien. Esa ropa no era de Óscar, no supo por qué, pero saber eso le hizo sentir un picor nada agradable en su interior.

Salió del baño, Óscar ya estaba vestido con su uniforme de médico. Le sentaba demasiado bien ese feo pijama.

«¿Por qué le sienta tan bien?», pensó Eli.

—Menos mal que Olivia me ha dejado coger uno de sus uniformes, uno mío te habría quedado enorme —Óscar intentó quitarle hierro al asunto. No solo para calmarla a ella, sino también para calmarse a sí mismo.

Subieron las escaleras detrás de Xavier y recorrieron el pasillo hasta llegar a un dormitorio. Allí una mujer de más o menos su edad, que era evidente que era la que iba a tener el bebé, agarraba el respaldo de un sillón con fuerza, respiraba por la boca con respiraciones prolongadas, mientras otra mujer, que no tendría más de cincuenta años, le acariciaba la espalda y le decía palabras tranquilizadoras. Xavier se acercó corriendo a las dos mujeres, tomó los brazos de la más joven y se los puso en el pecho para que ella se sujetase a él. Con mucha ternura, le dio un beso en la frente, le pasó los brazos por la cintura y la mecía con suavidad.

—Te has ido. No me dejes sola, por favor —dijo la chica a su marido—. Esto es culpa tuya por ser tan guapo y estar tan bueno.

Ana intentaba bromear, pero el dolor apenas la dejaba hablar.

—Solo han sido unos minutos —respondió Xavier con voz suave, después le susurró al oído—. Además, eres tú la que siempre me tienta. Estás a punto de dar a luz y te veo supersexy.

Ese comentario provocó que Ana no pudiese evitar sonreír, aunque, a los pocos segundos, se agarró con fuerza a los brazos de su marido, mientras soltaba un alarido.

—Hola, Ana, ya estoy aquí —Óscar se acercó a ellos cuando ella pareció recuperarse. Le habló con mucha calma—. Ella es mi amiga Eli, nos va a ayudar a traer al pequeño Andrés al mundo. Marta ¿Cada cuánto son las contracciones?

—Cada ocho minutos —respondió.

Eli saludó a ambas mujeres. Intentaba parecer calmada, aunque en realidad temblaba como un flan.

—Hola, Eli, encantada de conocerte —Ana supo enseguida de quién se trataba—. Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias.

Eli sonrió acercándose a ella.

—Bueno, otro día quedamos para tomar un café —bromeó.

Ana asintió con una leve sonrisa en los labios.

—Ana, necesito que te tumbes y te levantes el camisón para examinarte —Óscar hablaba con mucha profesionalidad—, recuerda lo que dijimos: a la menor complicación...

—Sí, tranquilo, aceptaré que me llevéis al hospital —dijo con resignación.

Una vez Ana estuvo tumbada, Óscar le dio una especie de aparatito a Eli. Le indicó que tenía que ponérselo a Ana en un dedo de la mano. Al parecer, ese aparato indicaba el oxígeno, por lo que le estaba explicando. Le pidió que le indicase cuánto marcaba y que le avisase si bajaba.

Óscar examinó a Ana, viendo la dilatación. Todavía faltaban unos tres centímetros para que pudiese empezar a empujar. Pero estaba claro que el bebé no iba a tardar mucho en nacer. Le midió la tensión arterial e hizo todo lo que podía hacer con lo poco que tenía.

Pidió a Ana que volviese a levantarse, el estar de pie ayudaría a la dilatación.

Tras poco más de una hora llegó el momento final del parto. Xavier tomaba una de las manos de su mujer, ella empujaba cada vez que Óscar se lo pedía. Estaba agotada y el sudor recorría toda su frente.

—Vamos Ana, ya no queda nada —la animó Óscar—. Eli, pon las manos sobre la parte alta del vientre y presiona de esta forma.

Eli hizo lo que le pidió, rezando para no hacerle daño ni a Ana ni al bebé.

Con unas pocas contracciones más, se oyó un fuerte llanto de bebé en brazos de Óscar.

—Eso es, pequeño —dijo Óscar cubriendo al bebé en una ligera manta—. Bienvenido, Andrés.

Depositó al pequeño bebé en brazos de su madre. Ana abrazó a su hijo con lágrimas en los ojos. Xavier, emocionado, le dio un beso a la manita de Andrés, para después besar la frente de su mujer con dulzura, susurrándole un *te quiero*. Marta, la feliz abuela, abrazó a su hijo por detrás.

—Es precioso, Xavi. Ana, has sido muy fuerte, cariño —Marta estaba tan emocionada como ellos—. Ya veréis cuando lo vea Diego. Su abuelo va a estar súper orgulloso de él.

—Pero que no lo monte en un caballo todavía —bromeó Ana.

Los tres rieron felices. Diego estaba sustituyendo a Xavier en la labor de capataz, pidió que, en cuanto el niño naciera, lo avisase. Así que Marta, tras unos minutos contemplado a su nieto, fue corriendo a buscarle.

Óscar examinó al bebé, todo parecía estar bien. Le dio a Ana unos medicamentos que sacó de su maletín y le indicó cómo debía tomarlos. Prometió volver al día siguiente para ver cómo se encontraban. Les pidió que, al menor indicio de algo extraño, los llamase sin demora.

Eli bajó al aseo de la entrada para limpiarse y volver a ponerse su ropa. Respiró hondo para calmar la euforia que sentía en su interior. Ya todo había pasado.

Salió del baño, quedándose de pie en la entrada para esperar a Óscar.

Lo vio bajar las escaleras, ya limpio y vestido con su ropa habitual.

—Óscar, ha sido increíble. Estaba muy asustada, pero cuando he visto que el bebé estaba bien he sentido una felicidad maravillosa, ahora entiendo por qué te dedicas a esto, yo...

Paró de hablar cuando Óscar la alcanzó con rapidez. Le puso una mano en la nuca, empujándola hacia la pared para luego devorarle la boca con ansia.



Capítulo 13

Eli se quedó sin aliento en cuanto Óscar puso sus labios en los de ella. Él no era nada delicado, parecía tener unas irrefrenables ganas de besarla. La acercó más a él para sentir su calor. Eli sintió una corriente eléctrica recorrer todo su cuerpo, un delicioso calor se alojó en la parte baja de su vientre. Óscar continuó besándola con sumo placer, cada vez de forma más delicada, temiendo acabar haciéndole daño. Introdujo la lengua en su boca, ella le correspondía, aunque estaba paralizada, con los brazos a los lados, sin saber qué hacer.

Tras unos minutos, Óscar paró el beso, tragó saliva y, con los ojos cerrados, unió su frente a la de ella, intentando serenarse.

La respiración de Eli estaba muy acelerada, mezcla de la sorpresa y la intensidad de ese beso. No sabía qué pensar, estaba abrumada por la mezcla de sensaciones que recorría toda su piel. Notaba la piel erizada y un ligero temblor.

—Lo siento, lo siento mucho —susurró Óscar muy cerca de sus labios—. Es que, simplemente, tenía que hacerlo.

—¿Podemos irnos? —dijo Eli mirando hacia abajo, sin querer mirarlo.

Él se separó de ella y asintió.

Eli salió de la casa, llamó a Trueno y a Capitán, que estaban jugando con Julio, y los metió en el coche, para luego abrir la puerta del copiloto y meterse ella también en él.

Óscar entró en su coche, en todo el trayecto no se dijeron ni una sola palabra. Eli miraba hacia la ventana y él a la carretera, aunque de vez en cuando posaba su mirada en ella.

Cuando llegaron al parking de su edificio, Eli salió a toda prisa. A Óscar casi no le dio tiempo de entrar en el ascensor. En cuanto llegaron a la tercera planta, ella salió con rapidez, sacándose torpemente las llaves de su casa del bolsillo de su pantalón con manos temblorosas. La siguió Trueno detrás.

—Eli yo... —comenzó a decir él.

—Buenas noches, Óscar —lo cortó Eli.

Lo último que él vio, antes de que se cerraran las puertas del ascensor, fue a Eli cerrar la puerta de su casa sin ni tan siquiera dedicarle una última mirada.



Hacía más de una semana que no la veía y Óscar estaba desesperado. Eli no le cogía las llamadas, no le contestaba los mensajes y ni siquiera le abría la puerta. Quería hablar con ella, explicarle por qué la había besado, aunque ni siquiera él supiese el porqué. Solo sabía que, tras el parto, sintió la adrenalina recorrer todo su cuerpo y, al verla esperándolo en el descansillo con su pelo suelto y esos ojos tan bonitos rebosantes de felicidad, sintió ese deseo. Besarla había sido increíblemente maravilloso. Sus labios eran suaves y dulces. Ese beso lo calentó y reconfortó a la vez, sintió que ella era su refugio.

Maldito impulso, no quería perderla por nada del mundo. Deseaba que todo volviese a ser como antes.

El sábado, desesperado, la esperó en el descansillo de su puerta. Calculó cuándo llegaría de trabajar y estuvo esperando que apareciese.



Eli se bajó del coche en el parking de su edificio. Al ver el coche de Óscar, su loca cabeza volvió al beso en la finca. Apartó la mirada caminando hacia el ascensor. Óscar pensaba que estaba enfadado con él, pero en realidad estaba enfadada consigo misma. No entendía cómo un beso le había afectado de esa manera. Con muchas ganas le habría rodeado el cuello con los brazos y habría prolongado el beso todo lo posible. Se sintió tan bien en sus brazos...

Deshizo esos pensamientos, tenía que olvidarlo de una vez o perdería la amistad tan bonita que tenía con Óscar, y eso no quería que ocurriese. Se estaba tomando un tiempo para procesarlo y luego hablaría con él para saber por qué lo hizo. Esperaba que todo volviese a ser como antes.

Llegó a su descansillo y miró directamente a la puerta, sin ver que había alguien más allí.

Casi le da un infarto cuando Óscar habló. Se volvió para mirarlo con la mano en el pecho.

—Óscar ¡Qué susto! Casi me matas —exclamó. No tendría que haberlo mirado. Verle le hizo volver a recordar lo bien que besaba y las ganas que tenía de que volviese a hacerlo.

Él se acercó con cautela.

—Eli, me gustaría que hablásemos —pidió casi en un ruego—. Siento haberte asustado, pero es que no sabía que más hacer para poder hablar contigo.

—Entremos —dijo Eli abriendo la puerta de su piso.

Trueno los saludó a ambos con mucha alegría. Parecía aún más feliz al volver a ver a Óscar. Este lo saludó con unas caricias y unos elogios que el perro disfrutó con muchas ganas.

—Óscar, siento haberte estado evitando, pero es que... —empezó la conversación Eli.

—Fue un impulso —habló Óscar provocando que Eli callase—. Te besé por puro impulso. Era la primera vez que atendía un parto en una casa, estaba asustado y, al mismo tiempo, tenía la adrenalina por las nubes. Te vi y sentí la necesidad de descargar todo lo que estaba sintiendo, así que simplemente lo hice. Perdona si te hice sentir incómoda, yo solo quiero que todo vuelva a ser como antes.

—¿Solo un impulso por la adrenalina? —Eli no sabía si sentirse aliviada o furiosa. Para él no había significado nada ese beso. En cambio, a ella le había puesto el mundo del revés. Se sentía muy idiota en ese momento.

—Sí, solo fue eso. Nada más —Óscar tragó saliva. Estaba mintiendo descaradamente, pero

no quería perderla.

—De acuerdo. Pues supongo que entonces está todo bien entre nosotros ¿No? —Se dio la vuelta para dejar de mirarlo—. Si no sentimos nada más que una bonita amistad...

—Exacto, solamente eso —Óscar no sabía cómo sentirse. Le hubiera gustado que ella hubiese sentido algo con ese beso. Pero era mejor así, todo volvería a la normalidad. Aunque ahora no sabía si era eso lo que quería.

—Voy a sacar a Trueno y a prepararme algo para almorzar. Si quieres, puedes quedarte a comer. —Eli se volvió a dar la vuelta para hablarle directamente.

Óscar dudó unos instantes.

—La verdad es que ya he comido, pero me gustaría que quedásemos esta noche. Es mi cumpleaños y...

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó sorprendida—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Bueno, no es que hubiese podido, no me cogías ni siquiera el teléfono.

—Una vez más, te pido perdón por eso. Solo necesitaba tiempo. —Tras unos segundos de silencio volvió a hablar —¿Qué tienes pensado hacer?

—Una prueba muy grande para mí. Para comprobar una cosa. —Eli lo miró extrañada—. Ya lo verás. Tú solo ponte guapa, te recojo a las nueve de la noche.



Óscar fue muy puntual, a las nueve en punto estaba llamando a su puerta. Llevaba una camisa celeste, unos pantalones vaqueros y unos náuticos en color marrón. Casi se queda sin aliento al verla a ella; Eli llevaba un suéter fino de color malva con abertura en el escote, una falda de tubo negra hasta la mitad del muslo y unos botines de tacón negros. El pelo lo llevaba suelto y estaba maquillada de manera sencilla, pero de una forma que solo hacía que resaltase más su belleza.

Fueron en el coche de Óscar hasta la costa, que quedaba a una media hora de donde vivían. Comenzaron a hablar en el coche, todo parecía volver a la normalidad conforme la conversación iba avanzando.

Cuando llegaron al paseo marítimo, aparcaron el coche y fueron andando hasta un restaurante italiano donde Óscar se quedó parado en la puerta.

—Esta es mi prueba de fuego —explicó tras un instante pensativo—. Es uno de mis restaurantes favoritos, dejé de venir cuando corté por primera vez con Sonia y, cuando volví con ella, quise celebrar nuestro compromiso en este restaurante. Fue entonces cuando me dejó. Justo en aquella mesa de allí.

Señaló una mesa justo en la cristalera en la que había un cartel de reservado. El maître los sentó justo en ese lugar, a petición suya al hacer la reserva.

Pidieron la comida, la noche comenzó a animarse y disfrutaron de una agradable conversación entre vino y risas. Compartieron el postre y brindaron con un par de chupitos de limoncello.

Tras pedir la cuenta, decidieron dar un paseo por la playa. Hacía un calor inusual para ser casi finales de abril.

Eli se quitó los zapatos para caminar por la orilla y Óscar hizo lo mismo, remangándose los

vaqueros a la altura de los gemelos. Para Eli, sentir el agua del mar en sus pies era una sensación muy agradable. La luna llena estaba preciosa, iluminando con su reflejo el océano.

—Si hubiera sabido que era tu cumpleaños, te habría hecho un regalo. No me ha dado tiempo de comprarte nada. —Lo sujetó por el brazo mientras caminaban por el agua.

—Créeme, al acompañarme hoy, me has hecho el mayor de los regalos. Necesitaba saber si me afectaría volver aquí. Antes, no podía pasar ni por este lugar sin recordarla a ella, y ahora parece que todo se ha disipado.

Óscar se sentía feliz y aliviado por ello. Tras unos minutos caminando, cada vez más alejados del paseo marítimo, a Eli se le ocurrió una idea.

—Hace muchísimo calor hoy, me apetece darme un baño.

—¿Qué? —Óscar no entendió lo que quería decir hasta que se soltó de su brazo y la vio empezar a bajarse la cremallera de la falda—, pero ¿aquí?

—Sí, claro —estaba muy convencida—, será el primer baño que me dé este año y tengo muchas ganas, date la vuelta, te aviso cuando esté dentro de agua.

Óscar se dio la vuelta y apretó la mandíbula. Solo imaginarla en bragas y sujetador en el agua, ya le estaba hirviendo la sangre. Tras unos minutos que le parecieron horas, ella lo llamó. Al darse la vuelta vio, en el montón de ropa tirada en la arena, la ropa interior de Eli.

—¿Estás desnuda? —preguntó sintiéndose temblar.

Ella apenas se veía, el agua le llegaba a la altura del escote.

—¡Claro que estoy desnuda! —exclamó—. No quiero llegar a casa con la ropa interior mojada, es muy incómodo. Ahora te toca a ti.

—No creo que sea buena idea. —No sabía lo que le estaba pidiendo.

Miró hacia abajo para no seguir contemplándola. Ya le apretaban demasiado los pantalones con el bulto que estaba creciendo en su entrepierna.

—Venga, ánimo —suplicó ella—, el agua está deliciosa, de verdad que no te vas a arrepentir.

Él caminó de un lado a otro unos instantes antes de decidirse, pensó que el agua fría le vendría bien para calmarse.

Empezó a quitarse los botones de la camisa, dejando a Eli atónita al ver ese torso desnudo. Siempre había intuido que era fuerte. Pero ver ese cuerpo desnudo reflejado por la luna era alucinante. Tuvo que apartar la mirada al verle bajarse los calzoncillos. En unos instantes, estaba a su lado, ambos balanceados por el pequeño oleaje.

Óscar volvió a quedarse anonadado por su belleza. Una belleza que había tenido delante de él todo este tiempo, y de la que no se había percatado hasta hacía más bien poco.

Su mano, involuntaria y completamente ajena a su mente, rozó el labio inferior de Eli con suavidad.

A Eli se le borró la sonrisa, su mirada se ensombreció. Una mezcla de sorpresa y deseo pasó por su rostro.

—Eli —dijo sin apenas darse cuenta. Como si la estuviese viendo por primera vez.

—Óscar —susurró con los labios entreabiertos.

Él se tomó eso como una invitación y, de manera inconsciente, su mano rodeó la nuca de ella. Sin más dilación unió su boca a la de ella Sabía exactamente cómo se la había imaginado en ese momento. A sal, al agua que los rodeaba y también a ella. A ese beso que se tomó la libertad de darle el otro día, fruto de otro impulso que no había olvidado por más que lo intentó.

Tras la sorpresa inicial, ella rodeó el cuello de él con los brazos y él bajó las manos hasta su

cintura, rodeándola para pegarla todo lo posible a su cuerpo desnudo. Óscar se percató de que Eli era todo lo que necesitaba en ese momento.

Tras haber superado el no querer entrar en aquel restaurante por temor a antiguas heridas. El darse cuenta de que Sonia ya no significaba nada para él. Tras caer en la cuenta de que Eli era la que ocupaba todos sus pensamientos desde hacía meses.

Ella y solo ella era lo que necesitaba. Y le daba igual quién los viese en ese momento. Él solo pensaba en una cosa; en hacerle el amor de la manera más lenta y dulce posible para poder recordarlo y recrearse cuando estuviese acostado en la soledad de su habitación.

Ahora mismo, la mujer que estaba pegada a él no era la Eli que conoció el año anterior. En ese instante estaba mirando a una mujer fascinante, preciosa, con un cuerpo de escándalo y que se la estaba poniendo muy dura.

Paró de besarla para descender a su hombro, en el que depositó un delicado beso, apenas un roce de los labios, pero que provocó que ella se aferrase a sus hombros sintiendo un calor que la estaba volviendo loca de deseo. Él bajó las manos por su cintura, acariciando todo el trayecto hasta llegar a sus nalgas. La incitó a que le rodease con sus piernas. Ella hizo lo que le pedía, cruzando también los brazos en el cuello de él. Óscar se metió uno de los pezones en la boca, disfrutando del sabor del mar en su piel, pasando la lengua por alrededor para luego succionar la punta. Eli echó el cuello hacia atrás, deleitándose con el placer que él le estaba proporcionando. Él volvió a ascender, pasando la lengua por el escote de ella hasta llegar a su cuello. Todos los gestos eran suaves, lentos, delicados y maravillosos. Al descender, Eli notó la punta del pene de Óscar en la abertura de su entrepierna. Él no entró aún, quería deleitarse un poco más con el momento. Unió su boca a la de ella, el calor del momento recorrió el cuerpo de ambos. Eli notó como se le erizaba la piel, y no precisamente por el frío del agua. Óscar bajó con caricias una de sus manos hasta su miembro y comenzó a pasar el glande por su clítoris, provocando que Eli ahogase un gemido en su boca. No hablaban, solo sentían. Eli comenzó a notar como un calor se alojaba en la parte baja de su vientre. Separó los labios de los de él y comenzó a jadear. Se aguantaron la mirada y, justo cuando Eli comenzó a convulsionarse en un increíble orgasmo, él entró de un único empujón por completo en el interior de ella, sintiendo los espasmos del orgasmo que acababa de provocarle. Eso lo encendió aún más, si eso era posible. Entre gemidos, empezó a moverse despacio dentro de ella. La estaba torturando y se estaba torturando a sí mismo, pero no quería que aquello acabase todavía. La sujetaba con ambas manos por la cintura mientras se iba moviendo. La respiración cada vez más acelerada de ella le fue indicando que estaba a punto de volver a correrse. Volvió a besarla introduciendo la lengua en el interior de su boca, aceleró un poco más el ritmo y volvió a sentir cómo ella llegaba a un segundo orgasmo. Mordió con suavidad su cuello acelerando más el ritmo, entre jadeos descubrió como Eli volvía a excitarse cada vez más de nuevo y, con un último gemido, llegaron a la vez. El primer orgasmo para él, el tercero para ella. Óscar se sorprendió al descubrir que Eli era multiorgásmica. Salió de ella sin dejar de abrazarla. Ella se puso de pie. Él iba a hablar, pero ella le puso un dedo en los labios negando con la cabeza. Le rodeó el cuello y le dio un último beso antes de separarse de él y alejarse para salir del agua.

Óscar se deleitó mirándola emerger de las aguas como una sirena. Eli se escurrió el pelo en la arena y empezó a vestirse deprisa.

Él salió del agua hasta llegar a su lado. Se vistieron en silencio, él la miraba deseoso de hablar con ella, pero ella solo miraba para otro lado con el rostro impasible.

Cuando se terminaron de vestir, caminaron hacia el paseo marítimo. Eli unos pasos delante de

él como si, de repente, tuviese prisa por volver a casa.

—Eli, creo que... —dijo él tras su espalda.

—No, por favor, no —lo interrumpió ella con la voz entrecortada.

Volvieron a casa de la misma forma que el día de la finca; en silencio, ella sin querer mirarlo y él totalmente desconcertado. Esta vez Óscar ni siquiera se esforzó en hablarle en el ascensor, no entendía nada.



Capítulo 14

«Esto no va a quedar así», decidió Óscar a la mañana siguiente en el descansillo de Eli. Le dio la noche para que se calmase, pero tenía que hablar con ella.

Tocaba la puerta con insistencia, no pensaba moverse de allí hasta que le abriese.

Había pasado la noche más maravillosa de toda su vida. No recordaba haber vivido un cumpleaños tan espectacular.

Estaba sintiendo algo por esa mujer, ya no había ninguna duda. Hacerle el amor había sido mágico, tenerla en sus brazos había sido lo más increíble que le había pasado en años.

Pero, tras el sexo, ella prácticamente había huido y no entendía el porqué.

Dejó de llamar al timbre para golpear la puerta.

—Eli, sé que estás ahí. —comenzó a decir—. No voy a moverme de aquí hasta que hablemos, tengo todo el día. Si no me abres voy a acabar echando la puerta abajo.

Tras tanta insistencia, Eli le abrió la puerta y lo hizo entrar de un tirón en el brazo.

—¡Los vecinos van a acabar llamando a la policía como sigas así! —exclamó ella.

—Era la única forma de poder hablar contigo.

—Está bien, ¿de qué quieres que hablemos? —Eli se cruzó de brazos.

—¿De qué crees que quiero hablar? De lo que pasó anoche.

—No tenemos por qué... —Eli no quería mirarlo.

—Podías haberme parado, lo sabes ¿No? —él no la dejó acabar la frase, estaba enfadado—. Si no querías, no iba a obligarte a nada que no quisieras. Tú parecías querer tanto como yo.

—Ese es el problema, que yo también quería hacerlo —Eli lo miró descruzando los brazos.

—No lo entiendo.

—Óscar, teníamos una amistad preciosa. Nos llevábamos genial, estábamos muy unidos y ahora... —Se quedó cabizbaja.

—Ahora... —la instó a que siguiese hablando.

—Ahora, al acostarnos, ya no es lo mismo.

—Es verdad, ya no es lo mismo. —Le dio la razón—. Es aún mejor.

Eli se sorprendió al escucharlo.

—Eli —continuó hablando con voz más calmada, —es verdad que empezamos como una amistad, créeme que yo no tenía intención de que esto pasase. Pero está más que claro que nuestros sentimientos han cambiado, que sentimos algo más profundo y bonito. Perdona si te molesta, pero yo estoy encantado de sentir esto que estoy sintiendo por ti. No sé cómo ha

ocurrido, pero no me arrepiento de nada. Yo solo sé qué, hace unos meses, te veía como mi mejor amiga y ahora mismo te miro y lo único que deseo es empotrarte contra esa pared. ¡Qué cojones!

Sin pensarlo dos veces y sin que a Eli le diese tiempo a hablar, la tomó con fiereza por la cintura y le devoró la boca con ansia aplastándola contra la pared del pasillo.

Sin separar la boca de su piel, le fue dejando un reguero de besos por la mandíbula hasta llegar a su oreja. A Eli se la oía respirar de manera acelerada, con los ojos cerrados, sintiendo el placer de la boca de Óscar en su piel.

—Si quieres pararme, hazlo ahora —susurró Óscar al oído—. Porque, en unos segundos, no sé si voy a poder contenerme. Me estás provocando mucho con ese pantaloncito corto y esa camiseta escotada.

—No pares —jadeó Eli abrazando a Óscar por la cintura para sentirlo aún más cerca de ella.

Una sonrisa de satisfacción cruzó el rostro de Óscar. La tomó en brazos haciendo que ella cruzase las piernas alrededor de sus caderas. Sin dejar de besarse, él los llevó hasta el dormitorio. Tumbó a Eli en la cama colocándose encima de ella. Le bajó los pantalones cortos sin dejar de besarla. Separaron los labios un momento para que ella pudiese quitarle la camiseta que él llevaba, tirándola al suelo. Eli acarició el abdomen de Óscar, provocando en él descargas de placer. Él le bajó las bragas e introdujo dos dedos en su sexo, lo que provocó que arquease la espalda deseosa de sentirlos más profundamente.

Estaba deseando estar dentro de ella. Se levantó para terminar de desvestirse, deshaciéndose de los zapatos, los vaqueros y los calzoncillos.

Eli, de repente, se sintió algo tímida al verle a él completamente desnudo. Quiso taparse con las sábanas.

—No, por favor. No te tapes —suplicó él.

—Me da un poco de vergüenza —Eli se ruborizó.

—No tienes que sentir vergüenza de nada. —Óscar se tumbó a su lado—. Eres hermosa y tienes un cuerpo precioso. No te ocultes porque me encanta verte desnuda.

Volvió a unir su boca con la de ella, introdujo la lengua en su interior y se fue colocando encima de ella mientras terminaba de desvestirla hasta dejarla completamente desnuda. Una vez completamente encima de ella, la instó a que abriese las piernas. Le acarició con suavidad el clítoris con los dedos para asegurarse de que estaba lo suficiente húmeda y mojada para él.

Quitó la mano y comenzó a introducir el pene con suavidad en su vagina, despacio, sintiendo el calor y la suavidad que lo estaban acogiendo. Eli ocultó la cara en su cuello, ahogando un gemido de placer al sentir tremenda invasión en su interior. Descendió las manos por la espalda de Óscar y empujó sus nalgas para sentirlo más profundamente.

Él besó su frente con ternura y comenzó a moverse, al principio despacio, para después acelerar el ritmo cada vez más. Sintieron una conexión increíble de sus cuerpos, una corriente eléctrica les recorrió de arriba abajo. Justo cuando notó que ella estaba a punto de correrse, él aceleró el ritmo para poder volver a llegar al clímax los dos a la vez.

Se desplomó encima de ella tras el orgasmo, luego se tumbó de lado y la abrazó dándole un último beso en los labios. Eli sonrió al principio, mirándose el uno al otro, pero luego agachó la mirada con seriedad.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Óscar al ver su cambio de actitud—. ¿No te ha gustado?

Los tapó a ambos con las sábanas. Le levantó la barbilla con un dedo para que lo mirase.

—Me ha encantado —respondió Eli—. Es solo que... ¿Ahora qué somos? ¿Somos amigos

con derechos? ¿Amantes? ¿Parej...?

Se calló en cuanto se dio cuenta de lo que iba a decir.

—Dilo —la instó Óscar con convicción.

—¿Pareja? —No pudo evitar sonrojarse al decirlo.

—¿Y por qué no? —Óscar estaba muy seguro de lo que decía—. Eli, éramos dos corazones rotos, y ahora nos hemos sanado mutuamente. Está claro que sentimos algo muy fuerte el uno por el otro y tenemos derecho a ser felices. Estoy totalmente convencido de que me estoy enamorando irremediabilmente de ti. Así que, dejémonos de remilgos. Si los dos queremos estar juntos, ¿por qué no estarlo? Eli: ¿sientes lo mismo que yo siento por ti?

—Sí, Óscar, creo que me estoy enamorando de ti.

—Entonces, te voy a hacer una pregunta, aunque suene de lo más infantil. —Se apoyó en un codo—. Eli, ¿quieres ser mi novia?

Eli apretó los labios para que no se le escapara una risa. Él rio con ella, aunque estaba expectante esperando lo que ella respondería.

—Sí, Óscar, quiero ser tu novia. —Esta vez se rio tapándose la boca.

Él le dio un beso para sellar la promesa que se acababan de hacer.

—Bueno, pues, recién estrenada novia, no quiero que te muevas de aquí. Voy a sacar a pasear a los perritos y a bajar al restaurante de Luca para pedir que nos preparen el almuerzo y, tal vez, también la cena.

—Te acompaño, si quieres. —Eli hizo el amago de levantarse.

—No, hoy estás secuestrada en esta cama señorita. Quiero que nos quedemos acostados todo el día, saciándonos el uno del otro. De no ser porque hay que sacar a Trueno y a Capitán, no me movería de aquí contigo. —Se levantó y comenzó a vestirse.

Eli se mordió el labio contemplándolo. Era demasiado sexy para ser real ese hombre.

Una vez vestido, le dio un beso antes de llamar a Trueno, que estaba durmiendo en el salón, y salir por la puerta en busca de Capitán.

Una vez sola, ella sintió dudas respecto a la relación. Se levantó, volvió a ponerse el pijama y cogió su móvil para llamar a la única persona que sabía que la entendería, en la que confiaba y con la que compartía todos sus secretos desde pequeñas, su hermana Claudia.

Al segundo tono, Claudia descolgó la llamada.

—Hola, cielo, ¿qué tal estás? —Su hermana la saludó con alegría.

—Polvos mágicos —Fue todo lo que Eli dijo.

Claudia se quedó sin palabras, sabiendo lo que significaba esa frase.

—Mami, ¿qué significa polvos mágicos? —preguntó Blanca, su sobrina, que estaba escuchando la llamada.

Eli se puso la mano en la boca; casi suelta algo que no debería decirse delante de una niña.

—Esto... ¿Te acuerdas el otro día cuando vimos la película de un duende que echaba polvos brillantes para que la gente fuese más feliz? —Pensó Claudia rápidamente—. Pues es que tu tía ha ido al cine a verla. Oye, ¿por qué no le dices a papá que te dé un ratito la Tablet? Luego seguimos con el dibujo, tengo que hablar algo muy importante con tía Eli. Si pregunta papá por mí, dile que estoy en mi despacho.

Eli oyó cómo su hermana se levantaba de una silla. Por lo que se intuyó, no habló hasta llegar a su despacho.

—Vale, cuéntamelo todo, ya estoy sola. —La voz de Claudia sonaba divertida—. Y, por favor, no omitas ningún detalle. Cuando digo todo, es todo.

—Bueno, todo empezó cuando me besó hace más de una semana... —comenzó a contar.

—¿Te besó hace días y no me lo cuentas? —Claudia sonaba entre sorprendida y enfadada.

—Es que necesitaba tiempo para asimilarlo yo. —Se defendió Eli—. El caso es que me besó y yo me alejé porque, digamos que, sentí cosas con ese beso. Entonces, vino ayer y me dijo que ese beso no había significado nada para él.

—Eso es una mentira como una catedral, te lo aseguro. —Estaba convencida de ello.

—Claudia, por favor, déjame acabar la historia y luego me dices lo que quieras. —Sabía que, si no la paraba, su hermana no pararía de interrumpirla—. Anoche fue su cumpleaños; cenamos, nos tomamos un par de copas y nos bañamos en la playa, desnudos... y bueno, simplemente pasó.

—¿Follasteis en la playa? —Claudia estaba perpleja—. ¿En la arena?

—No, en el mar. El agua estaba muy buena —se justificó Eli.

—Y, ¿cómo fue? ¿Es bueno? ¿Lo hace bien? Quiero detalles —Eli casi podía ver la cara de cotilla de su hermana.

—Claudia, no me siento muy cómoda describiéndote cada detalle de cómo lo hicimos, pero fue espectacular. Fue la primera vez en mi vida que tuve tres orgasmos seguidos.

—¿¡Tres!? —Claudia no se lo podía creer—. ¿Has dicho tres? Ese tío es una máquina, es el hombre perfecto; guapo, atlético, bueno en la cama... ¿Seguro que es real? ¿Has visto si tiene un botón de apagado o algo así?

—¡Qué idiota eres, Claudia! —rio Eli—, y he de decirte que desnudo gana mucho más.

—Este verano organizo una fiesta en la piscina —dijo Claudia, pensativa—. ¿Y dónde está el problema? Por cómo me has llamado, deduzco que algo te inquieta.

—Es que tengo dudas. —Eli se puso serio—. Me ha pedido que empecemos algo serio, que seamos novios y no sé si estoy preparada, es decir, me gusta mucho, sé que siento cosas por él, pero no sé ¿Y si vamos muy rápido?

—¿Rápido? Lleváis meses siendo pareja, solo que no os dabais ni cuenta. Eli, no hace falta ser muy lista para ver que estáis enamorados el uno del otro. Óscar te mira de una forma superespecial; con una dulzura impresionante. Yo creo que no tienes dudas, lo que tienes es miedo, temes que te vuelva a pasar lo que te pasó con aquel impresentable que no vamos ni a nombrar. Pero Óscar es otro hombre, él es diferente, y solo por cómo te mira queda claro que está loco por ti, aunque quisierais enmascararlo en una simple amistad, quedaba claro que sentíais algo más el uno por el otro. Así que yo te digo que, si él te está ofreciendo algo sincero, lo cojas y lo disfrutes. Piensa en el ahora, no pienses en el destino, disfruta del viaje y no temas a nada. Algo me dice que te esperan cosas muy bonitas junto a ese hombre.

—Tienes razón. —Eli asintió convencida—. Óscar me ha demostrado su cariño en multitud de ocasiones, confío en él. No voy a dudar de sus palabras. Gracias, Claudia, necesitaba esto para darme cuenta. Tú siempre sabes qué decir.

—Soy la hermana mayor. —Sonrió—. Tengo que ser la más sabia.

—Claudia, nos llevamos tres años no veinte —rio Eli.

Se despidieron justo antes de que se oyese la puerta de entrada abrirse. Óscar llegaba con Trueno y Capitán de dar el paseo. Traía una bolsa con unos bollos que había comprado en una pastelería cercana.

Eli corrió hasta él, le rodeó el cuello con sus brazos y le dio un beso que se prolongó unos cuantos segundos.

—¿Y este recibimiento? —rio Óscar una vez separaron los labios.

—Simplemente, quería besar a mi recién estrenado novio. —respondió Eli con una sonrisa.

—Cariño, eso suena genial en tus labios.



Capítulo 15

—No vamos de viaje la semana que viene —anunció Óscar—, prepara las maletas.

Era casi mediados de mayo, estaban tranquilamente en el sofá disfrutando de una deliciosa cena. Llevaban un mes juntos y Óscar decidió darle una sorpresa. Se cogió una semana de vacaciones en el hospital y organizó un viaje para los dos.

—¿Qué? ¿Y me lo dices así? ¿Sin tiempo para organizarme? —Eli no sabía si besarlo o ponerse nerviosa por decírselo con tan poca antelación.

—Tienes una chica que te sustituye de vez en cuando en la tienda. En cuanto al viaje, prepara una maleta con ropa de invierno. —Óscar le quitó importancia—. Nos merecemos un descanso los dos y quería sorprenderte. Pero si te viene mal, lo cancelo.

—No, no canceles nada. Es solo que no me lo esperaba.

—Esa era la idea. —Óscar sonrió.

Eli se lanzó a sus brazos, feliz por el detalle que quería tener con ella. Luego, se quedó pensativa unos instantes al percatarse de algo.

—Has dicho que prepare ropa de invierno ¿A dónde me llevas?

—Eso no lo pienso decir todavía —Eli era tan impaciente que Óscar sabía que le esperaban unos cuantos días de insistir, pero no iba a ceder, besó su cuello con picardía—. Digamos que son más de dos horas en coche.



Llegó el día en que se iban de vacaciones. Dejaron a los perros con Claudia, que estaba encantada de tenerlos en su casa. La más ilusionada era Blanca, puesto que adoraba los animales.

Óscar pidió un Uber para ir al aeropuerto. Eli todavía no sabía dónde iban y estaba impaciente por saberlo. No fue hasta que llegaron al aeropuerto, cuando Óscar le dio su billete, que pudo mirarlo.

—Alaska ¿Vamos a Alaska? —preguntó entre sorprendida e ilusionada.

Óscar asintió divertido, Eli se echó a sus brazos para darle un beso de agradecimiento. Estaba deseando llegar a su destino, nunca había estado fuera del país y, por lo visto, iban a la otra punta del mundo.

El trayecto era muy largo y Óscar decidió coger un vuelo de lujo con cabina privada para que estuviesen más cómodos y, de paso, tener un poquito más de intimidad. A Eli casi se le desencaja la mandíbula al ver aquellos asientos reclinables hasta convertirse en cama. Para él también era la primera vez que volaba así, pero con ver el rostro de estupefacción de Eli ya estaba más que satisfecho.

Tras veinte horas de vuelo llegaron a Alaska agotados. Óscar alquiló un coche en el aeropuerto y fueron directos al hotel.

Estaban, nada más y nada menos, que a seis grados. Eli salió del coche con un jersey de lana mostaza, unos vaqueros, unas botas de nieve y un plumas con gorro de color blanco.

El hotel era sumamente precioso, pero la habitación era todavía más bonita.

Una mullida cama de dos metros coronaba la habitación. Las paredes eran de piedra y madera, simulando una cabaña. Un enorme ventanal dejaba ver unas vistas impresionantes de las montañas nevadas. Lo que más le fascinó a Eli era lo que vio justo al lado de esa gran ventana.

—¿Eso que estoy viendo es una bañera de hidromasaje en la habitación? —lo miró con una cara entre ilusionada y sorprendida al ver aquella bañera que casi parecía una piscina—. Pero, ¿cuánto te ha costado todo esto?

—Digamos que espero no tener un gasto imprevisto en una temporada —rio Óscar, la rodeó por la cintura mirándola con ternura—. Pero ha merecido la pena por ver esa ilusión en tu mirada.

Ella se agarró a su cuello, devorando su boca con pasión.

—Óscar, te quiero —dijo Eli tímidamente tras el beso—. Que conste que no lo digo por el viaje. Te quiero por lo que eres tú y lo que representas. Estoy perdidamente enamorada de ti.

—Yo también te quiero Eli, muchísimo. Encontrarte ha sido lo mejor que me ha pasado y no sabes cómo te deseo en este mismo instante.

Óscar la acorraló con la mesa de comedor de madera maciza que había en la habitación. Cogió el mando de la calefacción para encenderla y lo tiró contra el sofá. No tardaron ni dos minutos en estar los dos completamente desnudos. Parecía que llevaran meses sin verse. Él, primero, devoró su boca, para luego ir descendiendo por sus pechos en los que se recreó unos instantes. Luego, bajó entre besos por su vientre hasta llegar al centro neurálgico de su placer. La empujó con suavidad para que se tumbase con las piernas flexionadas, poniendo cada mano en una de ellas para poder lamer su vagina a placer. Succionó su clítoris, jugueteando con él hasta hacerla estremecer. Eli se sujetó al pelo de Óscar deseando que no parase de hacer lo que le estaba haciendo, no tardó mucho en que un orgasmo de puro placer recorriese todo su cuerpo. Se levantó de la mesa, quedándose sentada en ella, al mismo tiempo que Óscar se ponía de pie. Eli, de forma muy atrevida, tomó el pene de él entre sus manos, empezando a masajearlo arriba y abajo, provocando que la respiración de Óscar comenzara a acelerarse. Quitó la mano de Eli con violencia de su miembro y lo introdujo en su interior con fuerza y con todas las ganas que le tenía. Esta vez no fue nada delicado, aunque ella tampoco parecía querer que lo fuera. Embistió con ganas, aferrado a las caderas de ella mientras contemplaba cómo Eli, sujeta a sus hombros, se mordía el labio entre gemidos. Llegaron al clímax uno después del otro; justo cuando ella empezó a convulsionar, él aceleró el ritmo para alcanzar su propio placer.

—Me vuelves loco —dijo entre jadeos, todavía en el interior de ella—, haces que pierda la razón, te lo aseguro.

Ella sonrió con orgullo, besó sus labios una vez más, se bajó de la mesa y lo tomó de la mano.

—Necesito meterme en esa bañera antes de acostarme ¿Me acompañas? —la voz de Eli sonaba muy sensual.

—Un baño suena de maravilla —dijo Óscar divertido.

Disfrutaron de un espléndido baño, entre risas, jabón, besos y muchas caricias.



Los días pasaban más rápido de lo que a los dos les hubiese gustado; recorrieron el pueblo en el que estaban, comieron la comida típica de la zona, esquiaron, o al menos lo intentaron, ya que Eli no sabía esquiar y se cayeron más de una vez entre risas.

Hubo algún que otro día en el que no salieron del hotel. Pidiendo que les llevasen la comida a la habitación para ni tan siquiera salir de la cama.

Cuando tomaron el avión de vuelta a España, se prometieron hacer otro viaje más adelante. Esta vez, sería Eli la que escogería el sitio donde irían para darle una sorpresa a él. Quizás ni tan siquiera saliesen de España, ya que había muchos lugares por descubrir en el país.

Llegaron a casa agotados, pero felices por todos los bonitos recuerdos.



Capítulo 16

Unas semanas más tarde, Eli fue a conocer a la familia de Óscar. Él ya le había contado varias cosas de su familia y que todos eran geniales, pero no podía evitar estar nerviosa. Quería darles una buena impresión. Teresa, su madre, era directora de psiquiatría en un hospital. Eduardo, su padre, era doctor en pediatría. Su hermano menor, Héctor, era traumatólogo, y su hermano mayor, Thiago...

—Tu hermano mayor es dentista —dijo Eli en el coche, de camino a casa de los padres, intentando recordar las profesiones de todos.

—No, mi hermano Thiago es policía —rio Óscar—, él iba para dentista, pero se arrepintió justo antes de empezar la universidad. Nos sorprendió a todos al decirnos que había entrado en la escuela nacional de policía.

Cuando llegaron a casa de sus padres, en una ciudad cercana, ya estaban todos allí. Eli temió haber llegado tarde, pero Óscar la tranquilizó diciendo aún era bastante pronto.

La madre de Óscar lo saludó con un fuerte abrazo. Sus hermanos y su padre lo hicieron con un apretón de manos y una palmada en la espalda. Óscar, feliz, hizo las presentaciones. Todos recibieron a Eli con una espléndida acogida. En unos minutos era una más de la familia.

Los tres hermanos se parecían bastante entre sí; tenían la misma altura y complexión. Héctor y Óscar tenían los ojos castaños. En cambio, Thiago, los tenía de un color azul intenso.

La comida fue muy agradable entre charlas y bromas de hermanos. Teresa los reprendía cariñosamente cada vez que se soltaban alguna que otra pulla. Los padres prepararon unos entrantes de embutido y queso; luego degustaron un sabroso cocido de garbanzos acompañado de un maravilloso vino blanco.

—Eli —Teresa se dirigió a ella—. ¿Por casualidad, no tendrás amigas o hermanas que presentarle a estos zoquetes? Necesito que asienten la cabeza de una vez.

Eli negó con la cabeza.

—Mamá, no intentes buscarnos novia. —Fue Héctor el que habló—. Estamos muy bien así.

Thiago le dio la razón a su hermano. A decir verdad, Óscar era el único que les había presentado a sus padres una novia formal. Primero a Sonia y después a Eli. Los otros dos eran almas libres que no veían del todo claro eso de tener pareja.

—Menos mal que por lo menos estás tú, Eli —dijo Teresa resignada—. A este paso me veía rodeada solo de hombres y sin una mujer con la que hablar en la familia.

Tras la comida se sentaron en el jardín para tomar una copa, Eli se ofreció a coger las cosas

de la cocina junto a los demás. En un momento dado, Teresa y ella se quedaron a solas.

—Es increíble el cambio que ha dado mi hijo a raíz de haberte conocido. Estaba tan abatido, que no sabía si volvería a levantar cabeza.

—Digamos que los dos nos hemos sanado —Eli miraba hacia el jardín, donde Óscar charlaba animadamente con su padre y sus hermanos mientras se servían unas copas de vino. Lo miró con tanto amor, que no pasó desapercibido para los ojos de Teresa.

—Ya me doy cuenta —sonrió al ver esa ternura—, sois dos almas parecidas, lo veo en tus ojos y me alegra muchísimo que os hayáis encontrado. Algo me dice que va a salir algo muy bonito de esta historia.

Eli sonrió a Teresa, ella también esperaba lo mismo. Estaba muy enamorada de Óscar, de eso no tenía la menor duda, y sabía que él sentía lo mismo por ella.

Tras un par de horas más, se despidieron. Su madre le hizo prometer a Óscar que irían más a menudo a visitarles. A decir verdad, hacía tiempo que no se reunían así y él lo echaba de menos.



Casi a finales de junio, justo el día que cumplían dos meses juntos, a Eli se le ocurrió una idea de lo más interesante, se sintió de lo más atrevida al hacer aquello.

Óscar lamentaba no poder estar con ella el día que cumplían dos meses juntos, pero no le quedó más remedio que hacer guardia. Acabó las consultas y se fue a su taquilla para coger la cartera e ir a comer algo a la cafetería.

Justo cuando salía se encontró con Vanesa, la chica de recepción con la que se llevaba bastante bien.

—Doctor Sánchez, tienes una paciente en la consulta. —le comunicó la chica mirando unos papeles que llevaba en la mano.

Óscar la miró extrañado.

—Eso no es posible, acabo de terminar con la última paciente. —aclaró.

—Pues ha de haber algún error, porque esta mujer insiste en que tenía una cita contigo. Yo que tú, iría y lo aclararía con ella. —Vanesa se mordió el labio para evitar que se le escapase una sonrisa.

Óscar caminó hacia su consulta, entró casi sin mirar a la mujer que estaba dentro.

—Hola, disculpa, pero ha debido... —Se quedó sin palabras al ver quién era la paciente que le estaba esperando.

Eli lo esperaba apoyada en la mesa solo con una de sus batas blancas, dejando entrever la lencería verde y gris que se compró el día que fue con ella de compras por primera vez. Esa lencería que tan loco lo volvía.

—Hola, Doctor —dijo Eli con sonrisa lobuna y voz sensual—, he tenido que venir a verle porque no me encuentro nada bien.

Óscar estaba haciendo un gran esfuerzo por no lanzarse hacia ella con ferocidad. Su excitación era tan evidente que no podía ocultarlo con aquellos pantalones de uniforme.

—¿Y qué le ocurre exactamente? —Tragó saliva, haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que le quedaba.

—Pues veré —Eli se acercó a él al ver que Óscar no se movía—, tengo un calor insoportable justo debajo del vientre y sé que solo usted puede ayudarme.

Pasó las manos por el torso de Óscar hasta llegar a sus hombros. Él la tomó por la cintura.

—Eli, me tienes loco de deseo, ahora mismo te haría el amor en todas y cada una de las estancias de este hospital —respiraba despacio para intentar serenarse—, pero es que estoy en el trabajo y alguien podría entrar por esa puerta y...

Eli unió sus labios con los de él. Cuando se separó vio cómo él cerraba los ojos intentando contenerse.

—Tranquilo, no va a entrar nadie. Digamos que tengo una cómplice en este hospital, no nos van a molestar. —Rozó su mano con la entrepierna de él que estaba muy dura—. Y ahora, ¿va a aliviarme, doctor, o tengo que buscar otro médico que me ayude?

—Eso jamás —Se lanzó hacia ella devorando su boca mientras la acorralaba en la mesa, deshaciéndose de la bata que ella llevaba puesta.

—Aquí no, Óscar —dijo Eli excitada con los labios de él en su cuello, él la miró desconcertado. Ella lo tomó de la mano, guiándolo hasta el sillón de reconocimiento. Eli se sentó, dejando a Óscar totalmente perplejo—. Creo que aquí voy a estar más... abierta y podrá examinarme más minuciosamente.

—Quítate las bragas. ¡Ya! —rugió Óscar, perdiendo el poco control que le quedaba sobre sí mismo.

Se quitó la bata blanca, quedándose solo con el uniforme azul. Eli se quitó las bragas, dejándose puesta la bata blanca abierta y el sujetador, y las lanzó a un lado de la consulta. Puso un pie en cada extremo de aquel sillón para quedar muy abierta y expuesta ante Óscar.

Él, al verla así, se sintió arder. Se acercó a ella bajándose los pantalones lo justo para dejar su erección a la vista.

—¿Quiere que la cure, señorita? —preguntó pegándose a ella y rozando su pene con la abertura de la vagina de Eli, que estaba muy mojada y excitada. Solo la rozaba para torturarla. Lamió su cuello mientras, con la mano, acariciaba uno de los pezones a través de la fina tela. Su voz era ronca y exigente.

—Sí, por favor, cúreme doctor. —Entre las caricias y los lametones, Eli casi no podía hablar de lo extasiada que estaba. Comenzó a jadear sin remedio, aferrada al cuerpo de Óscar.

Sin poder aguantarlo más, Óscar la penetró con fuerza, de una sola embestida entró por completo provocando que Eli ahogase un grito de placer.

Se besaron con mucho ardor mientras él empezaba a moverse con rapidez. Eli le hizo perder toda la cordura.

Se intercambiaron jadeos entre besos, ella sintió cómo la fricción comenzaba a enloquecerla acrecentando el calor justo debajo de su vientre.

Y dejándose llevar, ella llegó al clímax gritando y convulsionando por los espasmos del orgasmo.

Nada más sentir a Eli, Óscar se dejó llevar por su propio placer con un último gemido, aferrado a las caderas de ella y dejando un mordisco en su cuello.

—Sí que es bueno este sillón —dijo Óscar nada más recuperar el aliento—, vas a tener que visitarme más a menudo.

Eli rio, satisfecha ante las palabras de él, estaba completamente de acuerdo. El sillón era maravilloso.



Vanesa no paraba de sonreír sabiendo lo que se estaba cociendo en la consulta de Óscar. Estaba cerca de ella, pero lo suficientemente lejos como para no oír nada de lo que estuviese ocurriendo. Se sentía muy feliz por el doctor Sánchez, desde que conoció a Eli volvía a sonreír con su sonrisa natural y no con la sonrisa forzada que, todo aquel que lo conocía bien, sabía que era falsa.

A lo lejos, vio a Mónica, que iba directa con unas carpetas hacia la consulta de Óscar. Vanesa aguantaba a Mónica a duras penas; era ambiciosa y se empeñaba en conseguir todo lo que quería, costase lo que costase. Apenas hablaba con ella, salvo que fuese totalmente necesario.

La interceptó a un metro de la consulta, dispuesta a llamar.

—¿Adónde vas, Mónica? —preguntó con los brazos en jarras.

—Eso no te incumbe, —respondió de mala manera—, pero si lo quieres saber, voy a llevarle estos expedientes a Óscar.

—El doctor Sánchez está ocupado ahora mismo y no se le puede molestar. —Se movió a un lado y a otro para evitar que ella pasase.

—¿Desde cuándo no se le puede llevar unos expedientes estando en consulta? Además, —miró su reloj—, ya debería de haber acabado...

Vanesa bajó la mirada.

—Está con ella, ¿verdad? —Se percató Mónica al ver la actuación de Vanesa—. Con la pelirroja esa que viene a verle.

—Esa chica se llama Eli y es la novia del doctor —Vanesa sintió la necesidad de defenderla—. Y no es asunto tuyo si está con ella o no.

—Ya veremos lo que duran —la voz de Mónica era pura maldad.

Se dio la vuelta furiosa. Vanesa suspiró aliviada, pero no pudo evitar que un escalofrío de miedo recorriese su espalda.



Capítulo 17

Más de tres meses de felicidad después, estaban casi a finales de julio y Eli no podía estar más contenta con su relación con Óscar. En unos días sería su cumpleaños y había decidido celebrarlo en casa de su hermana Claudia, con Óscar, sus padres, su hermana, su cuñado y su sobrina. El año anterior no le apeteció hacer ninguna fiesta, pero este año sí que había mucho que celebrar.

Estaba con Claudia, en casa de esta, preparando la fiesta que tenía en mente. Quería algo sencillo, una barbacoa, unas bebidas, la tarta...

Estaban en la cocina preparando algo para comer. Óscar estaba de guardia y Manu había tenido que ir a trabajar un sábado por un tema urgente en la oficina.

Hicieron algo ligero para ellas dos, y también para Blanca, que estaba dibujando en el salón.

—He encargado la tarta en mi pastelería favorita. Esa que está en el centro comercial —explicó Eli ilusionada—. Es el primer cumpleaños que voy a celebrar con Óscar.

Claudia se alegró por su hermana, verla así de feliz era algo que deseaba ver con todas sus fuerzas.

Se sentaron las tres en la mesa de la cocina y comieron mientras mantenían una divertida conversación. Una vez acabaron, empezaron a recoger la cocina.

—He comprado helado de tarta de queso ¿Te apetece tomar un poco? —preguntó Claudia poniendo los platos en el lavavajillas.

—Me encantaría, pero voy a pasar. —contestó Eli—. He engordado unos tres kilos y me gustaría cuidar la línea, no quiero engordar más.

—Eso se llama felicidad —rio Claudia—. Cuando empecé con Manu también cogí unos kilitos. Es normal, te apalancas y lo único que quieres es estar abrazada a tu pareja sin hacer nada.

—Pero Óscar y yo no paramos de hacer ejercicio. Y no me refiero solo al ejercicio de cama —continuó al ver como la miraba su hermana—, vamos a correr prácticamente todos los días. Y estoy comiendo menos de lo habitual desde que empezaron a apretarme los pantalones.

—Aja, por cierto, acabo de acordarme que tengo que ir al supermercado por unas cosas ¿Te importa que vaya un momento? No tardo nada.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Eli.

Claudia negó con la cabeza.

—No hace falta, son cuatro cosas, y si te quedas aquí no tengo que llevar a Blanca. Si la

llevo, sé que me va a pedir media tienda.

Eli asintió y se fue con Blanca al salón tras despedirse de su hermana. Trueno y Capitán dormían plácidamente en una cama que Claudia les había comprado, ya que pasaban mucho tiempo allí cada vez que Eli iba a visitarla, o cuando Óscar y ella hacían alguna escapada de fin de semana.

Unos cuarenta minutos más tarde estuvo de vuelta. Claudia soltó lo que llevaba en la cocina antes de entrar en el salón.

—Blanca, cariño, ¿puedes ir a sacar a los perros al jardín? He comprado esta pelota para que juegues con ellos. —Se dirigió Claudia a su hija tirándole una pelota de tenis.

Los perros, al verla, se pusieron de pie, deseosos de que aquella pelota fuese lanzada. Blanca corrió al jardín con los perros tras ella.

Claudia se sacó del bolsillo de su pantalón vaquero una cajita rectangular que depositó en las manos de su hermana.

Eli, al principio, lo miró extrañada, pero luego abrió los ojos como platos al ver de qué se trataba.

—¿Por qué me das un test de embarazo? —preguntó Eli sin entender.

—A ver... analicemos los hechos —Claudia se quedó de pie en el salón junto a Eli—. Te aprietan los pantalones a pesar de comer poco y hacer ejercicio ¿Óscar y tú usáis algún tipo de anticonceptivo? Sé que la píldora la dejaste de tomar cuando rompiste con el cabrón de Sergio ¿La has retomado por casualidad?

—No —respondió Eli con un sonido apenas audible.

—¿Y la regla? ¿Te ha bajado últimamente?

—Sí —respondió con seguridad, pero al instante se quedó pensativa—. Bueno... en realidad... no recuerdo muy bien la última vez que me bajó. No estoy muy segura.

—¿Pezones sensibles? ¿Náuseas matutinas?

—No, de eso nada. Estoy tan bien como siempre.

—Bueno, pues hazte la prueba, si estás segura saldrá negativo. —Claudia le quitó importancia al tema.

Eli miró la cajita y luego a su hermana. No sabía muy bien que hacer, sin saber por qué sentía un pánico tremendo a hacerse el test. No tenía por qué temer nada ¿Verdad?

Con decisión caminó hacia el baño. Unos minutos más tarde, Claudia no pudo evitar soltar una carcajada al ver a su hermana salir del baño con cara de perplejidad.

—¡Vaya, vaya! —no podía parar de reír—. Así que el médico, especialista en ginecología, no sabe que, si no utiliza el chubasquero del amor, sus soldaditos pueden atacar.

—Claudia, esto es serio. —A Eli no le hacía ninguna gracia—. Llevamos tres meses juntos y estoy embarazada, es muy pronto todavía ¿Y si cree que lo he hecho a propósito? ¿Y si se lo toma a mal?

—Dudo que piense nada de eso —Claudia le quitó importancia—. Os cegó la pasión, a mí me pasó cuando me quedé embarazada de Blanca.

—¿Pero Blanca no fue buscada? —preguntó Eli extrañada.

—Eso es lo que le digo a la gente. Blanca fue producto de un polvo de borrachera contra la encimera de la cocina. Faltaba poco más de un mes para casarme con Manu, lo último que quería era tener hijos. No pude tomarme ni una copa de vino en mi propia boda y me pasé la luna de miel en Grecia con náuseas matutinas.

—¿Qué voy a hacer Claudia? —Eli se puso las manos en la cara desesperada.

—¿Lo quieres tener? Es lo primero que te tienes que preguntar.

—Sí, claro que quiero tenerlo —Eli no lo dudó ni por un instante. Era fruto del amor que Óscar y ella se tenían. Y aunque no fuera así, no tendría valor para hacerle daño a algo tan pequeño y que no tenía la culpa de nada.

—Pues lo siguiente que tienes que hacer es informar al padre de la criatura —bromeó Claudia.

Eli la fulminó con la mirada, su hermana se estaba divirtiendo mucho a su costa. Pero tenía razón en una cosa, tendría que ir a hablar con Óscar.



Óscar llevaba todo el día con una sonrisa en los labios. Había tomado la decisión de proponerle a Eli que viviesen juntos. Al día siguiente, cuando descansase de la guardia, iría a su piso, prepararía una buena cena y lo hablaría con ella. Esperaba que le dijese que sí, aunque no creía en absoluto que ella se negase. La amaba con locura y sabía que el sentimiento era recíproco. Además, salvo los días de guardia, pasaban todas las noches juntos en un piso u otro.

Entró en su consulta donde una chica venía con su novio de urgencias, debido a que sangraba, estando únicamente de veinte semanas. Le hizo unas pruebas y una ecografía. La pareja se sujetaba de la mano dándose apoyo el uno al otro.

—No tenéis nada de lo que preocuparos —los tranquilizó Óscar—, todo parece estar bien. Lo que sí te voy a mandar son unos días de reposo. Si el sangrado persiste, vuelve a la consulta.

Los futuros padres respiraron aliviados, dieron las gracias al doctor y se marcharon más tranquilos.

Óscar comenzó a ordenar los expedientes de varias de sus pacientes, vio que le faltaba uno y llamó a recepción para que se lo facilitaran. Se lo trajo la única mujer con la que no esperaba encontrarse, Mónica.

—Doctor, aquí tienes el expediente que has pedido —dijo ella sentándose en la mesa y cruzando las piernas para que se le subiera la falda y se le viese la liga de las medias.

Lejos de sentir algo de deseo por ella, lo que sintió Óscar fue asco y un poco de pena. Se estaba rebajando demasiado.

—Muchas gracias —carraspeó sin querer mirarla—, ya puedes irte.

Mónica se acercó más a él, acercando el escote más de lo debido al rostro de Óscar.

—¿No necesitas nada más? —la voz sonaba sensual, al menos para ella. Para Óscar esa voz le provocó un escalofrío nada agradable.

—No, puedes irte —Se levantó de la silla para alejarse de ella, fingiendo que tenía que buscar algo en uno de los cajones de la vitrina que tenía frente a la mesa.

—¿De verdad no me deseas, Óscar? —Se puso justo detrás de él.

Él se volvió para mirarla, no sabía cómo hacerlo, pero esa situación se tenía que acabar en ese instante.

—Mónica, la verdad es que... —Iba a decirle que no la deseaba, pero no le dejaba hablar.

—Sé que sientes algo por mí, si no, no te habrías acostado esa noche conmigo —Lo cogió por la camiseta del uniforme, por cómo lo estaba mirando se notaba que no estaba bien de la

cabeza. Necesitaba ayuda psiquiátrica urgente.

—Mónica, suéltame, por favor. —Intentaba estar lo más calmado posible, aunque lo que realmente quería era empujarla y zafarse de ella—. Estoy enamorado de otra mujer, solo la deseo a ella. Así que te pido que te olvides de mí de una vez.

Mónica se aferró más a él.

—No puedes estar enamorado de ella, yo valgo tres mil veces más que ella...

—Eso es lo que tú piensas, pero Eli es la mujer que amo y no voy a permitir que...

Una vez más no le dejó terminar la frase, pero esta vez fue porque le plantó un beso desesperado que lo sorprendió y del que no podía zafarse.

—No. —Fue lo que oyó en un susurro apenas audible, justo antes de mirar hacia la puerta y ver a una Eli con los ojos empañados en lágrimas y un rostro de pura decepción.

—Eli, esto no es lo que parece. —Óscar sintió el pánico recorrer todo su cuerpo.

Eli negaba con la cabeza, queriendo borrar de su mente lo que acababa de presenciar.

—¿Crees que un hombre así lo ibas a tener para ti solita? —La voz de Mónica era de pura maldad—. No sabes la de veces que me ha follado en cada rincón de este hospital.

—¡Mónica, cállate! —bramó furioso, consiguiendo zafarse de los brazos de ella.

Eli salió corriendo de allí sin darle tiempo a decir nada más. Óscar fue tras ella, pero no consiguió alcanzarla.

Esto era un mal sueño, pensó Óscar. O, más bien una puta pesadilla.



Capítulo 18

Si antes sentía estar abatido con lo de Sonia, ahora estaba por completo hundido. Eli, la mujer que más había amado, parecía que se la había tragado la tierra. Intentó llamarla en contadas ocasiones, pero no cogía el teléfono. Pidió salir del hospital por emergencia familiar para correr en su búsqueda. Llamó a su puerta, pero estaba claro que no estaba allí. Cuando se disponía a salir hacia la casa de Claudia, recibió un mensaje de Eli. El último que recibiría:

Eli: Capitán está en casa de mi hermana, puedes recogerlo cuando quieras. Yo no estoy allí, no me busques porque no me vas a encontrar y deja de llamarme.

Fueron sus últimas palabras antes de bloquearle.

Sintió un nudo en la garganta muy difícil de tragar. La buscó en la tienda de ropa, fue todos los días a buscarla, pero ella no apareció. En su lugar estaba la chica que la sustituía en vacaciones.

Bajaba cada día a la puerta de su casa y llamaba al timbre, pero nadie respondía. En el buzón había cartas, señal de que ni tan siquiera pasaba por allí.

Estaba desesperado por encontrarla, por las noches apenas podía dormir. Se las pasaba mirando fotos de ella en el móvil, intentando invocarla de alguna forma.

Ya no sabía que más hacer.

Su cuerpo la anhelaba; el tacto de su piel, su risa, sus labios, su mirada...

La necesitaba mucho, no era nadie sin ella.



En un pueblo cercano, Eli lloraba desconsolada en su antigua cama, en la habitación de su adolescencia. Nunca imaginó que se podía llorar diez días seguidos, pero ahí estaba, llorando sin consuelo. Empapando, una vez más, la almohada con sus lágrimas.

El hombre que más había amado la había traicionado. El dolor que sentía en ese instante no era comparable al que sintió cuando Sergio la engañó. Aquella vez se sintió dolida, ahora solo quería morir.

Unos suaves toques en la puerta la avisaron de que alguien entraba en la habitación.

—Hola, cielo —la voz susurrante y tranquilizadora de su hermana llegó a sus oídos—. ¿Qué tal estás?

Notó el peso de su hermana al sentarse en el colchón, no quiso darse la vuelta para mirarla. Su hermana le acarició el brazo a modo de consuelo.

—Eli, me cuenta mamá que apenas comes y que no quieres salir de esta habitación. Que lo único que haces es llorar, tanto mamá y papá como Manu y yo estamos muy preocupados por ti.

—No quiero vivir, Claudia —dijo Eli entre lágrimas—, me quiero morir.

Claudia se sintió rota al ver a su hermana así. No soportaba verla de esa forma.

—No digas eso, por favor. —Se secó una lágrima de la mejilla—. Tienes mucho por lo que vivir y ahora más que nunca. Si no comes, ni intentas ser fuerte, le estás haciendo daño a una criatura que no tiene la culpa de lo que ha pasado. Tu hijo Eli. Al menos tienes que alimentarte por él, deberías ir al médico a ver que tal está el bebé. Y tienes que comer, aunque te cueste trabajo hacerlo, por ese pequeñito. Ya se te empieza a notar un poco más.

Eso parecía hacerla reaccionar, se tocó el vientre con mimo, Claudia tenía razón, estaba castigando a su pequeño que no tenía la culpa de nada.

Se levantó despacio volviéndose hacia su hermana, la que siempre había estado con ella, en las buenas y en las malas. La abrazó con fuerza y lloró en su hombro sin poder parar.

Tras un rato, vio que Claudia traía consigo un par de yogures de fresa y una cuchara.

—Hazlo por él —le dijo tocándole el vientre ligeramente abultado. Eli se comió los dos yogures despacio, con dificultad, ya que el nudo que tenía en la garganta apenas la dejaba tragar.

Tras acabar de comerlos, Claudia suspiró aliviada.

—Bueno, ahora te vas a duchar y vamos a ir a ver al Doctor Ramírez. Sabemos que es un buen médico, es nuestro ginecólogo y el que llevó el parto de Blanca. Cogí cita con él para esta tarde. Y después de eso te vas a venir a casa con nosotros. Blanca te echa de menos, y Trueno y Capitán también.

—¿Ca-capitán sigue allí? —preguntó con la voz entrecortada.

Claudia asintió.

—No vino por él.

Óscar adoraba a Capitán, Eli no entendía esa reacción por parte de él. No importaba, ella adoptaría también a Capitán. Lo quería tanto como a Trueno. Seguiría teniendo una familia en ella.

Después de la ducha y de ponerse ropa que le había traído su hermana de cuando ella estuvo embarazada, se fueron de casa de sus padres. Su madre y su padre le dieron un abrazo y les hizo prometer que llamaría cada día para ver cómo estaba.

Llegaron a la consulta de doctor Ramírez a la hora acordada. Román Ramírez era un hombre que acababa de alcanzar la sesentena. De mirada amable, había sido su ginecólogo desde que Eli empezó a tener la regla.

Eli apenas hablaba en la consulta, respondía a las preguntas del médico casi por inercia. Claudia era la que más hablaba.

Román le pidió a Eli que se tumbase en la camilla para hacerle una ecografía y ver de cuántas semanas estaba.

Volvió la vista hacia la pantalla cuando escuchó unos latidos fuertes y rápidos. El doctor le iba indicando donde estaba el embrión, que todo parecía normal.

—Mi pequeño —susurró, una lágrima recorrió su mejilla. Una lágrima que guardaba muchas

emociones. Alegría porque su hijo estaba bien, pena porque quería que Óscar estuviese a su lado viendo aquella ecografía y rabia por albergar ese sentimiento de querer que él estuviese allí.

—Pues estás de catorce semanas, Eli. Un poco más y nos vemos en el parto —bromeó el doctor.

Catorce semanas. Eli comenzó a contar hacia atrás y abrió mucho los ojos al percatarse de algo.

—El día de la playa —dijo mirando a su hermana.

—Joder, menuda puntería tiene el doctor. No me refería a usted —aclaró al ver a Román volverse hacia ella y levantar una ceja.

Eli pensó que lucharía por su hijo, no iba a dejar que la tristeza la embargase. Lucharía contra viento, mar y fuego por él. Su pequeño lo merecía todo y todo lo iba a tener. Tenía alguien por el que vivir.



Capítulo 19

Unas dos semanas más tarde.

—¿Qué quieres que te traiga de tu apartamento? —preguntó Claudia a su hermana, que estaba en la hamaca del jardín balanceándose con su sobrina. Decidió ir a ver cómo estaba el piso de Eli, ya que llevaba varias semanas cerrado y eso no era nada conveniente.

Cada vez que se sentía embargada por la pena, cosa que ocurría todos los días, Eli se tocaba el vientre y se decía a sí misma: «hazlo por él». Entonces sentía que su hijo le daba fuerzas para continuar y seguir adelante con todo.

Miró a su hermana pensativa. Trueno y Capitán corrían por el jardín, jugando el uno con el otro.

—Tráeme el cargador del móvil y coge toda la comida para que podamos gastarla. Se va a acabar poniendo mala —respondió Eli.

Pensó que era inútil pedirle ropa, ya que toda la que tenía en ese momento le quedaba pequeña. Debido a que su vientre cada vez crecía más. Gracias a las tiendas online se había comprado mucha ropa premamá.

—Eli, sé que no quieres tocar el tema, pero deberías hablar con Óscar —Claudia intentaba decir las palabras con tacto—. Vale que es un capullo que nos engañó a todos, pero es el padre y tiene derecho a saberlo.

—Y se lo voy a decir —aclaró Eli una vez más—, pero necesito tiempo para asimilarlo yo del todo antes de ir a contárselo. Dame unas semanas más e iré a verle al hospital.

Claudia asintió convencida. Su hermana necesitaba tiempo y no quería presionarla demasiado.



Cuando salió del ascensor del edificio de Eli, lo último que esperó encontrarse fue a un Óscar totalmente hundido. Sentado en la puerta del piso de su hermana con las rodillas inclinadas y las manos en la cabeza.

Llevaba puesto el uniforme de médico.

—Óscar ¿Qué haces aquí? —preguntó entre sorprendida y enfadada.

Él se levantó de golpe al oír su voz. Claudia no vio en él al Óscar que conocía, en su lugar había un hombre roto por el dolor, con el rostro demacrado, ojeras hasta las mejillas y por completo abatido.

—Por favor, Claudia, dime dónde está Eli —suplicó con desesperación.

—Dame un solo motivo para decírtelo y no pegarte la paliza que te mereces por haberle destrozado la vida a mi hermana. —Se estaba conteniendo todo lo posible para no avanzar hacia él y arañarle toda la cara.

Óscar la miró unos instantes antes de contestar.

—Que no hice nada de lo que ella piensa que hice.

Óscar comenzó a contarle su historia con Mónica desde que se acostó con ella, pasando por el acoso y acabando por el día que Eli salió huyendo.

—No he estado con ninguna otra mujer desde que conocí a Eli. Ella ha sido todo mi mundo desde que choqué con ella aquel día en el hospital.

Claudia lo invitó a entrar en el apartamento para hablar con más tranquilidad, pero él se negó a hacerlo. Había demasiados recuerdos en ese lugar, y él no sabía si podría soportarlos. Eso hizo darse cuenta a Claudia de que quizás estuviese diciendo la verdad.

—Supongamos que te creo —dijo finalmente Claudia—. ¿Qué vas a hacer si te digo dónde está?

—Correr a por ella, explicarle todo lo que no me dejó aquel día. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Sí, de que tenéis que hablar no hay duda. —Claudia dudó si decírselo o no—. Tengo una pregunta ¿Por qué no has ido por Capitán? ¿Es que no lo quieres?

—¡Claro que lo quiero! Lo echo mucho de menos, pero, como ya le dije a tu hermana, tengo guardias de veinticuatro horas y no puedo encargarme de él, sabía que con vosotros estaría mejor.

—Eso lo entiendo. —Claudia se resignó y miró su reloj—. Está bien, espero no equivocarme contigo. Ven esta noche a mi casa, a las ocho. Antes, tengo que preparar el terreno. Te advierto una cosa y que te quede bien clara, como le hagas daño a mi hermana, te corto los huevos, y no es una frase hecha.

—Jamás le haría daño, no te haces una idea de cuanto la amo. Si no me escucha, no sé qué voy a hacer sin ella.



Claudia volvió a su casa como si nada hubiese pasado. Le dio a su hermana el cargador y la invitó a que entrasen dentro, ya que empezaba a hacer mucho calor fuera. Blanca fue a dibujar a su dormitorio, y Claudia preparó una refrescante limonada para Eli y para ella. Se sentaron en el salón para charlar un rato antes de preparar el almuerzo.

Tras una conversación de lo más trivial, Claudia decidió sacar el tema.

—Eli ¿Y si no viste lo que crees que viste? —preguntó Claudia de repente.

—¿A qué te refieres? —Eli no sabía de qué le estaba hablando.

—Al día que pillaste a Óscar con la otra chica ¿Y si no fue así?

Eli no daba crédito a lo que su hermana le estaba diciendo, sus ojos comenzaron a empañarse.

—Sé perfectamente lo que vi, Claudia. —Se estaba empezando a enfadar. Soltó el vaso de limonada con rabia en la mesa queriendo estrellarlo contra el suelo—. Se estaban besando en la consulta, ella le estaba agarrando la camiseta y tenían los labios unidos.

—Ella le agarraba la camiseta ¿Y él? ¿qué hacía?

—¿Cómo, que qué hacía? —No entendía por qué su hermana le estaba haciendo recordar algo que le causaba un dolor inimaginable—. Claudia, no quiero hablar de esto.

—¿La estaba abrazando? —insistió su hermana—. No sé, ¿la tenía aprisionada contra la pared?

—No, estaban en medio de la consulta —Eli intentaba recordarlo—. Él no la abrazaba, creo. Solo se besaban.

—¿Y no puede ser que ella lo obligase a hacerlo? —Estaba consiguiendo hacerla reflexionar—. Cuando besas a alguien, lo primero que haces es abrazarle, sentir el cuerpo del otro, sobre todo si es un beso apasionado. Y ese comentario por parte de ella... me resulta extraño. Si fuese su amante, supongo que ella se habría sentido algo avergonzada al ver que los habías pillado.

—No lo sé, no sé. Ella es una descarada y sé que se acostaron juntos una vez. —Eli no quería seguir pensando.

—Antes de conocerte, tengo entendido —afirmó Claudia.

—Sí...

—Yo lo meditaría a fondo. —Claudia dio por zanjada la conversación—. Voy a preparar el almuerzo ¿Me ayudas?

Eli fue hacia la cocina junto a su hermana con un mar de dudas en la cabeza.



Poco antes de las ocho de la tarde, Eli decidió pedir pizza para cenar. Era viernes por la noche y sabía que a su sobrina le encantaba. No acabó de coger el móvil cuando su hermana la llamó.

—Eli, ven a la puerta un momento —dijo su hermana a lo lejos.

Cuando fue a la puerta de entrada, su hermana la esperaba con la puerta encajada.

—¿Qué ocurre? —Estaba algo extrañada.

—Asómate por la rendija de la puerta. Antes que nada, quiero decirte que se hará lo que tú decidas hacer.

Eli hizo lo que le pidió y, en cuanto vio quién estaba en la puerta, justo en la entrada del porche, empezó a hiperventilar.

—No, por favor. —suplicó a Claudia—. Dile que se vaya, que no estoy.

Claudia la tomó por los hombros para que se calmase.

—Eli, piensa un poco antes de decidir. —La miró a los ojos—. Tienes que hablar con él, deja que se explique. Además, tú también tienes mucho que explicar.

Bajó la mirada a su vientre. Eli no quería que lo primero que detectase fuera su embarazo.

—Me verá embarazada y yo...

—Te entiendo, quieres que él se explique antes de que vea que llevas a su hijo. —Cogió la cazadora vaquera que su marido tenía enganchada en el perchero de la puerta—. Póntela y

abróchala, así no se te notará.



Óscar andaba de un lado a otro, estaba nervioso. Si Eli no quería verlo, si no quería hablar con él, no sabía lo que iba a hacer.

Tras un buen rato, ella salió al porche, acercándose a él lentamente. Después de semanas sin verla, lo primero que quería era abrazarla con todas sus fuerzas y besarla hasta dejarla sin sentido, pero tenía que contenerse.

Le extrañó que llevase una cazadora que, además, le quedaba grande. Hacía mucho calor fuera.

—Eli —susurró tragando saliva. Le partió el alma verle ese rostro lleno de dolor, unas lágrimas inevitables le empañaban sus bonitos ojos aguamarina—, no hice nada de lo que crees, ella me abordó y me besó a mí. Me pilló tan desprevenido que no supe cómo reaccionar.

—¿Apartándote? —sugirió ella entre enfadada y apenada. Le dolía mucho verlo.

—Era lo que intentaba, pero no me soltaba. Estuve a punto de empujarla, porque era lo que se merecía, pero no lo hice porque temí ejercer demasiada fuerza y hacerle algún tipo de daño físico. No he vuelto a estar con ella desde aquella maldita vez que se me ocurrió hacerlo, antes de conocerte. Me arrepiento muchísimo de aquello.

—Óscar, yo no sé...

—Eli, déjame acabar —suplicó—, solo he estado contigo desde que te conozco. En el mismo instante en el que cruzamos las miradas te convertiste en la dueña de todos mis pensamientos. Vale que no nos dimos cuenta al principio, pero poco a poco esos sentimientos fueron tomando fuerza, hasta que nos fue inevitable ocultarlos un solo segundo más. En Nochevieja me morí por besarte, quise hacerlo, pero temí alejarte de mi vida por si tú no querías lo mismo.

—Te habría dejado que lo hicieras —dijo Eli emocionada—. Tenía las mismas ganas que tú por hacerlo.

Óscar sonrió al oír eso, se sacó el móvil del bolsillo.

—Si mis palabras no te convencen, esto lo terminará de confirmar. —Empezó a hacer algo en el móvil.

—Te creo, Óscar, de verdad —Eli le tomó el brazo.

Ese gesto provocó que mil sensaciones recorriesen el cuerpo de ambos al volver a tocarse. Óscar apartó la mirada del móvil para posar sus ojos en ella. Al ver el brillo de sus ojos le quedó claro que Eli no dudaba de él, pero quería que en ella no quedara ni un solo atisbo de desconfianza.

—Te quiero, Eli —dijo emocionado antes de darle a la pantalla—. Sin ti no soy absolutamente nada.

—Ni yo sin ti, Óscar, te quiero —quiso besarlo, pero él le pidió que esperase.

Pulsó la pantalla, comenzó a sonar un tono de llamada.

Tras tres tonos, alguien descolgó el teléfono.

—¿Ahora me desbloqueas? —Se oyó la voz furiosa de Mónica a través del altavoz—. Que sepas que después de haber provocado que me trasladasen a otro hospital, te va a resultar muy

difícil que te perdone.

—Mónica, solo quería decirte que me has arruinado la vida, Eli se ha ido y no quiere verme. Sabes perfectamente que lo que le dijiste no es cierto, yo no quise besarte y no nos hemos acostado en más de un año. Ella es la mujer que amo y se ha ido por culpa de tus mentiras.

Una risa malvada salió del altavoz.

—La jugada no me habría salido mejor ni habiéndola planeado —respondió Mónica—. Eso te pasa por rechazarme y escogerla a ella, ahora no tienes a ninguna de las dos. Me alegro de que se haya ido.

—Pues que sepas que no me he ido —respondió Eli furiosa—, y que como te vuelvas a acercar a mi novio vas a saber de lo que soy capaz. No me importa para nada sacar las uñas por la gente que quiero.

Eli cogió el móvil de Óscar, colgó la llamada antes de que volviese a hablar y la volvió a bloquear.

—Óscar yo... —Eli quiso disculparse con lágrimas en los ojos.

—No, no tienes que decir nada —él la tomó por los hombros deseando abrazarla.

—Pero tengo que decirlo, he sido una idiota por no...

—Eli, no digas más. Todo queda olvidado. Para mí, estas semanas no han pasado, solo quiero mirar hacia delante junto a ti. No hay nada por lo que disculparse, nada que perdonar. —Era casi una súplica, casi un ruego—. Además, pensándolo bien, creo que, si hubiese sido al revés, yo habría hecho lo mismo que tú. Porque no habría podido soportar que estuvieses con otro hombre estando conmigo. Solo imaginarlo me destroza.

—Óscar, eso no ocurrirá jamás. —Lo tomó del cuello, enlazando sus manos tras la nuca—. Te amo demasiado, no podría estar con nadie más.

—Yo tampoco podría, Eli —Unió su frente a la de ella—. Aquel día iba a pedirte que nos fuésemos a vivir juntos, que dejásemos de dar vueltas de un piso a otro. Sueño con que, algún día, compremos una casa, nos casemos y, más adelante, tener un hijo o dos...

—¡JA! —se oyó una risotada justo detrás de la puerta de entrada a la casa que provocó que se separasen para mirar hacia allí.

—Claudia, vale que nos estés escuchando, pero podrías ser un poco más discreta. —Eli se dio la vuelta para hablar.

—Pero *cállateee* —se oyó susurrar entre dientes una voz masculina tras la puerta junto a su hermana.

—Manu ¿tú también? —rio Eli.

—No, para nada —dijo Manu fingiendo una voz femenina para imitar la de Claudia.

Esos dos, definitivamente, estaban hechos el uno para el otro.

—¡Díselo de una vez! —gritó Claudia.

—¿Decirme qué? —Óscar miró a Eli extrañado.

Ella se volvió hacia él desabrochándose con lentitud los botones de la cazadora.

—Antes de nada, quiero aclarar que iba a contártelo, de verdad, solo quería terminar de asimilarlo yo primero y que no ha sido nada premeditado. Simplemente no lo pensé.

Eli dejó caer la chaqueta al suelo, dejando ver el abultado vientre que ya estaba empezando a hacerse evidente.

Óscar abrió los ojos como platos al ver el secreto que ocultaba la chaqueta. Se puso las manos en la boca, atónito por la sorpresa. Se arrodilló ante Eli para ver mejor aquella redondez, se quedó sin palabras ante aquel descubrimiento. Alzaba la mano para tocarlo y al instante

retrocedía, distintas emociones luchaban por salir; felicidad porque iba a tener un hijo con la mujer que amaba, sorpresa porque para nada lo esperaba, extrañeza porque era evidente que llevaba un tiempo embarazada...

—¿De cuántas semanas estás? —quiso saber.

—Según el Doctor Ramírez, de dieciséis, pero no me enteré hasta hace alrededor de un mes, el día que os vi, fui a decírtelo.

—Dieciséis semanas —Óscar todavía no se lo podía creer.

Eli lo instó a que se levantase.

—El día de la playa, Óscar. Estoy segura de que fue ese día el que lo concebimos —estaba muy emocionada, rebotando de felicidad.

—Bueno, al día siguiente no es que parásemos tampoco precisamente —bromeó.

—Llámalo intuición —afirmó Eli con mucha seguridad—. Esa noche fue demasiado especial, la primera noche que estuvimos juntos, la noche que me sentí más unida a ti que nunca. Estoy segura de que fue esa noche.

Óscar la besó, devorando su boca con mucha ansiedad, la tomó por la cintura con un brazo mientras acariciaba su vientre con la otra mano.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo en este instante —dijo, una vez separaron sus labios, con una sonrisa de pura alegría—. He de decir que para mí tampoco ha sido premeditado, vi una vez, hace tiempo, una caja de anticonceptivos en tu cocina y pensé que los tomabas. No pretendo justificarme, sé que te tendría que haber preguntado, simplemente lo di por hecho.

—Los dejé justo cuando rompí con Sergio —aclaró—. Digamos que nos cegó la pasión del momento.

Volieron a fundirse en un beso apasionado, en ese instante supieron que aquello sería definitivo, que pasara lo que pasase confiarían el uno en el otro y que no volverían a separarse nunca más.



Capítulo 20

El sábado por la mañana, Óscar y Eli se despertaron abrazados en el apartamento de él. La espalda de ella estaba pegada al torso de él mientras él dejaba descansar una mano en el vientre de ella. Habían hecho el amor aquella noche con dulzura y mucha delicadeza hasta quedar agotados, aunque no saciados el uno del otro. Óscar besó su mejilla con ternura, Eli se dio la vuelta para depositar un beso en los labios de él.

—Buenos días, preciosa —sonrió Óscar mirándola con mucho amor—. ¿Qué les apetece desayunar a los dos amores de mi vida?

Tras decir eso, besó el vientre de Eli con suma delicadeza.

—Pues, a decir verdad, tu hijo y yo tenemos muchas ganas de churros con chocolate. —Eli se desperezó con ganas.

—Bueno, pues podemos pasar por un bar para desayunar, camino del hospital.

—¿Hospital? —se sorprendió Eli sin entender.

—Sí, tengo muchas ganas de ver a nuestro pequeñito —aclaró—. A partir de ahora, soy oficialmente tu ginecólogo. No pongo en duda la eficiencia del doctor Ramírez, pero nada me haría mayor ilusión que llevar el seguimiento del embarazo y traer a mi hijo al mundo.

—Sí, eso no te lo voy a discutir, pero es sábado y ahora mismo no hay consultas.

—Ventajas de ser médico. Mi consulta es solo mía, tengo las llaves y puedo entrar y salir cuando quiera. No me van a poner ningún impedimento.

Mientras Eli terminaba de vestirse, Óscar fue a sacar a los perros. El día anterior tanto Capitán como Trueno, lo saludaron con mucha efusividad, se notaba que lo habían echado de menos.

Cuando Óscar volvió de la calle, Eli ya estaba lista para salir, con unos vaqueros premamá y una camiseta de cuello de pico de color celeste suelta a la altura de la cintura. Fueron a desayunar a un bar cercano al hospital.

Cuando llegaron a la consulta, Óscar le pidió a Eli que se tumbara en la camilla y se descubriera el vientre.

—Eli, el doctor Ramírez, ¿te dijo el sexo de nuestro hijo? —preguntó intrigado.

—No, era muy pronto para saberlo ¿Crees que ya se podría saber?

—Estás de cuatro meses, yo creo que muy probablemente sí. —Le hacía mucha ilusión ser él quien lo descubriese.

Encendió la pantalla, esparció el gel en la tripita descubierta de Eli, haciendo que esta se

estremeciese por el frío líquido, y pasó el transductor por el vientre para localizar al niño. Esa vez no pensaba en él como en un embrión, pensaba en él como su pequeño.

Lo pasó por varias zonas hasta localizarlo.

—Ahí está. —Señaló la pantalla observándolo con mucho amor. Casi parecía que su hijo lo estuviese saludando. Escuchó el corazón para cerciorarse de que todo estaba bien, tomó la mano de Eli con la que tenía libre en un gesto cariñoso—. Ese es nuestro niño, Eli, nuestro niño perfecto.

Le dio un beso en los labios, se sentía muy feliz por el giro que había dado su vida; una mujer que amaba y un hijo sano en camino.

—¡Es un niño, Eli! —Descubrió mirando más a fondo la ecografía. No había ninguna duda, era un niño.

—El pequeño Óscar —dijo Eli emocionada.

—¿Estás segura? —preguntó él con una radiante sonrisa en el rostro.

Ella asintió.

—No he estado más segura en mi vida, quiero que nuestro pequeño se llame como tú.

Óscar no pudo evitar darle un tierno beso en la frente.

—Me haces el hombre más feliz del mundo, cariño, y te amo por ello.



Epílogo

Tres años más tarde.

Xavier y Ana decidieron hacer un almuerzo en la finca para celebrar que, por fin, podían hacerlo con todos sus amigos reunidos y no por separado. Óscar y Eli trajeron una tarta de la pastelería que tanto les gustaba. Sonia y su marido llevaban una botella de licor de hierbas para brindar y enterrar el hacha de guerra entre ellos.

Alma, la hija de Sonia, era toda una señorita a sus casi ocho años de edad. Se sintió muy feliz al volver a ver a Óscar después de tanto tiempo. Él también se sintió feliz de verla, apenas estuvo unos meses con ellas, antes de cortar con Sonia, pero le tomó mucho cariño a esa pequeñaja.

El pequeño Andrés y el pequeño Óscar habían crecido muchísimo, con tres y dos años respectivamente.

Corrían juntos por el campo sin querer parar, siendo vigilados por sus respectivos padres.

—Andrés, cariño, ten cuidado con Óscar, que tú eres más grande —avisó Ana a su hijo—, y más bruto, para qué nos vamos a engañar.

Sabía que la forma que tenía su hijo de jugar no era propia de un niño de tres años. No le importaba caerse, ni saltar vallas, incluso lo había pillado intentando montarse solo en la yegua Rosita. Era todo un temerario y sabía que Óscar no estaba acostumbrado a ese tipo de juegos.

—Déjalos que jueguen, no están haciendo nada malo —Eli le quitó importancia.

—Es que los niños de ciudad son demasiado delicados —bromeó Xavier con la intención de picar a Óscar.

—Este niño de ciudad te machaca cuando quieras —rugió Óscar siguiendo el juego de Xavi.

—No empecéis —suplicó Ana con un suspiro—. Tu niño de campo casi me mata de un infarto el otro día, cuando saltó uno de los vallados para ir a jugar con las vacas. Admite que nuestro hijo es demasiado temerario.

—Ha salido a su padre y a su abuelo Diego, ¿qué se le va a hacer? —Xavier le quitó importancia.

—A ver a quién sale el próximo —rio Ana, dejando de repente a todo el mundo en silencio—. Sí, lo que habéis oído; Xavier y yo vamos a volver a ser padres. Óscar, te toca trabajar de nuevo.

Todos felicitaron a la pareja por el nuevo miembro de la familia.

—Por favor, dime que esta vez lo tendrás en el hospital —suplicó Óscar entre risas.

—Vale, probablemente sí, eché de menos la epidural. Quizás no sea tan malo tenerlo en un

quirófano —se resignó Ana.

—Más seguro es, desde luego —afirmó Óscar.



Óscar se ofreció a ir a la cocina a coger unas cosas que faltaban. Cuando ya volvía a salir se topó con Sonia, que lo había seguido.

—Quería ver si necesitabas ayuda —explicó Sonia.

—Todo controlado —sonrió Óscar.

—Veo que eres feliz, y eso me alegra muchísimo. Me sentí muy culpable cuando te dejé, pero... —comenzó a decir Sonia avergonzada.

—Tranquila, te entiendo perfectamente. Te enamoraste de él y lo entiendo. —La tranquilizó—. Desde que conocí a Eli, comprendí que nuestro tiempo pasó. No te ofendas, a ti te quise mucho, pero lo que siento por ella es tres mil veces más fuerte de lo que sentía por ti.

—No me ofendes, más bien me alivia. Es lo mismo que a mí me pasa con él; lo amo más de lo que pensé amar a ningún otro. —Miró la mano de Óscar que llevaba una alianza de oro blanco en la mano derecha—. Veo que os habéis casado. ¡Felicidades!

Óscar asintió feliz. Eli y él se dieron el «Sí, quiero» en una ceremonia sencilla e íntima, dos meses atrás, rodeados de sus familiares y unos pocos amigos.

Eli se acercó a la cocina al ver que su marido tardaba. Lo vio charlando animadamente con su exnovia, se acercó a él muy contenta al saber que había recuperado a una vieja amiga.

Sonia, al verla, sonrió y cogió las cosas que Óscar llevaba en las manos para dejar solos a la pareja de recién casados.

—¿Todo bien? —preguntó Eli curiosa.

—Todo genial, cariño —Óscar rodeó la cintura de Eli con los brazos—. Creo que hoy no te he dicho todavía lo mucho que te quiero y lo feliz que me haces cada día.

—Yo también te quiero, Óscar eres lo mejor con lo que me pude tropezar aquel día. Te amo.

Se besaron apasionadamente unos minutos y después volvieron fuera con sus amigos, para compartir unos preciosos momentos.

Agradecimientos

Esta es la quinta historia que he publicado. Mi intención fue hacer unas historias diferentes a las que he leído y espero haberlo conseguido.

Tengo que dar las gracias primero a mi familia. Ellos siempre me apoyaron. En especial a mi hermana Yolanda que siempre me dijo que siguiese escribiendo. Gracias a ella este libro existe porque después tirarme dos años escribiendo y modificando mi primera novela me dijo “O lo publicas ya o no lo publicas nunca.” La verdad es que mi indecisión era bastante grande.

También tengo que dar las gracias a mis lectoras beta, que ya son amigas, @entrelibrosycastillos2022, @galyadante, @libros.autopublicados y a @silviasaje por ayudarme a corregirlo. Galya y Lidia (@libros.autopublicados), a parte de ser mis lectoras beta también se han ofrecido a corregir el libro por completo y su corrección ha sido alucinante.

Es curioso cómo sin conocernos encuentras gente tan maravillosa que están dispuestas a echarte una mano sin pedir nada. A mí, estas chicas, ya me han ganado.

También quiero dar las gracias al @clubdelecturasgrupales. Su apoyo es enorme, sobre todo por parte de las organizadoras, Lidia y Galya.

Y las gracias más grandes se las tengo que dar a la persona que más me apoya, mi pareja y compañero de vida, Antonio. Cuando le dije lo que quería hacer, él no se lo pensó dos veces. Me dijo que hiciera lo que yo quisiera y lo que me hiciera feliz, que él estaría ahí para apoyarme. Te quiero vida mía, te lo digo una y mil veces. Y no creo que me canse de decírtelo.

Mis otros libros:

- Dulce Miel (Serie Miel 1)
- Atrévete a quererme (Serie Miel 2)
- Cuando te conocí (Serie Miel 3)
- Siempre en mi mente (Serie Belladonna 1).

Redes Sociales:

Instagram: @rosmary_flower

Tiktok: @rosmaryflower

Facebook: Rosmary Flower